



CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA.

MEMORIAS DE UN SETENTON,

POR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

A mi sobrino el Excmo. Sr. Duque de Rivas.



QUERIDO ENRIQUE: Sé cuán profundamente aprecias como hombre y como escritor á D. Ramon de Mesonero Romanos, y recuerdo cuánto le queria y admiraba tu ilustre padre, uno de los mayores poetas de nuestra patria. Acabo de leer las *Memorias de un Setenton*. Embelesado y conmovido, no quiero resistir á la tentacion que me asalta de comunicarte en forma rápida y somera las impresiones, los sentimientos y los recuerdos que en mí ha despertado tan sabrosa lectura. Viejo valetudinario y cansado, voy perdiendo la aficion á los juicios literarios redactados con solemnidad crítica y con aparato doctrinal.

Me resuelvo, pues, á decirte en la forma sencilla y natural de una carta mi opinion acerca de las interesantes *Memorias de Mesonero*. Así podrá mi estilo en esta ocasion seguir algun tanto las huellas del insigne autor de las *Escenas Matritenses*, cuya naturalidad y lisura de entonacion, no exentas

de color y elegancia, le ayudan á dar mayor viveza, amplitud y desembarazo á la expresion de los afectos y á la verdad de las descripciones.

El libro abarca la primera mitad del siglo presente. Pero este medio siglo es cabalmente para la nacion española una época de trasformacion y de lucha, en que el bien y el mal, la gloria y la vergüenza, las pasiones ruines y las pasiones generosas, los azares históricos, las utópicas ilusiones, los arrebatos de la impaciencia, los impulsos civilizadores, todas las fuerzas del mal y del bien se presentan con ímpetu en la escena de nuestra historia contemporánea.

Mesonero sabe comprenderlas, y acierta á pintarlas con pincel, ora pintoresco, ora satírico, ora grave, pero siempre fiel y profundamente imparcial. No ve sólo con los ojos, no ve sólo con el entendimiento, como el vulgo de los historiadores; ve principalmente con el corazon. En la viveza de las descripciones, en la lozanía de los cuadros sociales y políticos, en la facultad resuelta y certera con que juzga los hombres y las cosas, se echa de ver un entendimiento sano y perspicaz, hermanado á un alma delicada y austera que siente hondamente las miserias de la humanidad. Aunque el autor es de índole indulgente y apacible, todas las clases de la sociedad, desde el *manolo* y el *chispero* hasta los príncipes de estirpe régia, reciben en las *Memorias* franco y justo castigo de la indignacion ó de la sátira, cuando se advierte en ellas la ausencia del sentido moral.

El *Setenton* declara, con toda la sinceridad que cabe en su noble carácter, que no escribe con intencion política. ¿Cree que esto es posible al retratar los hombres y los hechos que pasaron en el espacio de medio siglo? Ese memorandum narrativo y crítico, de añejos recuerdos, que el autor considera como «el inocente desahogo del asendereado viejo que endosa á sus hijos y nietos la curiosa relacion de sus pasadas andanzas,» es, en realidad, un cuadro social, político, etnográfico de los grandes vaivenes que han alterado, al uso moderno, el sér moral y material de la córte de España. Y ¿cabe, por ventura, presentar este espejo fiel de las costumbres, de las ideas, de los aciertos y de los yerros de un pue-

blo, sin dar necesariamente con la moral, con la política y con la historia?

Dice Mesonero que su «personal insignificancia política le reducen á considerar los sucesos políticos únicamente bajo su aspecto exterior.» El insigne escritor olvida que la *superficie*, en el orden político, es siempre manifiesta revelacion del fondo, y que sus anécdotas, sus curiosos episodios y hasta sus impresiones de niño, dan nuevo realce y fecunda luz á las imágenes que la historia, escrita con aparato literario, deja en el ánimo de los lectores. Las impresiones familiares, los juicios sencillos y espontáneos de los que fueron testigos presenciales de los sucesos públicos, son complemento y confirmacion de la historia, y no pocas veces valen más que lo que en su acepcion retórica se llama *historia*, porque ésta con su presuncion de concisa, intencional y elocuente, rara vez se digna descender á los cuadros detallados, festivos, pintorescos ó conmovedores, que son fiel retrato de la vida humana y dan á la verdad un sentido íntimo que profundiza más en el alma, y del cual dicha encoquetada y artificial historia por lo comun carece.

Viva impresion producen en la fantasía las vigorosas descripciones que hacen D. Juan Nicasio Gallego, el conde de Toreno y otros poetas é historiadores del luctuoso y tremendo dia *2 de Mayo*. Hacen sentir todo el horror que inspira aquella sangrienta y bárbara hecatombe de inocentes víctimas, fria é innecesariamente decretada contra los derechos sagrados de la humanidad y las leyes mismas de la guerra: atrocidad inaudita que, para mayor escándalo del mundo, fué cometida por los mismos hombres que, con *sentimentalismo enciclopedista*, intentaban presentar á los españoles en sus guerras de América como prototipo de la crueldad humana.

La relacion de aquel acontecimiento abominable, que los franceses lamentaron y expiaron más adelante, no está hecha en las *Memorias* con aparato dialéctico ni con poéticas declamaciones. Es una sencilla y familiar narracion del angustioso sobresalto, de la patriótica indignacion, del terror, de la compasion, que desgarraban el alma de una familia de Madrid en aquellas horas de horror y de martirio. Pero, ¡cuánta

emocion en los amargos recuerdos infantiles de aquel nefasto día! ¡Poder de la sencillez y de la verdad! ante la expresiva pintura, se traslada el lector con la imaginación á aquel hogar turbado y dolorido, y se sienten, con la intensidad y viveza de las impresiones inmediatas, las ánsias, el desconsuelo y la ira que hubieron de sentir los desventurados madrileños al verse sin piedad oprimidos y asesinados por implacables falanges extranjeras.

Tal es la magia poderosa de los acentos espontáneos del alma, que no necesita atavíos para comunicar su dolor, su entusiasmo, su animadversión ó su contento. En España se echan de ménos las *Cartas* y las *Memorias* que tan fructuosamente sirven en otras naciones como explicación ó complemento de la historia.

Los historiadores insignes, con su concentrada elocuencia, con su espíritu generalizador y con su arrogancia docente, hacen pensar más que sentir. Con ménos gravedad y con ménos cadenas retóricas, las *Memorias* y las *Cartas* atienden más á la realidad sencilla de las cosas, é individualizando los hechos y refiriendo interesantes pormenores, dan á la narración más carácter novelesco ó dramático.

De esta diferencia puede servir de ejemplo la pintura que del *año del hambre* hacen respectivamente la *Historia* del Conde de Toreno y las *Memorias de un Setenton*. No olvida el Conde las circunstancias esenciales que pueden dar cabal idea del horrendo carácter de aquella incomparable desventura pública. Dice que en Madrid llegó á pagarse el pan de dos libras á 13 reales y la fanega de trigo á 540. Añade que en nueve meses, los más duros de aquel calamitoso período, fueron sepultados en la capital 20.000 cadáveres. Estos datos, por sí mismos tan elocuentes, unidos á las briosas y sóbrias narraciones del historiador, no pueden ménos de enardecer el alma de los lectores españoles, y hacerles mirar con ira y espanto aquella odiosa y pérfida invasión extranjera, que acarreó á Zaragoza, á Madrid y á otros muchos puntos de España, como consecuencia de la guerra y devastación francesa, las terribles plagas de la peste y del hambre.

La sencilla memoria que hace el *Setenton* de lo que vió y

oyó en Madrid durante aquel desastroso conflicto, no sólo despierta los más altos y patrióticos sentimientos, sino que conmueve y quiebra el corazón con la imagen viva, inmediata é individual de los estragos del hambre. No hay encarecidos y elegantes raciocinios que, para provocar el horror y la compasión, puedan compararse á los aflictivos recuerdos de un niño de nueve años, que, con la vehemente y asombradiza sensibilidad de la infancia, grabó en su corazón aquellos repugnantes pormenores de la miseria y aquellas escenas de desolación y de muerte.

No puedo dejar de copiar aquí algunos renglones de las *Memorias*, á fin de que sirvan de muestra del natural y expresivo lenguaje de Mesonero:

«El espectáculo, dice, que presentaba entónces la población de Madrid, es de aquellos que no se olvidan jamás. Hombres, mujeres y niños de todas condiciones, abandonando sus miserables viviendas, arrastrándose moribundos á la calle para implorar la caridad pública, para arrebatarse siquiera un troncho de verdura, que en época normal se arroja al basurero.....

»Este espectáculo de desesperación y de angustia; la vista de infinitos seres humanos espirando en medio de las calles y en pleno día; los lamentos de las mujeres y de los niños al lado de los cadáveres de sus padres ó hermanos tendidos en las aceras, y que eran recogidos dos veces al día por los carros de las parroquias; aquel gemir prolongado, universal y lastimero de la suprema agonía de tantos desdichados, inspiraba á los escasos transeuntes, hambrientos igualmente, un terror invencible, y daba á sus facciones el propio aspecto cadavérico. La atmósfera misma, impregnada de gases mefíticos, parecía extender un manto fúnebre sobre toda la población, á cuyo recuerdo sólo siento helarse mi imaginación y embotarse la pluma en mi mano. Bastaráme decir, como simple recuerdo, que en el corto trayecto de unos trescientos pasos que mediaban entre mi casa y la escuela de primeras letras, conté un día hasta siete personas entre cadáveres y moribundos, y que me volví llorando á arrojarme en los brazos de mi angustiada madre, que no me permitió en algunos meses volver á la escuela.»

Este solo trozo es, como ves, un cuadro conmovedor, copiado del natural con la misma fuerza de sentimiento y el mismo instinto de la verdad que guiaban el pincel de Goya en sus escenas populares, ó la pluma de Manzoni en la descripción de la peste de Florencia.

A veces, sin creer apartarse de su llano y familiar lenguaje, llega Mesonero á la verdadera elocuencia. Así acontece, por ejemplo, cuando habla del Príncipe de la Paz, y refiere y juzga la modesta y menesterosa situación á que se hallaba reducido en sus últimos años aquel eminente personaje.

Por los años de 1836 conocí en París al Príncipe de la Paz en casa de una muy discreta señora, hermana de los célebres literatos D. José y D. Mariano Carnerero, y puedo confirmar la verdad y el tino con que pinta nuestro amigo Mesonero á aquel magnate, cuyo nombre rodeaba tanto ruido en otro tiempo, tanto silencio ahora. Nunca olvidaré la impresión que me causó la primera vez que le ví. Yo ignoraba quién fuese aquel anciano venerable. Su porte y su semblante eran nobles y simpáticos. Pero lo que más llamó mi atención fué la dulce sencillez de su conversacion, la índole mansa y benévola de sus juicios sobre hombres y cosas de aquel tiempo. Ni el más leve asomo de soberbia mundana se traslucía en sus palabras.

Grande fué mi asombro cuando, ya solo con doña Teresa de Carnerero, me dijo esta señora que aquel hombre modesto, llano, casi humilde, era el antiguo famoso ministro de Cárlos IV, valido más poderoso que los reyes constitucionales de nuestra época, ensalzado en hermosos versos por los inmortales poetas Melendez Valdés y Moratin, colmado por la fortuna de todos los bienes de la tierra.

El señor de ostentosos palacios vivía en un estrecho cuarto de un piso tercero; el poseedor de cuantiosas rentas, que habrían bastado al esplendor de un soberano, se hallaba reducido á la exígua pensión de seis mil francos, que cual régia limosna le había señalado Luis XVIII; el ministro universal, dispensador de todos los cargos y todas las mercedes, adulado por los más altos próceres, rodeado como un monarca de guardias especiales y de brillantes y ceremoniosos

servidores de todo linaje, veía convertida su fastuosa servidumbre en una pobre cocinera y un ayuda de cámara.

Jamás se mostró más triste y más patente la implacable fuerza de las vicisitudes históricas. Jamás la soledad y el olvido hicieron más amargas las lecciones del desengaño. Apartado por no pocas generaciones del tiempo de su poder y de su ostentación, sufrió largos años el martirio de verse tratado con saña y con injusticia por una posteridad apasionada, que abultaba sus flaquezas de hombre y sus yerros de estadista, sin intentar buscarles ni aún sombra de disculpa en el vértigo alucinador de su maravillosa fortuna, y en las graves dificultades de aquella era desdichada, en que se desquiciaba el asiento social, religioso y moral, en que hasta entónces había descansado la sociedad europea. Flacos eran en verdad los hombros del Príncipe de la Paz para sostener el peso abrumador de una gran monarquía turbada y decadente; pero sus sanas intenciones nunca se desmintieron; protegió el ingenio, la educación popular, la ciencia y la cultura, y (según Mesonero indica) su gobierno, derrumbado tan ruidosamente por el motín cortesano de Aranjuez, si no verdaderamente admirable y glorioso, fué al ménos más ilustrado y tolerante que los de los Macanaces, Eguías, Calomardes y otros, que vinieron más adelante á formar con aquél muy desventajoso contraste. Como quiera que sea, yo por mi parte no puedo ocultar que al advertir siempre en la hermosa frente de aquel anciano, símbolo y ejemplo de las grandezas y de las miserias humanas, el sello augusto de la paz y de la conformidad, se despertaba en mi ánimo un sentimiento de respetuosa indulgencia. ¿Quién no olvida errores comunes del poder ante la magestad de la desgracia y la no ménos grande de la resignación?

Otro de los recuerdos remotos y casi desvanecidos de mi propia historia, que ha suscitado, sin sospecharlo, el simpático *Setenton*, es el sitio de Cádiz en 1823 por el duque de Angulema. Refiere Mesonero con su habitual donaire y gallardía todos los trances y peripecias de aquella situación aflictiva. Nunca le abandona del todo, ni aún en la descripción de los más lamentables cuadros, su instinto epigramático, y

aunque no lo declara, se siente en su narracion veraz y amenaza que hay algo tristemente cómico en el caso anómalo de un rey cercado, que está anheloso de que tomen los sitiadores la plaza que defiende. Viene involuntariamente á la memoria aquella cancion de Bérenger en que las mujeres perdidas de París esperan regocijadas la entrada de los invasores extranjeros, cantando desaforadamente:

¡Viv' nos amis
nos amis les ennemis!

Dice Mesonero que se «complace en recordar aquellos sucesos, como testigo, de que apenas queda alguno que otro entre los vivientes,» y añade que acaba de morir el último de los que conocia. Ignora el esclarecido escritor que yo me habia tambien en Cádiz en aquellos azarosos dias. Mesonero tenia veinte años, y era uno de los animosos defensores del Trocadero; yo tenia ocho, y estaba allí esperando con mi madre y hermanas el regreso de mi padre, que, como brillante jefe del arma de artillería, habia sido enviado á Lóndres con una comision facultativa. Con más claridad que yo, debe recordar tu madre las extraordinarias circunstancias de aquella época de amarga recordacion.

Yo, distraido siempre con los inocentes juegos y devaneos de la edad infantil, apenas comprendia los ingeniosos dictorios que en sus conversaciones familiares dirigia á *Narisotas* (el rey Fernando) la gente gaditana, que ni aún en los momentos de calamidad ó peligro sabe reprimir su condicion desenfadada y chancera. Lo que ha quedado siempre grabado en mi memoria es la impresion del bombardeo. Al rayar la aurora del dia 23 de Setiembre, vino mi madre á despertarme, horrorizada del estampido de los cañones y obuses de la escuadra francesa y los innumerables proyectiles que estallaban por todos los ámbitos de la ciudad. A guisa de improvisado y casero blindage, colocáronse todos los gergones y colchones de la casa en las varias mesetas de la escalera, y debajo de ella se aglomeró toda la familia, amos y criados, pidiendo á Dios con rezos y lágrimas que cesara aquella aterra-

dora lluvia de hierro y fuego. Llevado de la inquietud y travesura natural del niño, salía yo de cuando en cuando al portal, y asomaba la cabeza á la calle, por la cual no pasaba ni un alma.

En una de estas excursiones, oí como un silbido bastante cercano: corrí á refugiarme á la escalera; pero ántes de llegar se oyó un estrépito formidable, que nos dejó á todos consternados. Había reventado en la acera de nuestra casa una bomba, que destrozó la pared de la casa de enfrente.

No mucho ántes del medio día terminó el horroroso bombardeo, que arruinó ó quebrantó un sinnúmero de casas y edificios públicos. Se contaba que en el palacio de la aduana, donde se hallaba alojado el rey, había caído una bomba, pero sin ocasionar considerable daño. Todos se preguntaban si había causado el bombardeo muchos muertos y heridos.

Nadie daba razon de una sola víctima, y este maravilloso resultado, atribuido á la benéfica acción de la Providencia Divina, llenaba el ánimo de todos de desusado júbilo ó de estóica serenidad.

Mi madre, aprovechando el derecho que á ello teníamos como familia militar, se trasladó á los pabellones de artillería contruidos á prueba de bomba. En la tarde de aquel aciagago día fuimos á ver las baterías de la muralla, que habían causado grave daño á las naves francesas con sus cérteros fuegos, y en verdad que á no ser por los destrozos que se advertían en varias calles principales, nadie habría podido imaginar, en medio de tanta gente decidora y festiva que prorumpía á cada paso en sarcásticos chistes contra los franceses, que se hallaba en una plaza que pocas horas ántes acababa de sufrir los horrores y angustias de un bombardeo. Nueve días despues entraban en Cádiz las tropas francesas, que, si bien antipáticas, como lo es siempre la intervencion extranjera, habían sido en su paseo militar aclamadas por el pueblo desde que el día 7 de Abril atravesaron el Bidasoa. Aquella ciudad ilustre, en cuyos muros se habían estrellado las debeladoras falanjes de Napoleon, abrió fácilmente sus puertas al ejército, no aguerrido, del duque de Angulema.

Las naciones no son heróicas é invencibles, sino cuando

las une con poderosos vínculos de fé y de entusiasmo el sentimiento de la patria, esto es, el impulso íntimo de sus creencias, de sus costumbres, de sus tradiciones y de sus glorias.

Una de las cosas que más avaloran las *Memorias*, es la abundante copia de datos que contiene, acerca de la civilización intelectual de nuestro país en los períodos de marasmo ó de laboriosa transición. La pintura de *El Parnasillo* está hecha de mano maestra, y son asimismo amenas é interesantes las del *Liceo* y del *Ateneo*. *El Parnasillo*, compuesto en su mayor parte de jóvenes dotados de clarísimo ingenio, que intentaban hacer despertar á las letras del sueño que por causas políticas dormían, es en la historia literaria de España un hecho análogo al del famoso *Cénacle* de París, formado algunos años ántes, de donde salió con estrépito y gloria la escuela romántica francesa. Como esta escuela representaba, segun la expresión de Víctor Hugo, *el liberalismo de la literatura*, alarmáronse allí grandemente los rancios escritores de la época imperial apegados á las antiguas formas y doctrinas. No bastando sus polémicas y sus sátiras á poner estorbo al nuevo impulso literario, llevaron la pugna hasta la ira. Siete de ellos, formando una pléyade doctrinal, hicieron la ridícula gestión oficial de presentar una instancia á Carlos X para que prohibiese la admisión de obras románticas en el *Teatro Francés*. Sabida es la discreta contestación del rey. «Yo no tengo, les dijo, más atribuciones en este asunto que mi luneta en el *parterre*.» Carlos X demostró de este modo mayor cordura y más sana crítica que Baour-Lormian, Jouy, Arnault y los demás sábios patriarcas del pseudo-clasicismo que habían firmado la exposición.

En España, los Listas, Gallegos, Reinosos y otros venerables varones de la antigua escuela, refunfuñaron algun tanto contra el espíritu innovador, que solía, en verdad, producir obras harto atrevidas y extravagantes; pero nunca renunciaron para con la juventud codiciosa de gloria, á su benévolo y protector magisterio, y acabaron por aplaudir, á vueltas de algunas restricciones críticas, las obras de tu padre, de Zorrilla, de Espronceda, de Gil y Zárate y de algunos

otros ingenios que abrazaron á todo trance los libres dogmas literarios de la escuela romántica.

Yo no conocí *El Parnasillo*. Pero en cambio asistí á la inauguracion del *Ateneo*, cuyo primer presidente fué tu padre, y más adelante pertencí al *Liceo*. Ambas corporaciones fueron ya sazonado y espléndido fruto de la calorosa aficion á las ciencias, las letras y las artes, que pocos años ántes se habia despertado como de improviso en la sociedad española. Tomé parte algunas veces en las controversias literarias que sobre teoremas previamente escogidos se suscitaban periódicamente, así en el *Ateneo* como en el *Liceo*; pero sólo de tarde en tarde, cuando la carrera diplomática me permitia pasar algunas temporadas en Madrid.

Los recuerdos del *Liceo* no se han borrado nunca de mi memoria. En Julio de 1839 se inauguró su elegante teatro, con asistencia de la reina gobernadora; y desde entónces creció de tal manera el entusiasmo que inspiraba aquella artística y literaria sociedad, que todos se disputaban el honor de pertenecer á ella. Las sesiones de pintura y poesía alternaban con las sesiones dramáticas; y todas ellas, y hasta las juntas matinales de los domingos, en las cuales se discutian teoremas literarios en medio de gentiles damas que dibujaban silenciosas y atentas á la controversia, atraian escogida y numerosa concurrencia. Era el *Liceo* campo de cordial alegría y de delicada cultura. El movimiento romántico en artes y letras, cuya exageracion no se comprendia bien en aquel tiempo, servia como de lazo entre las diversas clases de la sociedad ilustrada. Las más encopetadas y aristocráticas damas y los corifeos del poder y de la opulencia pasaban allí horas de solaz y contento, al lado de otras señoras de condicion modesta y de jóvenes desconocidos, que con sus versos ó sus cuadros buscaban gloria en aquel recinto privilegiado. Allí no dominaban los *pollos* ociosos é insulsos, que, como todo lo saben, todo lo miran con superioridad desdeñosa. Aún no se habian inventado los *cúrsis*, que hoy en el trato social son nuevo motivo de la separacion de las clases. La política no era en aquellos tiempos ni oficio, como ahora, ni ciencia universal en que todos, sin distincion de edad, sexo, inteligencia ni

cultura, son profundos críticos y consumados maestros: no apagaba esta malhadada manía moderna la llama estética que impulsa el alma hacia lo bello y lo ideal; y las gentes, en cordial armonía, movidas por la noble codicia de esparcimientos intelectuales, acudían al *Liceo* sin más afán que el de oír romances de tu padre, letrillas de Breton, cuentos de Zorrilla, escenas andaluzas de Rubí, cantos líricos de Espronceda y Vega, fábulas, leyendas y cantares de Hartzenbusch, Gertrudis Avellaneda, Campoamor, Roca de Togores, Romero Larrañaga y otros poetas que escuchaba á la sazón el público con fervorosa complacencia.

No sé si, como viejo, caigo en el comun desvarío de hallarme mal avenido con la nuevas generaciones tan diferentes de aquella en que llevaba yo en el corazón y en la mente la mágica luz de la juventud, que me lo hacía ver todo con risueños colores. Acaso, en estos últimos años de mi vida, sin advertirlo con claridad bastante, estoy contemplando como contemplaba Jorge Manrique:

Cuan presto se va el placer:
como después de acordado
da dolor;
como á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor;

pero se me antoja que, si hemos ganado mucho, lo cual es incontestable, en la vida exterior y material, en todo aquello que recrea los sentidos; hemos perdido, no poco, en las fuerzas íntimas del corazón, y son hoy menos intensas y frecuentes las más nobles manifestaciones del alma: el sentimiento, la abnegación, la confianza y el entusiasmo.

Tú, Enrique, no has entrado todavía como yo en la vejez, y acaso no participes en este punto de mis ideas. No creo, sin embargo, que seas de los seres felices que, arrobados en el optimismo del Dr. Pangloss, juzgan cuanto pasa perfecto y admirable, y afirman que vivimos sin trégua *dans le meilleur des mondes*.

Tuve la honra de ser secretario del *Liceo* sólo algunos meses, pues fuéme forzoso salir de Madrid para ir á tomar posesion del cargo de secretario de nuestra legacion en El-Haya, para el cual fué nombrado más adelante Espronceda.

En estos pocos meses ocurrieron dos acontecimientos que fueron para el *Liceo* objeto especial de curiosidad, de animacion y de recreo. Fué uno de ellos la llegada de un *daguerreotipo*, primera máquina de esta especie, si no me engaño, que se veia en Madrid. La habia hecho traer de París, como obsequio á la ilustrada Sociedad, un opulento banquero. El *Liceo*, ansioso de conocer los resultados del prodigioso invento, nombró al duque de Veragua, á D. Alejandro Olivan y á mí, para que estudiásemos y utilizásemos el daguerreotipo. Acometimos la empresa llenos de ardor y de entusiasmo; pero ¡amarga decepcion! todo nos salia mal. No acertábamos á aplicar con tino y eficacia las instrucciones impresas de Daguerre. Veragua y yo éramos completamente legos en ciencias químicas. Olivan la daba de entendido en ellas, y seguíamos fielmente sus advertencias. Pero ni por esas: los tres estábamos á igual altura de ineptitud daguerreotípica. Trabajábamos á solas en el jardin de la platería de Martinez, donde en un montecillo artificial habia un templete griego con una estatua mitológica. Todo nuestro afan se cifraba en sacar una prueba mediana de aquel pintoresco templete. ¡Estéril anhelar! La estatua salia siempre oscura y el templo confuso, y perdido entre las ramas de los árboles. Tenia que oír el duque de Veragua, hombre de humor, festivo y donairoso, cuando sin lograr una sola prueba tolerable, echamos á perder completamente las seis docenas de láminas metálicas que habian venido con la máquina. Entónces no se sacaban pruebas en papel, la invencion estaba en su infancia, y distaba mucho de lo que ha llegado á ser con el tiempo el arte de la fotografía.

Lo más gracioso y apurado de nuestra situacion, lo recuerdo aún con risa, es que pasaban dias y dias sin que la comision diera al *Liceo* noticia alguna de sus tareas. Los sócios, ya impacientes, nos abrumaban con preguntas continuas, y no acertaban á explicarse nuestra misteriosa conduc-

ta. A toda prisa pedimos á París otras láminas metálicas y otras explicaciones técnicas. Las nuevas experiencias fueron ménos desafortunadas que las anteriores, y ya nos atrevimos á trabajar en campo abierto. Oliven sacó una vista del Museo de Pinturas; Veragua otra de la puerta de Alcalá, y yo otra de la fuente de Neptuno. Las tres eran en verdad lamentables; pero el *Liceo*, sin duda por honrar el peregrino descubrimiento, las recibió con sumo agrado, y llevó su benevolencia hasta el extremo de tributar inmerecidas alabanzas á nuestra pobre habilidad.

El segundo acontecimiento fué una función dramática á beneficio del pintor sevillano Esquivel, muy amado del público, que habia tenido la desgracia de perder la vista. Un ilustre pintor, casi de repente ciego, esto es, sumido en la indigencia, sin horizonte de nuevas glorias, devorado por el dolor de no poder realizar las creaciones artísticas en su mente encerradas, era objeto de compasion y pena que no podia dejar de conmover á una sociedad que tantas veces habia admirado al desgraciado artista. El *Liceo* hizo cuanto estuvo á su alcance para aliviar tan grave desventura. Gil y Zárate compuso expresamente el bello drama romántico *Rosmunda*. Villaamil pintó con el mismo primoroso estilo que empleaba en sus cuadros, una admirable decoracion románica. Ventura de la Vega organizó y aleccionó para el solemne caso una compañía dramática de aficionados aventajadísimos, que nada dejaron que desear.

El triunfo fué completo. Produjo aquella función excepcional una cantidad muy crecida: Esquivel, auxiliado con ella, se encaminó á Francia y Alemania. Consultó á oculistas famosos. Volvió curado, y pudo consagrarse de nuevo á sus nobles y gloriosas tareas.

Advierto, Enrique, que arrastrado por la charla familiar propia de una carta, me he apartado demasiado de mi especial objeto, que es hablar del simpático *Setenton* y de sus *Memorias*. Volvamos á él.

En la imparcialidad política de Mesonero resplandecen la rectitud y la nobleza del alma. La energía moral ó material, la barbárie, los desvíos del espíritu honrado le son igualmen-

te antipáticos, así en las más altas esferas del poder, como en las más humildes del pueblo. Condena, inexorable y justiciero, la violencia, la deslealtad y la injusticia, ora en los ministros y en los príncipes, ora en la plebe turbulenta, desalumbrada y tornadiza. Fernando VII, que por no saber moderar, dirigir y utilizar los ímpetus que enardecian la imaginacion inexperta de los neófitos de la libertad política, desmiente en 1814, con insólita ingratitude y con monstruosa é inesperada violencia, las esperanzas que habia hecho concebir, y en una sola noche encarcela, aherroja y envía á la proscripcion ó á los presidios africanos, á Martinez de la Rosa, á Argüelles, á Gallego, á Toreno, á Sanchez-Barbero, á Quintana, á Beña y á muchos otros patricios adictos al trono legítimo, dechados de honradez y glorias de la patria; Fernando VII, repito, parece en aquella lamentable crisis á nuestro cuerdo *Setenton* tan digno de reprobacion y censura, como la sediciosa é intolerante asamblea de *La Fontana de Oro*, la primera donde se cantó la insultante y grosera cancion gaditana del *Trágala*, como el populacho de Madrid que recibe á Riego con ardoroso entusiasmo el 1.º de Setiembre de 1820, y tres años despues arrastra su cadáver con salvaje algazara.

Esas turbas apasionadas y voltarias, las cuales, segun dice Mesonero, «así cubren su cabeza con la boina blanca ó con el gorro colorado, y así entonaban entónces el *Trágala* (el *Ça-ivá* de la revolucion española) como cantaban más tarde *La Pitita* y gritaban ¡*Vivan las caenas!*,» no son el verdadero pueblo. Esas turbas, instrumento ciego de pasiones desmandadas, viven siempre, como peligroso fermento, en las naciones mal regidas. Así lo expresa Mr. Thiers en estas elocuentes palabras: *Despuis les temps où Tacite la vit applaudir aux excés de César, la vile populace n'a pas changé* (1). Llenas están las *Memorias* de sérios anatemas contra los arrebatos de la plebe, que suelen producir injusticia, desolacion y sangre; pero, en cambio, no tienen sino palabras de afecto, de admiracion y de entusiasmo para el pueblo pacífico, honrado

(1) *Histoire du Consulat et de l'Empire.*

y laborioso que sustenta con sus virtudes el honor de la patria, y no teme derramar su sangre generosa cuando el deber le llama, como en el infausto 2 de Mayo, á defender su fé, su hogar, sus instituciones y su sagrada independencia.

Al ver á Mesonero encerrado en la vida privada, eludiendo con voluntad incontrastable los halagos y los compromisos del mundo oficial, casi podria aplicársele lo que Lord Byron decia de sí propio: «He vivido entre los hombres sin ser uno de ellos.»

Tan absoluto y singular apartamiento de cuanto lleva consigo lucro ó poder, tan supremo desden de las vanidades é intereses comunes, no nace por cierto de indiferencia para con las cosas de la patria. El *Setenton* no ha tenido nunca el alma apática ni helada. Ha abrigado, por el contrario, una pasion, notoria y muy plausible. Esta pasion ha sido *Madrid*. Á Madrid ha consagrado sus estudios, sus viajes, sus desvelos, su pluma, su corazon entero. Jamás ha querido entrar en las carreras del Estado; pero en cambio ha aceptado cargos, no retribuidos, en los cuales podia trabajar en provecho de su amada villa-capital. Ha sido diputado provincial; concejal; presidente ó vocal de Juntas de Beneficencia, de Sanidad, de Instruccion, de Teatros, de Policía urbana, de Estadística. Fué uno de los principales fundadores de la Caja de Ahorros, de las salas de Asilo, de las Escuelas de Párvulos, del Ateneo, del Liceo y de otros institutos de verdadera utilidad. Donde quiera que habia algun bien que hacer, alguna mejora intelectual ó material que plantear ó fomentar, allí estaba Mesonero.

Vivian constantemente en su espíritu el Madrid *antiguo*, el Madrid *contemporáneo* y hasta el Madrid *futuro*.

Su interesante libro el *Antiguo Madrid* contiene cuadros retrospectivos llenos de vida y lozanía. Con su viva y nunca descaminada fantasía, nos traslada el autor á épocas remotas, resucita memorias olvidadas, principalmente de la córte de Felipe IV, y reproduce con diestro pincel la imágen ya desvanecida de aquellos históricos parajes que fueron teatro de acciones memorables, de glorias, de calamidades, de alegrías y hasta de crímenes.

Los admirables cuadros de costumbres publicados en varias series, y coleccionados hoy con el título *Escenas Madrilenas*, son fiel y ameno retrato de la vida española de nuestro tiempo, profundo estudio moral y etnográfico, con formas pintorescas y festivas, que no morirá nunca. Repito aquí lo que muchas veces he dicho: La posteridad, cuando quiera conocer las costumbres íntimas ó públicas de España en casi la mitad del siglo XIX, tendrá que acudir á las comedias de Breton de los Herreros y á las *Escenas del Curioso Parlante*.

El Madrid *futuro*, esto es, el Madrid transformado con los adelantos materiales y las tendencias progresivas de la civilización moderna, estaba de antiguo en la imaginación de Mesonero, y tomó forma práctica en el fecundo y vasto programa que con el título *Proyecto de mejoras generales* leyó en el seno del Ayuntamiento en Mayo de 1846. Era una reforma completa de la capital. El ilustre ciudadano de Madrid ha visto practicadas en el espacio de treinta y cinco años sus felices ideas relativas al aumento y embellecimiento de la corte de España. En 1846 parecieron ambiciosas utopías; en 1880 son gloriosas realidades, insuficientes todavía para el impulso que han tomado las necesidades de la civilización presente.

Pudo Mesonero realizar por sí mismo gran parte de sus útiles proyectos, cuando el conde de San Luis le ofreció el cargo, entónces independiente y poderoso, de Corregidor de Madrid. Habría sido, sin duda, un *Pontejos* ó un *Hausmann*. Pero se estrellaron los sanos deseos del ilustrado ministro en la *implacable* independencia y en la exorbitante modestia del honrado madrileño. ¡Alta y repentina autoridad sobre sus antiguos compañeros! ¡Mando! ¡Ostentosa representación personal inherente al cargo! Nada de esto cabía en el alma de Mesonero. Es forzoso admirar índole tan noble y sencilla; pero causa extrañeza. ¿A quién no habría halagado aquella perspectiva de influencia y renombre? El *Setenton* no ha pensado, ni sentido en ciertas cosas, como el vulgo de los mortales. Así como á otros el orgullo, á Mesonero le alucina su profunda modestia.

Del mérito literario de la obra, ¿qué he de decirte? Mozo lozano y vigoroso, y no decaído *Setenton* se muestra en su

estilo y en sus reflexiones y pinturas nuestro ilustre amigo. Narrador fácil y expresivo, observador sagaz, satírico benévolo y maleante para las ridiculeces del mundo y de los hombres, censor austero para la maldad y la vileza, es en las *Memorias* lo que fué en las *Escenas*. Aunque perfecto conocedor de los vocablos y modismos, que son ricas galas de nuestro idioma, su lenguaje no es siempre rigurosamente castizo: Acepta con sobrada facilidad palabras y frases de exótico origen, que no hacen falta en el idioma castellano; pero en cambio, ¡qué envidiable desembarazo en el decir! ¡qué abundosa y fácil manera de expresar las ideas! En esto es el *Setenton* consumado maestro. A veces es tan sóbrio é ingenioso su estilo, que le basta un rasgo cómico para determinar un carácter; como cuando dice, aludiendo á la volubilidad política de D. José de Carnerero, que era «obediente como un girasol.»

Insigne y desinteresado patricio, dechado de filosófica modestia, no parece hombre de su tiempo. Admirado por los entendidos, amado por los buenos, considerado por los poderosos, nunca ha caído en la fácil tentación de *ser algo* en las carreras públicas ó en las altas esferas de la política. No ha querido ser ni siquiera diputado.

Colúmbranse fácilmente en los severos juicios de su libro, que pertenece á la aristocracia moral de su época, la más alta y respetable de todas las aristocracias, por más que hoy día no sea ni la más abundante ni la más estimada.

Mesonero es un verdadero tipo *sui generis* por el desden que le inspiran las grandezas del poder y el vanidoso tráfago del mundo. ¿Qué hombre, como él, de activa inteligencia y de claro renombre no ha sentido alguna vez tentaciones de engrandecimiento, algo de lo que, en frase proverbial, suele llamarse *el afán de figurar*? Pues bien, lo que Mesonero ha sentido es *el afán de no figurar*, contento siempre con ver y juzgar, desde su hogar modesto y honrado, las grandezas y las miserias del bullicio humano. En estas tres ingeniosas quintillas, de sabor tan grato y castellano, escritas en el año último, expresa el mismo Mesonero la serenidad de su vida entera:

Siete lustros más, corridos
en el histórico afan:
hombres vienen y hombres van,
y los que ayer ví caidos
hoy en la cúspide están.

Sólo mi humilde barquilla
ante el piélago profundo
descansa sobre su quilla,
mirando desde la orilla
el laberinto del mundo.

Nada era, nada soy;
á mi nulidad me atengo,
y lo mismo ayer que hoy,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Este carácter singular y elevado de Mesonero me hace recordar que, leyendo el curioso libro del viajero griego Pausánias, *Itinerario de la Grecia*, dí con un filósofo atenien- se, Isócrates, cuyo carácter tiene alguna analogía con el de nuestro *Setenton*. Dice Pausánias que en el recinto del templo de Júpiter Olímpico vió sobre una columna la estatua de Isócrates, el cual «demostró tanta cordura, que nunca quiso aceptar empleos ni tomar parte en los negocios públicos» (1).

Si por la modestia, la imparcialidad y el retraimiento de las almas severas se erigieran ahora estatuas, nadie más merecedor de esta honra entre nosotros que el filósofo madrileño. Pero hoy día á tales prendas y tendencias no se otorga la admiración, sino el olvido.

Ese alejamiento voluntario del campo político, donde el hombre se agita, resplandece y medra, ¿es apocamiento de espíritu, ó repulsion instintiva de aquellas esferas, donde en tiempos de turbacion reinan más la intriga, la avilantez, el favoritismo y el capricho que la regularidad, la rectitud y la

(1) Ática, cap. XVIII.

justicia? La raza helénica, veleidosa y ardiente, era de aquellas en que, como en la española, preponderan las facultades de imaginación sobre las facultades de razón. Por eso era en Grecia tan común, como lo ha sido generalmente entre nosotros, hablar bien y gobernar mal. Que á la conciencia y buen sentido de Mesonero mortifican y repugnan desde su mocedad la entronización repentina de osadas medianías en todos los puestos del Estado, el poco respeto á las carreras públicas y el anárquico vaiven de mal formadas banderías, se ve patente en las *Memorias*. Muéstrase siempre sincero liberal; pero en el sano sentido de esta palabra, liberal á la inglesa, esto es, enemigo de abusivas prácticas, de exageraciones y de apariencias. Hablando, por ejemplo, del periodismo de 1820, dice así:

«No puede negarse á aquellos publicistas de 1820 que, si bien por lo general entendían peor que los de hoy día su oficio, no enaltecido aún con los pomposos títulos de *sacerdocio* y *apostolado*, tenían más fé y entusiasmo por los principios que sustentaban, más abnegación y patriotismo en sus fines, y un completo alejamiento de las sendas del poder y de los impulsos de la ambición. Todavía no se había dado el caso de pasar desde la redacción de un periódico á un sillón ministerial, á un Consejo ó á una embajada..... Los ministros y hombres importantes de aquella época, ni Argüelles, ni Martínez de la Rosa, ni Calatrava, ni Toreno, ni Canga, ni Feliú, ni Moscoso, etc., fueron periodistas jamás.»

En otra ocasión manifiesta el autor su amor á la tolerancia, á la justicia, al orden, á la libertad verdadera, en estas briosas palabras:

«Infiltrado en la sangre de una y otra generación sucesiva un espíritu levantisco de discordia, de intolerancia y encono, nos ha ofrecido por resultado *tres* guerras civiles, media docena de Constituciones y un sinnúmero de pronunciamientos y de trastornos, que nos hacen aparecer ante los ojos de Europa como un pueblo ingobernable, como una raza turbulenta, condenada á perpétua lucha é insensata y febril agitación.»

Un recelo me asalta, querido Enrique, al poner término á

esta carta por demás larga, y escrita con el desaliño inseparable de la prisa. Yo no soy, ni con mucho, la posteridad para las obras de *El Curioso Parlante*, y sólo la posteridad puede juzgar con absoluta desprevencion y calma. Dentro de muy pocos años seré otro *setenton*, y no es de extrañar que me adhiera fácilmente á los juicios históricos y á las pasadas impresiones de un escritor con quien me unen lazos de amistad que empezaron á formarse ha ya cuarenta y cinco años. Temo, por otra parte, que suene mi voz en oídos juveniles como suele sonar la de todos los viejos cuando juzgan la edad presente: como el eco de un alma descontentadiza y quejumbrosa. Aunque así sea, me atrevo, sin embargo, á predecir que cuando en épocas futuras, ya muy distantes de nosotros, el tiempo haya rasgado el velo engañoso de las ilusiones contemporáneas, muchos de los nombres hoy sonoros por el prestigio de la riqueza ó de la influencia política, se habrán desvanecido en las páginas de la historia, mientras que el nombre de *Mesonero Romanos*, ilustrado por obras literarias de gran valía y por altas virtudes cívicas, vivirá siempre en los fastos de nuestras glorias nacionales.

EL MARQUÉS DE VALMAR.





EL ALCOHOLISMO.

I.

BECORRIENDO la historia de los adelantos hechos para mejorar las condiciones de la vida humana bajo todos sus aspectos y manifestaciones, no se encuentra una época comparable á la presente en la pasión con que la crítica discute y analiza todas sus conquistas y descubrimientos. Resulta de esta intransigencia, que algunos atribuyen á lo que llaman refinamiento de la civilización el origen de ciertos vicios sociales, que nos representan como ineludibles consecuencias de ese afán de progreso que nos seduce y nos arrastra, y al cual se pretende contener limitando su desenvolvimiento por un porvenir de desdicha y desmoralización.

Para ser explotado como argumento en este sentido, se prestaba como ninguno el vicio que ha dado en llamarse del alcoholismo, pues nadie ignora que este desdichado azote de las clases trabajadoras ha tenido un incremento desproporcionado desde el punto en que la industria, auxiliada de la

química, ofreciera á la codicia medios sobrados de obtener alcohol de una porcion de sustancias distintas del vino.

No se empañan, sin embargo las legítimas glorias de la moderna ciencia por este progreso que parece ser origen de decadencia, pues á los descubrimientos de la química se debe el análisis minucioso del alcohol, y á los adelantos de la fisiología la experimentacion de sus efectos sobre nuestro organismo, estudios que han servido de base para encontrar remedio al mal que se lamenta.

Fuera en efecto causa de descrédito para la civilizacion moderna, que tanto pretende haber hecho por el bienestar general, si de las mismas causas á que se atribuyen tan perniciosos efectos no brotaran recursos para atajarlos, estudiándolos con éxito, precaviéndolos con oportunidad y anulándolos para el porvenir.

La moderna ciencia, representada por sus hombres más ilustres y como siempre más amante de la discusion luminosa que celosa de sus triunfos, salió al paso á estos rumores, congregando una reunion de sábios prácticos infatigables y reputados profesores.

Un congreso internacional para el estudio de las cuestiones relativas al alcoholismo, tuvo lugar en París con motivo de la última Exposicion universal, y aunque incidentalmente permítasenos dirigir una frase de alabanza á esos congresos en que se ha discutido con culta imparcialidad y elevadísimo criterio los múltiples problemas de la vida social. Cada país ha llevado con sus productos á las galerías de la Exposicion los datos necesarios para el estudio de su civilizacion propia: aquella exhibicion muda necesitaba una lengua para expresarse, y la tuvo elocuente en los congresos. Aquellos datos esparcidos eran en cada ramo, los elementos de un análisis; los congresos reunieron todas las consecuencias que de ellos debian deducirse en una síntesis comun. Así como en las galerías presentaron los industriales sus manufacturas en instalaciones que el buen gusto hizo admirables, del mismo modo los hombres del estudio exhibieron sus ideas sirviéndose como de anaquelaría de la prensa que las ha eternizado reproduciéndolas de sus actas. Todo hombre estudioso pue-

de tener en su biblioteca una de esas maravillosas instalaciones del talento, que consultadas siempre, hacen permanente é imperecedera aquella parte de la Exposicion universal, parte la más progresiva y práctica, como lo demostrarán quizás las futuras Exposiciones.

Tratándose en estas reuniones científicas de todas las discusiones suscitadas por el estudio de la vida presente y probable porvenir de los pueblos, no podia olvidarse una cuestion tan importante como la del alcoholismo. ¡Cómo olvidarla si, segun Cruveilhier, son 45.000 las víctimas que ese azote causa sólo en Alemania! Aterradora plaga, cuyas consecuencias influyen, no sólo sobre la salud pública, sino que alcanzan á la organizacion de la familia, á la moralidad y á la riqueza de las naciones, al porvenir de las razas y al aumento de poblacion que detiene más que cualquiera de las calamidades conocidas.

Ocasion es esta de hacer constar, con fundado orgullo, una declaracion en favor de nuestra España, la cual, en esa estadística de oprobio, no ocupa un lugar que la humille como en otras muchas estamos acostumbrados á notar con sobrada frecuencia y obligada resignacion. El estudio del alcoholismo tiene trascendencia para los intereses materiales de nuestra pátria, pero no reviste el carácter alarmante que le dan en los paises del Norte, la salud pública y el porvenir de sus pueblos.

A la sociedad francesa de templanza corresponde la gloria de la iniciativa en la reunion del congreso, en el cual tuvo nuestro país competente y digna representacion en la persona de D. José Emilio de Santos, elegido vicepresidente en la primera sesion que tuvo lugar.

Tal interés é importancia presentaron las opiniones emitidas desde el primer momento, que el Congreso no se cerró con la Exposicion ni quedó disuelto con ella, sino que obtuvo carácter permanente, eligiendo de su seno una comision internacional que prosiguiera los trabajos principiados y propusiera el programa de una nueva reunion, á que quedaron citados todos los miembros, y que deberá tener lugar el próximo mes de Julio en la capital de Bélgica.

Dar idea, siquiera sea sucinta, de las diferentes opiniones sustentadas en cuestión tan interesante y las modernas investigaciones científicas en que se fundan es el objeto de este trabajo.

II.

La tradición bíblica nos presenta la vid renaciendo al pie del Ararat después del Diluvio. Inseparables como la luz y la sombra, aparece el exceso desprestigiando, desde un principio, el uso de la bebida fermentada. La página de la Sagrada Crónica, en que se hace constar el cultivo de la vid, aparece ya manchada con la descripción de la torpe embriaguez.

En las edades antiguas la sola bebida usada era el producto único de la fermentación. El alcohol, principio activo de las bebidas que embriagan, es conocido desde hace más de ocho siglos. Los griegos y los romanos no conocieron la destilación, es decir, el procedimiento químico industrial, que tiene por objeto extraer el alcohol de las sustancias fermentadas que lo contienen. No brillaron, sin embargo, aquellas razas por su sobriedad y continencia.

La historia nos muestra, en numerosos pasajes, que desde remotas épocas era la embriaguez un vicio arraigado en las costumbres. Plutarco cuenta en su historia de Alejandro, que éste propuso una vez un certámen de intemperancia, en que se ofrecía una corona, estimada en un talento, al que más bebiera; el que la alcanzó sobrevivió tres días á su triunfo, y cuarenta individuos más murieron durante aquellos excesos, acometidos, según dice, de un frío violento después de la embriaguez, síntoma que la fisiología moderna confirma plenamente.

La estadística, Argos de la vida moderna, no existía en esta parte, y no puede, por consiguiente, denunciarnos con sus inflexibles datos numéricos la extensión del mal que se lamenta; pero bien puede asegurarse que si las consecuen-

cias de este vicio no constan en la historia, se debe, sin duda, á que la embriaguez, extendida como exceso en las costumbres, no presentaba los desastrosos caracteres que definen el alcoholismo crónico y aún hereditario de nuestros dias.

Esto era debido, como se verá luego, á que el vino era, quizás, la única bebida usada y aún no se conocian los procedimientos de destilacion y las numerosas falsificaciones obtenidos con alcoholes de orígenes extraños á la uva, y que son verdaderos tósigos para la economía del hombre.

Los árabes fueron los primeros en extraer por destilacion de las bebidas fermentadas el alcohol, cuyo nombre significa en árabe *cosa sutil*.

La célebre *quinta esencia* de Raimundo Lulio no era sino alcohol rectificado á un calor suave, y su introduccion en Europa se debe á Arnaldo de Villanueva, sábio del siglo XIII, el cual fué el primero que explicó con claridad la destilacion y preparó medicamentos alcohólicos y ratafias.

Sin embargo, el análisis del alcohol que, químicamente considerado, es para algunos un carburo de hidrógeno unido á los elementos del agua, es de nuestros dias.

Lavoisier fué el primero en explicar el secreto de la fermentacion vinosa, origen del alcohol.—La fermentacion, dice *Lavoisier*, se reduce á descomponer el azúcar formada de hidrógeno, carbono y oxígeno en dos porciones, oxigenando la una á espensas de la otra para formar el ácido carbónico, y desoxigenando ésta en favor de la primera para formar una sustancia combustible que es el alcohol.

Hasta hace muy poco, sólo habia podido obtenerse el alcohol por vía de análisis, es decir, descomponiendo el azúcar, producto natural orgánico bajo la influencia de un fermento: *Berthelot* ha conseguido formarlo directamente y por vía de síntesis, mezclando directamente hidrógeno bicarbonado y ácido sulfúrico, y agitando la mezcla con cierta cantidad de mercurio, cuya accion es sólo mecánica en el experimento. De este modo la ciencia tiende á borrar en nuestros dias las fronteras que separaban la química inorgánica de la orgánica, y que por mucho tiempo se tuvieron por infranqueables; los secretos que debemos al análisis que investiga,

serán pronto del dominio de la síntesis que crea, la cual tiene con sus procedimientos á afirmar científicamente la unidad de la naturaleza.

Resulta, por consiguiente, que toda sustancia que contenga azúcar capaz de ser descompuesta por la influencia de un fermento, es susceptible de producir alcohol á la vez que otros compuestos; pero los productos de diferentes orígenes, aunque de propiedades comunes, no son idénticos; la química ha llegado á descubrir su composición atómica, diferente en cada uno, aunque análoga en todos, y la fisiología ha hecho constar de un modo preciso la influencia más ó menos perniciosa que ejercen en el organismo del hombre.

Antes de dar á conocer las diferentes clases de alcoholes daremos una idea de los estragos que causan en la economía humana, refiriéndonos en esta parte al luminoso informe del *Dr. Lanceraux*, miembro de la Academia de Medicina de París.

III.

El alcoholismo puede ser agudo ó crónico: agudo es el resultado pasajero de la embriaguez; crónico es la consecuencia fatal de un envenenamiento paulatino, que se da á conocer por una serie de síntomas característicos y desórdenes funcionales.

Del alcoholismo agudo no hay para qué ocuparse; es un estado de todos conocido y que puede ser observado, por desgracia, en mil públicas ocasiones: su repetición en un individuo constituye un hábito vicioso que, si no es reprimido á tiempo, conduce indefectiblemente al alcoholismo crónico de desastrosas consecuencias: éstas pueden ser las lesiones orgánicas en el individuo afectado, y las enfermedades que propaga inficionando á su prole: de aquí la división que para su estudio se hace en alcoholismo heredado ó adquirido por sí.

Este último es, como ya hemos dicho, un envenenamiento que principalmente hace recaer su influencia tóxica sobre el

sistema nervioso; por esto los síntomas más caracterizados y que más llaman la atención son los desórdenes que produce en la sensibilidad, en la motilidad y en la inteligencia.

La sensibilidad está siempre conmovida y más generalmente hacia los miembros inferiores: unas veces excesivamente aumentada, otras disminuida notablemente, casi todas pervertida en sus manifestaciones.

La inteligencia se afecta siempre, notándose que su estado de perturbación recorre, según sea la gravedad de la invasión ó la predisposición del individuo, todos los matices, desde la simple alteración de carácter hasta la manía, lipemania y desgraciadamente la demencia. Las alucinaciones constituyen un síntoma propio de esta afección, así como el insomnio y las pesadillas durante el intranquilo sueño que apenas sirve para reparar las pérdidas sufridas.

Los desórdenes que pervierten la motilidad principian por imperceptibles temblores en las manos, y que agravándose más y más invaden los brazos y las piernas, afectando también los labios y la lengua, lo cual es causa de un balbuceo permanente y extraño también característico. A estos temblores acompañan más tarde los calambres dolorosos y frecuentes, la rigidez de los tendones, y por último, la contracción de los músculos extensores de los miembros que, propagándose al tronco, puede producir la abolición general del movimiento.

La parálisis, en fin, ó el vértigo acompañado de temblores convulsivos que caracterizan el *delirium tremens* son las últimas desastrosas consecuencias del alcoholismo crónico adquirido.

A este cuadro de síntomas puede unirse el conocimiento de las lesiones locales que originan en los diferentes órganos y los desórdenes funcionales que consigo llevan.

La ingestión en un estómago sano de una cantidad moderada de alcohol convenientemente diluido es un estimulante que excita sus contracciones y aumenta la secreción de sus jugos digestivos; pero el hábito del abuso deja de producir estos saludables efectos trocándolos por completo; la pequeña congestión accidental de la mucosa se convierte en una

inflamacion permanente que puede dar origen á las úlceras, y que á lo ménos es causa de una dureza é insensibilidad de esta membrana que la hace impropia para la secrecion de los jugos gástricos, incapacitando el estómago para digerir, y produciendo con la dispepsia la falta de apetito en quien la padece.

Entre todas las teorías expuestas sobre la accion del alcohol dentro del organismo, es la más verosímil, que si no todo, una gran parte de él es conducido por las venas hasta los últimos confines de nuestra economía, siendo retenido más principalmente por el tejido nervioso, y causando en todas partes esa excitacion tan perniciosa para el cerebro y cuyo primer síntoma es esa alegría ó exaltacion pasajera.

En el alcoholismo crónico, el hígado sufre su influencia, aumentando su volúmen, efecto de una verdadera inflamacion que puede degenerar en una induracion grasienta ó fibrosa del tejido normal.

La eliminacion del alcohol por medio de la respiracion que en los bebedores se nota, impregnada de su olor característico, lleva á los bronquios una irritacion incesante que puede producir la bronquitis y las fluxiones, así como lesiones en el parénquima pulmonar. Mr. Lanceraux asegura que estos desórdenes pueden producir la tuberculosis; lo que todos afirman, áun los que creen que esta terrible enfermedad exige la presencia de su causa específica para producirse, es que el alcoholismo ayuda considerablemente el desarrollo del tubérculo, en el que desgraciadamente se halla afectado de esta predisposicion.

El corazon obligado á actividades anormales y frecuentes concluye por enfermar de un modo permanente, y por último, los huesos se hacen quebradizos al infiltrarse de esas granulaciones grasientas que trasforman tambien las glándulas y que asemejan á las alteraciones producidas en ellos por efecto de una edad avanzada: puede, por consiguiente, asegurarse que el alcoholismo equivale á una vejez prematura.

El alcoholismo, considerado bajo su aspecto hereditario, predispone á los hijos á enfermedades epileptiformes, como

son las convulsiones, la eclampsia y la alferecía. De las numerosas observaciones hechas en el hospital de la Salpêtriére en París, así como en algunas inclusas, resulta de un modo innegable que gran número de los epilépticos asistidos descendían de padres afectados del alcoholismo y que el vicio de la embriaguez en la nodriza trasciende á la criatura, predisponiéndola á las enfermedades convulsivas. Pueden resumirse las influencias del alcoholismo hereditario diciendo que desarrollan en el descendiente una susceptibilidad nerviosa excesiva, así como una excitabilidad refleja anormal; de aquí el desarrollo incompleto y ficticio de la inteligencia, efecto de los desórdenes producidos en los centros nerviosos y que han podido ser estudiados en el feto.

Pero la consecuencia más notable y extraña del alcoholismo hereditario es la tendencia imperiosa hácia las bebidas fermentadas, una vez llegado á cierta edad el individuo que sufre su influencia. Esta tendencia existe de un modo indudable, y numerosos casos la comprueban, sin que pueda atribuirse al pernicioso ejemplo á la educacion ó á las costumbres, pues hijos alejados de la influencia de sus padres han experimentado, sin embargo, tan extraños efectos.

El alcoholismo, además, influye de tal modo sobre la parte moral del individuo, que no puede ménos de resentirse la organizacion de la familia y áun de la sociedad entera si el vicio se halla muy extendido. La atmósfera envenenadora de la embriaguez incuba y desarrolla todas las malas pasiones, así como atrofia todo sentimiento honrado y destruye todo gérmen de aspiracion levantada y generosa. En la embriaguez busca disculpa y fuerzas el crimen, y en una palabra, el alcohol, que suprime la conciencia, es el mayor enemigo de la moral.

Este vicio es una causa grave de la despoblacion en los países que lo soportan, no sólo porque lleva consigo la esterilidad y la disminucion de las fuerzas genéricas, sino porque el individuo sujeto á su morbosa influencia, se encuentra en las peores condiciones para resistir las enfermedades que producen un aumento extraordinario en la temperatura de nuestra economía, como la pulmonía, la viruela y muchas

otras; así es, que el exceso de mortalidad es el primer efecto de la extensión de este azote en un país cualquiera.

El individuo alcoholizado pierde pronto sus fuerzas, por más que le engañe la primera exaltación que el alcohol estimula al principio: esto lo saben todos los maestros de talleres y fábricas, y, por consiguiente, es fácil para la estadística mostrar con una cifra abrumadora el número de obreros perdidos anualmente para el trabajo, y, por consiguiente, la disminución de la riqueza pública.

La degeneración de la raza es una consecuencia lógica de las enfermedades que afectan á los hijos que nacen y aquellas que agobian á los padres.

Magnus Huss dice con este motivo que la degeneración, en cuanto á estatura y fuerzas físicas del pueblo sueco, respecto á sus antecesores, se debe tan sólo al alcoholismo.

Los curiosos datos estadísticos recogidos con laudable perseverancia por el secretario general del congreso, el *Doctor Lunier*, acusan como término medio anual de muertes accidentales ocasionadas por exceso en la bebida, 404 por cada 100.000 habitantes.

El mismo *Lunier* ha recopilado también datos respecto á los casos de locura provocada por el alcohol, y después de compensar las observaciones de un gran número de años para anular en lo posible los errores, afirma que en algunos departamentos es casi el 20 por 100 de todas las enajenaciones mentales, el número de las que pueden atribuirse al alcoholismo. A estas cifras tan elocuentes como tristes puede unirse otra, la de los suicidios, que reconocen por causa el alcoholismo. En el año de 1849 era este número mitad que en el de 1876, en el cual más del 13 por 100 de los suicidios pueden atribuirse al extravío intelectual y moral que el alcoholismo provoca en sus víctimas.

Esta enfermedad, mejor dicho, esta plaga devastadora, produce anualmente 50.000 víctimas en Inglaterra, no bajan de 30.000 las que se lamentan en los Estados-Unidos, y por último, las incompletas estadísticas de Rusia arrojan la cifra de 10.000 arrebatados por el alcoholismo á la sociedad y á la familia.

El ejército inglés proporciona también su triste contingente; así es, que en sus hospitales militares se registran por esta causa dos entradas por cada 1.000 hombres presentes en revista.

Afortunadamente en España la sanidad militar no tiene que atribuir al alcoholismo participación en la mortalidad de los asistidos en sus hospitales, ni se ha pensado en redactar como en Francia leyes especiales para combatir en el ejército ese mal que felizmente no nos preocupa. Ciertamente es que nuestro sistema de reclutamiento obliga al soldado que entra muy joven a permanecer corto tiempo en el servicio; pero también es verdad que este abuso, que como embriaguez accidental y pasajera basta para ser contenido con la severidad de la ordenanza, no se conoce como crónico entre nuestros veteranos de carabineros y Guardia civil.

Hé aquí la extensión del mal que se trata de combatir: hemos querido exponerlo antes de proceder al estudio de los alcoholes y vinos, cuya comparación, bajo el punto de vista tóxico, nos ha de dar la base en que se asiente la *profilaxia* del alcoholismo, es decir, el conjunto de disposiciones que deben adoptarse para prevenir los efectos de tan desastrosa plaga.

IV.

Alcohol es el nombre genérico que usa la química para expresar muchos cuerpos de análoga composición y parecidas propiedades. Dejando aparte los alcoholes poliatómicos de composición más complicada, podemos clasificar los monoatómicos, cuya fórmula general es $C_nH^{2n+2}.O$ en tres grupos: en el primero pueden comprenderse todos los que deben su origen a la fermentación, como el alcohol del vino; componen el segundo aquellos que no se obtienen por este medio, como el alcohol metílico, que proviene de la destilación directa de ciertas maderas, y por último, constituyen el tercer grupo los llamados iso-alcoholes, productos obtenidos

por métodos sintéticos y que presentan, sin embargo, la misma fórmula que los alcoholes fermentados.

De los del primer grupo es el *alcohol etílico* ó procedente del vino el que presenta una constitución atómica más sencilla: su fórmula es C^2H^6O ; entre este y el alcohol amílico que se obtiene por la fermentación de la patata y que se representa por la fórmula más complicada $C^5H^{12}O$, están comprendidos los *alcoholes propílicos y butílicos*: cada uno de ellos puede dar lugar á sus derivados como lo es el *aldehydo* producido por la oxidación al aire libre, la cual si es más enérgica puede producir el *ácido*, como el *acético*, que es el derivado del vino; aún puede este ácido combinarse con un radical que los alcoholes le ofrezcan, y formar como una verdadera sal los *éteres*; el *éter acético* ordinario es un *acetato de etilo*. Entre los alcoholes no fermentados se encuentran el *espíritu de madera* y los alcoholes *enantílico, caprílico* y otros, cuyas fórmulas son todavía más elevadas que la del *alcohol amílico*, que es el de constitución atómica más complicada entre todos lo que deben su origen á la fermentación.

Por último, de todos los *iso-alcoholes* el *iso-propílico* es el que merece llamar más nuestra atención, así como la *glicerina* debe estudiarse en primer término en el grupo de los alcoholes poliatómicos, bajo el punto de vista fisiológico que nos ocupa.

Mrs. Dujardin-Beaumetz y Audigé han emprendido una serie de esperiencias minuciosas en extremo notables de las que pueden deducirse por consecuencias, que á pesar de producir desarreglos en la economía todos los alcoholes en general, no ofrecen sin embargo iguales propiedades tóxicas; la intensidad de ésta depende: 1.º de la constitución atómica de los alcoholes y de su origen: 2.º de su solubilidad: 3.º de las descomposiciones, que experimenten sea al aire libre ó en el interior de nuestro organismo; y 4.º del modo de administrarlo.

Puede por consiguiente tenerse como indudable que de los alcoholes de igual origen, es decir, fermentados ó no, es más venenoso aquel cuya fórmula atómica es más complicada.

Siendo 1 el número que nos represente la intensidad tóxica del alcohol etílico ó vínico, ó sea el espíritu de vino, el nú-

mero 8 nos representará la misma para el de patata, según Dujardin-Beaumetz, porque de los trabajos de Mr. Rabuteau y aún, de los de Mr. Crois, este último alcohol resultaba catorce veces más venenoso que el primero. Ya se vé, pues, como debe repartirse la responsabilidad de la embriaguez entre estos cuerpos, hasta hace muy poco confundidos bajo una misma denominación común.

Para que un alcohol desenvuelva sus propiedades tóxicas se necesita que sea soluble de por sí, ó que en nuestra economía encuentre sustancias que permitan su disolución: esto es causa de que ciertos alcoholes que como el cetílico son casi inofensivos en estado de pureza, mezclados con el alcohol vínico le prestan propiedades tóxicas en alto grado, pues solubles en él penetran rápidamente en nuestro organismo.

De la misma manera aumentan de un modo considerable la acción venenosa del alcohol la presencia de ciertos cuerpos derivados de él como los *aldehidos*, *ácidos* y *éteres* que se originan espontáneamente, ya en una fabricación poco cuidadosa, ó ya por la exposición al aire del alcohol, efecto de malas condiciones del envase.

Todas estas consecuencias son argumentos en favor del alcohol vínico en condiciones de pureza, cuya influencia venenosa es casi nula comparada con la que presentan los demás alcoholes puros, y con mayor razón si están mezclados ó descompuestos.

Estas conclusiones, presentadas ya por algunos fisiólogos y experimentalmente demostradas por Mr. Rabuteau han sido confirmadas plenamente por Mrs. Dujardin-Beaumetz y Audigé, que no se han arredrado ante las dificultades que presentaba un estudio fisiológico como el que nos ocupa.

Mr. Rabuteau había hecho sus experiencias con ranas que sumergía en disoluciones de alcoholes de diferentes clases; pero este método, no solamente indicaba con poca precisión los efectos que debían estudiarse en el organismo y la sensibilidad del animal, sino que no suministraba dato alguno sobre la cantidad del tósigo absorbida.

Mr. Dujardin-Beaumetz y su colega, al elegir el animal que había de servirles para sus experiencias, se decidieron por el

perro, único quizás que puede servir para tales casos, por más que algun otro ofrezca la ventaja de presentar un tubo digestivo casi análogo al del hombre. No fueron fáciles de salvar los obstáculos que se opusieron por de pronto á reunir químicamente puros y obtenidos por procedimientos que inspirasen confianza todos los productos que debian experimentarse, productos que son objeto de un comercio en que no brilla demasiado la buena fé, y en el que no es jamás garantía de lo que se compra la procedencia, ni el nombre con que se vende.

Una vez obtenidos, fué objeto de detenida discusion el modo de administrarlos, que, como ya hemos dicho, influye en la intensidad de los efectos, pues éstos acumulan su influencia letal, tanto más, cuanto la absorcion es más rápida. El medio más natural para producir las consecuencias que querian estudiarse era el de introducir el alcohol por la vía digestiva; pero ofrece dificultades no pequeñas el producir la embriaguez en un animal que, como el perro, devuelve toda sustancia que al penetrar en su estómago excita de un modo demasiado vivo su mucosa; podia recurrirse á la ligadura del exófago para impedirlo, como lo hizo siempre Orfila para sus experiencias de toxicología; pero el temor de la influencia que esa operacion pudiera tener en el resultado, hizo desechar este recurso. Decidiéronse, pues, estos respetables profesores á estudiar el alcoholismo agudo, haciendo uso de las inyecciones hipodérmicas, procedimiento que ofrecia además la ventaja de hacer constar escrupulosamente medida la cantidad de sustancia administrada.

Estas experiencias, como todas las que se hacen *in anima vili*, se llevaron á cabo en condiciones relativas que, en cuanto fué posible, se ajustaron á la realidad.

De observaciones preliminares se dedujo que en el envenenamiento alcohólico que producía por su gravedad la muerte, se notaba siempre una depresion gradual de la temperatura orgánica. En esto se fundaron para establecer como *dosis tóxicas límites*, las cantidades de alcohol puro que por kilógramo de peso del animal son necesarias para producir la muerte en un espacio de tiempo comprendido entre 24 y 36 horas, y

con un descenso gradual y persistente de la temperatura.

Todas estas convenciones, que en absoluto podrian calificarse de arbitrarias, son, sin embargo, suficientes para hacer con provecho un estudio comparativo de los diferentes alcoholes, que así quedan colocados respecto á las diferentes consecuencias de la esperiencia, en condiciones análogas y comparables.

Vencidas todas las dificultades con tanto ingenio como constancia, segun se vé, se llegó despues de múltiples y minuciosas experiencias á establecer sobre científicos cimientos las notables conclusiones que ya hemos adelantado, y las cuales no han sido anuladas por las críticas hechas al sistema de experimentacion; las observaciones indicadas por el profesor Stenberg de Stokolmo, sólo han servido para estimular á los dignos señores Dujardin y Audigé, que se proponen proseguir por el camino emprendido, perfeccionando el método y venciendo todos los obstáculos que parecieron insuperables al comenzarlo. Hoy dia están llevando á cabo una série de experiencias fundadas en la introduccion gradual y diaria del alcohol por la vía estomacal, las cuales han de servir de base á una segunda Memoria que tratará con datos irrecusables del estudio experimental del alcoholismo crónico.

JOAQUIN RUIZ Y RUIZ.

(Se continuará)





DEL VALOR LITERARIO
DE
LOS LUSIADAS

Y DE LAS DEMÁS OBRAS POÉTICAS DEL INMORTAL CAMOENS (I).

I.



si como la gloriosa celebridad que ha alcanzado el *Quijote* oscurece el recuerdo del innegable mérito de las *Novelas ejemplares* y de algunos entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra, la gloria del poeta épico que escribió *Los Lusíadas* pone en olvido la inspiración lírica del rendido amor de la desconocida Natercia. Sin embargo, diferencias, á la vez que semejanzas, pueden señalarse en los varios juicios que la crítica ha formulado acerca de la novela de Cervantes y del poema épico de Camoens.

Los Lusíadas y la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*

(1) Este artículo puede y debe considerarse como segunda parte ó complemento del que publicamos en el número anterior de esta REVISTA, titulado *Os Lusíadas de Camoens y sus traducciones al castellano*.—(N. del A.)

Don Quijote de la Mancha, fueron libros tan bien acogidos por el público, que en el mismo año en que por primera vez aparecieron fué preciso hacer sus segundas ediciones; pero mientras el Tasso, el gran poeta contemporáneo de Camoens, aplaudia con verdadero entusiasmo al épico cantor de las glorias ibéricas, los literatos españoles, Villegas, el P. Paravicino, Suarez de Figueroa y Espinel, contemporáneos de Cervantes, censuraban los defectos que creían hallar en el *Quijote*, y el gran Lope de Vega se permitió desbarrar, escribiendo á su protector, el duque de Sessa: «De poetas nada digo. Muchos en cierne, para el año que viene, pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe el *Don Quijote*.»

La opinion general de los doctos, favorable al *Quijote*, puede decirse que comienza á manifestarse cuando por los años de 1737 publica D. Gregorio Mayans su *Vida de Cervantes*, y precisamente por esta misma época es cuando algunos críticos comienzan á advertir que en *Los Lusíadas* se mezclan las fábulas de la mitología con las creencias del cristianismo, y que la explicacion que de esto habia dado el comentarista D. Manuel de Faria, era de todo punto inadmisibile. Y otros críticos é historiadores de la literatura notaron que en el poema épico debe existir un héroe, cuyos hechos constituyen el alma, la unidad interior, digámoslo así, de este género de creaciones artísticas; y censuraron á Camoens porque no habia observado la dicha regla al escribir *Los Lusíadas*. Y el autor de *La Henriade*, á vuelta de sus elogios al ingenio del gran poeta portugués, llegó á decir que no hay orden ni enlace entre las varias partes que constituyen la accion del poema épico que ha inmortalizado el nombre de Luis de Camoens. Por último, hasta un ilustre escritor portugués, el famoso P. Macedo, ha intentado presentar á Camoens como un mero copista ó plagiario de las ideas de Virgilio y del Ariosto.

Tales censuras, justas en algunos puntos concretos, pero deficientes y apasionadas en sus conceptos fundamentales, han encontrado su natural refutacion en obras inspiradas en un criterio literario más amplio y más imparcial; y el célebre

Federico Schlegel en Alemania, y en nuestra patria el docto catedrático D. Francisco de Paula Canalejas, han dicho, en nuestro sentir, la última palabra acerca del alto mérito de la gran creación poética del famosísimo Luis de Camoens.

II.

El ilustre crítico alemán Federico Schlegel en su *Historia de la literatura antigua y moderna* (traducción castellana por P. C., Barcelona, 1843), escribió lo siguiente: «Conócese en la obra de Camoens (*Los Lusíadas*) que él mismo era guerrero, marino, aventurero, y que aspiraba á dar la vuelta al mundo; quiere ser verdadero y empieza su poema heróico de un modo opuesto al que habia empleado el Ariosto al empezar el suyo: espera triunfar de la riqueza de las ficciones de éste, por el ascendiente de la verdad, ennobleciendo, por medio de su poesía, hazañas bien superiores á todo lo que el Ariosto habia cantado de su Rugiero, personaje imaginario. El poema de Camoens al principio tiene alguna semejanza con el de Virgilio, que en aquella época era considerado como una regla general para la epopeya de un género elevado y serio, pero cuya influencia ponia, sin embargo, muchas trabas al génio. Del mismo modo que el audaz navegante abandona pronto la ribera y se lanza sobre la vasta extension del Océano, Camoens no tarda en perder de vista su modelo... Así como los perfumes deliciosos van á recrear los sentidos del marinero y á dar un alivio á sus penas en medio de las olas, anunciándole la proximidad de la India, del mismo modo un vapor que enagena se exhala de ese poema, escrito bajo el cielo del medio dia y que refleja todos sus ardores. A pesar de que su estilo sea sencillo, que el plan y la concepcion del autor sean graves, sin embargo, semejante poema es muy superior en cuanto á la vivacidad de los colores y á la riqueza de la imaginacion al del Ariosto, á quien Camoens pudiera arrebatarse la palma del génio. No se limita, en efecto,

á cantar á Vasco de Gama y el descubrimiento de la India, la dominacion y las hazañas de los portugueses en aquel país: su poema contiene todo lo que la historia antigua de su nacion presenta de bello, de noble, de grande, de caballeresco y de atractivo, coordinado en un sólo cuadro... De todos los poemas heróicos de los tiempos antiguos y modernos no hay ninguno que sea nacional en tan alto grado. Jamás, desde Homero, poeta alguno ha sido tan honrado y amado de su patria como Camoens; de modo que todo lo que esa nacion decaida de su gloria en la época inmediata al mismo ha conservado de sus sentimientos patrióticos, se enlaza con este sólo poeta, que puede, con justo título, hacernos las veces de otros y áun de una literatura entera.»

Despues de estas apreciaciones, el autor de la *Historia de la literatura antigua y moderna* pasa á tratar de la *Jerusalem* del Tasso, cuyo poema considera inferior bajo muchos conceptos á *Los Lusíadas*; y como consecuencia de todo lo dicho deduce que la inspiracion poética de Camoens es superior á la del Ariosto y á la de Torcuato Tasso.

III.

En los *Estudios críticos de filosofía, política y literatura* de nuestro amigo el ilustre preceptista Sr. Canalejas se halla un notabilísimo artículo, titulado: *Del carácter del poema Los Lusíadas*, del cual vamos á copiar algunos párrafos que dicen así:

«Por fatal conjunto de accidentes, que no es del caso recordar, existen en la Península ibérica dos naciones... y sin embargo, la literatura española y la portuguesa caminan unidas en tan felicísimo consorcio, que si en las páginas de la historia castellana se encuentra un vacío, si recordando sus glorias todos lamentan el no encontrar un poema épico, la literatura portuguesa lo presenta como digna corona del arte ibérico, y lo es el inmortal poema del sin ventura Luis de

Camoens el *Grande*... Interesa consignar que el arte es el mismo en el nacimiento que en el desagüe del Tajo; que la inspiración es la misma en los poetas castellanos y portugueses; que sus literaturas populares son hermanas, y el fondo de creencias y sentimientos, alma de una literatura, que tan alto renombre conquistan á la española, así pertenecen al pueblo lusitano, como á los que habitan los dilatados llanos de Castilla.»

.....

«*Los Lusíadas* ofrecen en la historia del arte uno de los fenómenos más dignos de estudio y detenido exámen. En las literaturas modernas por distinto sendero caminan la poesía popular y el arte erudito... En Camoens lo más puro del génio nacional y de la musa erudita se confunden, produciendo una de las maravillas del arte.»

.....

«Siempre se ha dicho que el poema ibérico sería la narración de los descubrimientos del siglo XV; todos reconocen que la idea que precedió á aquellos hechos era la más pura y generosa de la civilización ibérica; y por eso creemos que en la historia literaria de nuestros pueblos, el poema de Camoens, que canta aquella idea, se presenta con el alto carácter de un poema de raza.»

.....

«Segun sean españoles ó portugueses los ojos que contemplan las creaciones de Luis de Camoens, así aparecerán con nombres distintos. Para los portugueses el canto del gran poeta es la narración de los hazañosos hechos de los insignes descubridores de la India, de los Vasco de Gama, Almeidas y Alburquerque... para los españoles representa los Colones, Corteses y Pizarros, que fundaron aquella dominación poderosísima en la América, ante la cual son flacos los imperios de Carlo-Magno y de Carlos V... unos y otros ven en el poema lusitano el instante en que terminada la misión que cumplieron en los siglos medios, se abría á su porvenir la edad moderna, convidándoles con la conquista para la civilización y la vida cristiana de inmensas regiones que aparecían como evocadas del fondo de los mares, para dar campo á la

actividad febril que caracteriza á la raza ibérica. Españoles y portugueses celebran á Luis de Camoens como príncipe de los poetas épicos, porque sólo á él le ha sido dado llevar hasta el poema heróico la inspiracion nativa de las generaciones ibéricas, expresando con formas eminentemente artísticas el momento más solemne de su historia, el instante supremo en que realiza las esperanzas concebidas durante la azarosa existencia que les cupo en suerte desde el siglo VIII hasta que tornaron á Africa los descendientes de los que rompieron el cetro visigodo.»

.....

«Luis de Camoens canta las armas y los varones que por mares nunca navegados extendieron la fé; canta hechos nunca imaginados que no cabian en el arte de las antiguas civilizaciones; canta una gloria que no soñaron los héroes de las leyendas mitológicas; canta una edad nueva. No lo ignoraba el gran poeta.

*Cesse tudo o que a musa antigua canta
Que outro valor mais alto se alevanta.*

.....

«La idea era nueva; la literatura moderna sentia un poema en sus entrañas, y nació Camoens para cantarlo.»

IV.

De intento al tratar de poner en su verdadero punto el alto valor literario de *Los Lusíadas*, no hemos citado, ni citaremos, textos de escritores portugueses, que acaso podrian ser rechazados como parciales; y conforme á esta resolucion recordaremos aquí que el caloroso aplauso que algunos críticos modernos, principalmente alemanes, prodigan al cantor de las glorias ibéricas, no es mayor que los que ya habia alcanzado en esta tierra española, donde entre otros ejemplos que

pudiéramos presentar en confirmacion de nuestras palabras, recordaremos que el *sétimo* traductor castellano de *Los Lusiasdas*, el presbítero D. Lamberto Gil, escribia en 1818 las palabras siguientes:

«Lo que ha alcanzado justamente á Camoens el renombre de *Príncipe de los poetas de España*, y lo que principalmente hará pasar su nombre hasta la más remota posteridad es el poema épico en que cantó el viaje que los portugueses hicieron al Oriente el año 1497, doblando el Cabo de Buena-Esperanza.»

Y haciendo aquí una digresion, observaremos que el Padre Gil, que es español, afirma, no que Camoens es el *Príncipe de los poetas portugueses*, lo cual nada tendria de particular, sino que dice terminantemente que el autor de *Los Lusiasdas* es el *Príncipe de los poetas de España*. Sin duda alguna que al escribir estas palabras el presbítero D. Lamberto Gil, pensaba de un modo semejante ó igual al que inspiró al insigne escritor lusitano Almeida Garrett una nota que se lee en la primera edicion de su poema titulado: *Camoens* (París, 1825) y que traducida al castellano, dice así:

«Ni una sola vez se hallará en nuestros escritores la palabra *español* para designar exclusivamente *el natural de la Península no portugués*. Aun cuando Castilla llegó á unirse con Aragon, como mucho tiempo antes tambien se habia unido con el antiguo reino de Leon, tanto nosotros como los demás naturales de la Península, aragoneses, andaluces, castellanos, portugueses, todos éramos llamados *españoles*, así como en la actualidad llamamos indistintamente alemanes á los prusianos, bávaros y sajones; y los romanos, napolitanos y piomonteses, tambien son conocidos bajo el nombre general de italianos..... Españoles somos, y de españoles nos debemos preciar todos los nacidos en la Península ibérica.»

Entendidas las palabras *España* y *español*, en la forma explicada por el ilustre vizconde de Almeida Garrett, que eran sin duda alguna la misma forma con que las entendia y aplicaba el presbítero traductor de *Los Lusiasdas*, se puede admitir la afirmacion que ha dado origen á ésta ya en demasía larga digresion, modificándola un poco, y diciendo que Luis

de Camoens es el *Príncipe de los poetas épicos de la España*; lo que vale tanto como decir, que Luis de Camoens es el primero entre los poetas épicos nacidos en la Península ibérica.

V.

Notamos que la calificación que acabamos de hacer peca de insuficiente, porque el autor de *Los Lusíadas* no es tan sólo el primero de los poetas épicos peninsulares, es también el primero entre todos los poetas épicos que han florecido desde el Renacimiento hasta los tiempos presentes. En vano el autor de la *Mesiada* en la docta Alemania, el autor del *Paraiso perdido* en Inglaterra y el de la *Enriqueida* en Francia, han pretendido arrebatarse a Camoens el preeminente lugar que ocupa en la historia de la épica moderna; lugar superior a los que han alcanzado los autores de la *Jerusalén* y del *Orlando*. El cantor de las glorias portuguesas, que son también glorias españolas ó ibéricas, por su genial inspiración, y quizá también, como dice D. Juan Valera, «por ser hijo de una nación épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al propio tiempo de interés común al género humano,» acertó a dar forma artística a un poema, que si no constituye una verdadera epopeya, es cuando menos el poema heróico de Portugal y España, tomando esta última palabra en su sentido *particularista*; el poema heróico de la nacionalidad ibérica en su manifestación histórica de la época del Renacimiento.

En las frases que acabamos de escribir queda expresado nuestro juicio personal, acerca del valor literario de *Los Lusíadas*; entendemos que este poema no llega a ser una verdadera epopeya, si por tal se entiende el poema épico que resume artísticamente la vida y la civilización de una edad histórica, porque en la época en que su acción se realiza, fines del siglo XV, además de los descubrimientos y conquistas de nuevos continentes que llevaron a cabo los navegantes

tes y caudillos portugueses y españoles, los preliminares de la reforma religiosa del protestantismo y la renovacion de los antiguos sistemas filosóficos de griegos y romanos, eran hechos de tan extraordinaria trascendencia, que no se podian pasar en silencio en un poema épico que pretendiera ser la epopeya de la época del Renacimiento; y ciertamente que en el poema de Camoens se hace caso omiso de todas las cuestiones religiosas y filosóficas que agitaban los espíritus de los contemporáneos de Vasco de Gama: omision que, á nuestro juicio, es motivo más que suficiente para que no pueda darse el nombre de epopeya á la grandiosa creacion poética del inmortal Luis de Camoens.

Entendemos, pues, que *Los Lusíadas* es, como ya hemos dicho, el poema heróico de la nacionalidad ibérica en su manifestacion histórica de la época del Renacimiento, y creemos que este poema heróico es superior á los más celebrados poemas épicos de la Edad Moderna. Entendemos que Luis de Camoens es el primero entre los poetas épicos de los tiempos modernos, á contar desde el Renacimiento hasta nuestros dias; y bástale este título para que su gloria se dilate de siglo en siglo y de generacion en generacion, mientras existan seres humanos que comprendan la belleza del arte, mientras existan seres humanos que huellen con sus plantas la superficie de la tierra.

VI.

Como nosotros no intentamos hacer la apología de *Los Lusíadas*; como nuestro propósito consiste en escribir algunos apuntes críticos acerca de este poema; apuntes críticos que deseamos que se hallen tan léjos del ciego panegírico como de la acre y caprichosa censura, despues de haber manifestado en forma sintética el mérito que avalora la creacion poética de Camoens, no debemos pasar en silencio los defectos que, segun algunos críticos, deslustran algun tanto las

páginas de la dicha obra literaria; y entre estos defectos, se indican como los más graves el uso de las fábulas mitológicas como *Deus ex machina* en sucesos que se realizaban á fines del siglo XV de la era cristiana, y la falta de un héroe principal que, como Aquiles y Eneas, en las obras de Homero y de Virgilio, sea á modo del centro en derredor del cual giren todos los demás personajes que en el poema aparecen.

La defensa que podría hacerse de *Los Lusíadas*, en lo tocante al primero de los dos defectos que acabamos de indicar, se reduce al argumento que expuso el ya tantas veces citado D. Lamberto Gil, escribiendo lo siguiente:

«Nosotros, sin querer disculpar lo que verdaderamente es un defecto, nos contentaremos como observar, que Camoens no debió ser censurado con tanta severidad como le han tratado algunos críticos, supuesto que lo maravilloso ha sido el escollo de los épicos modernos. Torcuato Tasso llenó su *Jerusalem libertada* de hechicerías y encantamientos. Jerónimo Vida en su *Cristiada*, y Sannazaro en su poema sobre *El parto de la Virgen*, mezclaron las divinidades gentílicas con los primeros personajes de nuestra santa religion. Milton en *El Paraíso perdido* y Voltaire en la *Henriada* nos presentan á la Muerte, el Pecado, la Discordia, el Amor, etc., como otros tantos actores que alternan con las personas de la Santísima Trinidad, con los ángeles, con los demonios, etc., lo cual es contrario á todas las reglas de la crítica.»

Si estas disculpas del P. Gil no pareciesen aún suficientes, recordaremos aquí las palabras del abate Andrés, cuando decia:

«Que al contemplar la delicadísima pintura de Vénus y el gentil séquito de las Nereidas, queda el lector sorprendido de las bellezas del cuadro, y atiende poco á si son gentiles ó cristianas las divinidades descritas. Confróntese los adornos de Vénus y de Juno, y los congresos de una y otra con Júpiter, descritos por Camoens y por Homero, y despues reprehendan, si queda valor para ello, la mitología del Homero portugués, que le he abierto campo para obtener la victoria en competencia del griego.»

Y si aún no bastasen las consideraciones del P. Gil y del

abate Andrés que dejamos copiadas para atenuar el defecto cometido por Camoens en el uso, ó mejor dicho, en su abuso de la mitología gentílica, quizá podría decirse que en la concepcion de *Los Lusiadas* se habia adivinado ciertas teorías literarias, reinantes en los tiempos que hoy corren; teorías que explicaba el celebradísimo orador D. Emilio Castelar en su discurso de ingreso en la Academia Española, diciendo lo siguiente:

«Somos como aquellos artistas del Renacimiento, que entre los precursores de Cristo ponian á San Juan y á Virgilio; entre los doctores á Platon, ceñido de aureola tan sagrada como la de San Agustin ó San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham, á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religion, los bajos relieves donde se veian la ninfa y el fáuno ébrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto á la hermenéutica evangélica el mitho de Psiquis encerrado como una alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace, los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordan y del Eufrates, representadas por los profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó por los cuatro rios de ideas que fluyen de Jerusalem, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Búrgos, y estudiando su coro, encontré en la misma silla arzobispal, bajo su relieve, que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte.»

Esta teoría de la universalidad del arte moderno, expuesta por el Sr. Castelar, no nos parece exacta, pero sí muy ingeniosa, y mediante ella acaso podrán vislumbrarse algunas de las ideas que guiaban á los poetas, pintores y escultores de la época del Renacimiento, cuando tan sin escrúpulo mezclaban las fábulas mitológicas con los símbolos más sagrados de la religion católica.

VII.

Respecto al segundo de los principales defectos que en *Los Lusíadas* suelen señalarse, la falta de un héroe que sea como la representación del ideal supremo entre las impurezas de la realidad, la exculpación es harto difícil, puesto que el interés que debe excitar toda narración poética en el ánimo de sus lectores sólo puede mantenerse vivo mediante la unidad de su acción, y esta unidad, en la mayor parte de los casos, requiere hallarse personificada en el héroe ó heroína que en primer término suele figurar en las creaciones literarias que llevan el nombre de poemas épicos, poemas menores, novelas y cuentos.

Podrá decirse, y ya se ha dicho, que el héroe de *Los Lusíadas* es el que en su nombre se indica, los *lusitanos*, los *portugueses*; pero este héroe colectivo—si vale la frase—no puede excitar el vivo interés que en nuestro ánimo produce la relación de las venturas ó desventuras que acontecen á un ser individual, á un individuo de la especie humana, pues con razón dijo el gran dramático latino: *hombre soy y todo lo humano me interesa*; y para la mayor parte de las personas raras veces comprende *lo humano* en su generalidad, y siempre lo comprenden cuando se halla determinado en su manifestación individual.

De lo dicho se deduce que, según nuestro juicio, es forzoso convenir en que la falta de héroe que en *Los Lusíadas* se nota, es sin duda alguna el más grave de los defectos que en este poema pueden señalarse; defecto que también se halla en el mejor de nuestros poemas heroicos, *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, según aparece largamente demostrado en las *Lecciones de retórica y bellas letras*, de Hugo Blair, traducidas al castellano por D. José Luis Munariz y publicadas en 1798.

Algunos otros defectos de menor cuantía suelen señalar

los críticos en *Los Lusíadas*, entre los cuales podrían mencionarse la escasa oportunidad de alguno de los episodios con que el autor interrumpe la narración del poema, y sus continuas alusiones á la historia de los antiguos griegos y romanos, no todas ellas convenientes y muchas de todo punto innecesarias; alusiones que duramente censuraba el abate Andrés, diciendo «que son más propias de un pedante erudito que de un poeta inspirado.» La verdad es que la comisión de este defecto, más que al poeta, debe atribuirse á la época en que escribía, que era aficionada á que en todo género de libros se hiciese alarde de erudición copiosa, siquiera fuese esta erudición en ocasiones de todo punto innecesaria. De aquí la larga lista de autores colocados por orden alfabético que exornaba la mayor parte de los libros de aquella época, de cuya lista tan donosamente se burlaba Cervantes en el prólogo de su famoso *Quijote*.

VIII.

Poniendo término á nuestras observaciones críticas acerca de *Los Lusíadas*, pasaremos á ocuparnos de las poesías líricas y de las obras dramáticas escritas ó al menos que se cree que están escritas por Luis de Camoens, y usamos esta forma dubitativa, porque es sabido que después de muerto Camoens fué cuando se publicó la colección de sus poesías líricas y de sus obras dramáticas, y según parece, los que dirigieron esta colección, más se ocupaban de que figurasen en ella el mayor número posible de versos atribuidos á Camoens, que de poner en claro cuáles eran las composiciones que verdaderamente le pertenecían. Esto ha dado lugar á controversias en que la crítica ha tratado de averiguar cuáles eran las poesías que por su mérito podían considerarse como dignas de Camoens, y cuáles eran las que no debían obtener semejante honor; pero ya se comprende hasta qué punto son difíciles tales averiguaciones,

además de ser casi innecesarias, puesto que la gloria del gran épico portugués es tan grande que no puede padecer menos-cabo, aunque corran con su nombre algunos versos líricos más ó ménos endebles. Así, pues, aún aceptando como de Camoens todas las poesías que se le han atribuido, si bien entre ellas se encuentran algunas de muy escaso mérito, también se hallan otras que bastarían por sí solas para que el nombre de su autor ocupase un puesto honroso entre los líricos portugueses del siglo XVI.

Es Camoens, considerado como poeta lírico, uno de los que en Portugal iniciaron el gusto y las formas de la poesía italiana en la época del Renacimiento; pero las inacabables ternuras amorosas del Petrarca, se hallan sustituidas en las poesías eróticas del autor de *Los Lusíadas* por la expresión de sentimientos más profundos y más variados, porque sin duda alguna eran más verdaderos y tenían su fundamento no sólo en la fantasía, si que también en el corazón y el alma del poeta.

Domina en las poesías líricas de Camoens cierto sentido melancólico, y hasta en ocasiones pesimista, que no es frecuente en los vates nacidos bajo el alegre cielo de la Península ibérica. Este sentido pesimista le inspiró á Camoens una poesía dedicada *Al desconcierto del mundo*, que parece una dolencia de Campoamor. Héla aquí, según la poco feliz traducción de D. Lamberto Gil:

A los buenos ví pasar
En el mundo mil tormentos,
Y para más me espantar,
Ví á los malos disfrutar
De bienes y de contentos.
Pensando alcanzar así
El bien tan mal ordenado,
Fuí malo, y fuí castigado,
Porque sólo para mí
Anda el mundo concertado.

IX.

El autor de *Los Lusíadas*, como otros muchos poetas portugueses contemporáneos suyos, escribió varias poesías en castellano, y como una muestra de estas poesías, insertamos á continuación un soneto, que dice así:

Revuelvo en la incansable fantasía
Cuándo me he visto en más dichoso estado,
Si agora que de amor vivo inflamado,
O cuando de su ardor libre vivía.

Entónces de esta llama sólo huía
Despreciando en mi vida su cuidado;
Agora con dolor de lo pasado,
Tengo por gloria lo que ayer temía.

Bien veo que era vida deleitosa
Aquella que lograba sin temores,
Cuando gustos de amor tuve por viento;

Mas viendo hoy á Natercia tan hermosa
Hallo en esta prision glorias mayores,
Y en perderlas por libre hallo tormento.

Seguramente que este soneto no es muy acabado; pero debe advertirse que Camoens versifica en un idioma que no es el que aprendió en su cuna, y sin embargo, al través de faltas de acierto en la forma de la expresion, bien se deja ver el pensamiento de un verdadero y genuino poeta lírico. Camoens lo era sin duda alguna; pero no se puede decir que tambien era poeta dramático, á pesar de que en las colecciones de sus obras completas aparece una especie de farsa, titulada *Seleuco*, una comedia y una imitacion del *Anfitrión* de Plauto.

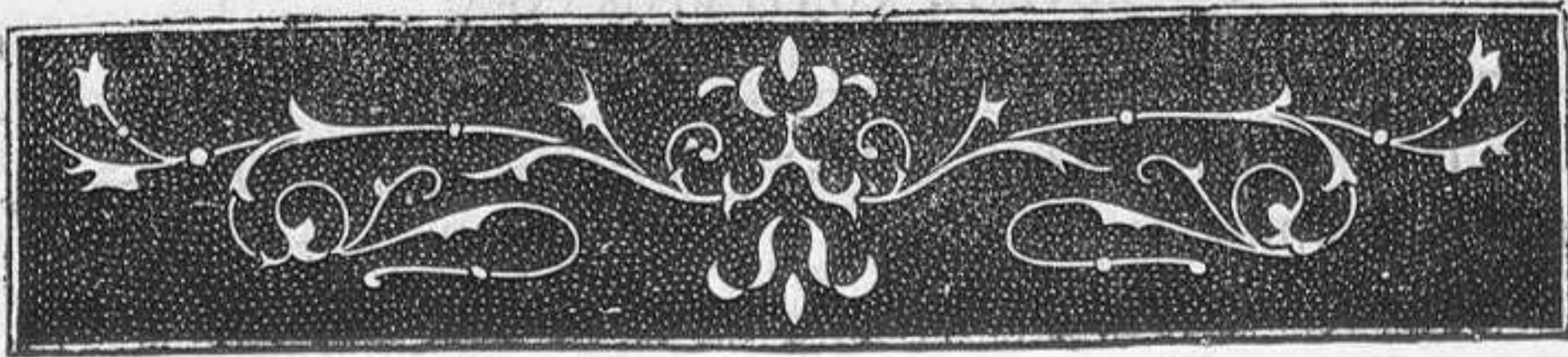
Se dice que estas tres obras dramáticas, probablemente las escribió Camoens en los primeros años de su juventud, y por

lo tanto es de creer que si su soberano ingenio, que tan grande se mostró en la épica y tan notable en la lírica, se hubiese propuesto cultivar asiduamente la literatura dramática, hubiese llegado á producir obras dignas de eterno y universal aplauso. Pero no hay necesidad de hacer hipótesis acerca de las obras que hubiera podido escribir Luis de Camoens, cuando sólo con ser autor del poema heróico *Los Lusíadas*, se halla suficientemente justificada la calificación de *Príncipe de los poetas de su tiempo*, que se grabó en el mármol de su perdida tumba, porque el primero entre los épicos de la Edad Moderna, si se considera la épica como la más alta manifestacion de la poesía, debe ser estimado como Príncipe de los poetas de los tiempos modernos. Así aparece claramente el fundamento con que la nacion portuguesa aclama al autor de *Los Lusíadas*, llamándole Luis de Camoens el *Grande*. Sí, grande con la sublime grandeza del poeta, que puede decir con entera verdad, *est Deus in nobis*.

LUIS VIDART.

Madrid 13 de Mayo de 1880.





CAMPOAMOR

EN LAS LITERATURAS EXTRANJERAS.

I.



A indiferencia, cuando no desden, con que por mucho tiempo se ha venido mirando en Europa el movimiento literario de la España contemporánea, va desapareciendo, por dicha nuestra, de algunos años á esta parte. Los generosos estudios, las laboriosas disquisiciones que la antigua literatura española, la literatura del *Romancero*, de Calderon y Tirso, de Santa Teresa y Cervantes inspirara en el siglo anteproximo y en el primer tercio del presente, á los eruditos y literatos extranjeros, comienza á lograrlas mercedísimamente la literatura de nuestro tiempo, y no ya en este ó el otro país, sino en todos juntamente.

Entre los modernos poetas españoles que alcanzan hoy más general y valiosa estimacion en el extranjero, Campoamor ocupa legítimo y preferente lugar.

Desde luego, en los Estados que aún no há mucho for-

maban parte del vasto imperio español, en las *diez y siete naciones* que hablan hoy nuestra rica y armoniosa lengua nacional, las repúblicas americanas, las *Doloras* y los *Pequeños poemas* son de las obras más leídas y apreciadas: Campoamor, uno de los poetas más populares y admirados. Aún no hace ocho años que la juventud mejicana titulaba *Liceo Campoamor* á una de las sociedades literarias de la famosa ciudad de Motezuma. Las ediciones que en Méjico, Bogotá y otros puntos han visto la luz pública acaso igualen, cuando no superen en número, á las de la antigua metrópoli.

En Portugal, Campoamor, no sólo tiene lectores, sino traductores é imitadores, algunos de no escaso mérito.

No há muchos dias que recorriendo las páginas de *O Universo Illustrado, Semanario de Instrucção e Recreio*, tropezamos con esta felicísima version de una de sus mejores doloras, la que lleva por título *Bodas celestes*, hecha por Xavier de Paiva:

Uma só vez te vi, um so momento;
 Mas o que faz a brisa com as palmas
 O faz em ambos nos o pensamento:
 E assim sao, inda ausentes, nossas almas
 Duas palmas casadas pelo vento.

Entre los imitadores de Campoamor en el vecino reino, recordamos, entre otros, á Ribeiro, Araujo y Guerra Junqueiro, el Campoamor portugués.

Y si de la tierra lusitana pasamos á otros pueblos, en todos ellos veremos que las obras de nuestro poeta han llegado á conquistar señalado aprecio y que en alguno de aquéllos son á veces más conocidas que en España misma. Por nuestra parte, podemos asegurar que ignorábamos que Campoamor habia escrito en sus mocedades la comedia intitulada *Una mujer generosa*, hasta que há poco leimos esta noticia en el *Catalogue of the Spanish Library and of the portuguese books, bequeathed by George Ticknor*, el ilustre historiador de nuestra literatura, catálogo impreso en Boston, en el año anterior.

En Francia, en estos últimos años sobre todo, las obras de Campoamor van alcanzando singular nombradía. En la

imposibilidad de dar cuenta aquí de todos los escritos en que, con mayor ó menor extension y acierto, se trata de aquéllas, bástenos citar como prueba los últimos que hemos leído, y son á saber: la *Histoire des littératures étrangères*, de Alfredo Bougeault (t. III, pág. 415), la *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, de Gustavo Hubbard (páginas 190-198), y el artículo que acaba de ver la luz pública en la *Revue des deux Mondes*, correspondiente al 15 del corriente, con el título de *Un Poète lyrique espagnol*, consagrado á Nuñez de Arce, en los cuales escritos, como en tantos otros que no citamos, se tributan á Campoamor las alabanzas que merece, y que los lectores de estas líneas podrán conocer por sí mismos recorriendo aquellas obras.

Por lo que respecta á Alemania, árdua empresa sería querer mencionar una por una las noticias, los estudios, las versiones que muchas obras poéticas de Campoamor han merecido; pero no es cosa de pasar aquí en silencio las discretas críticas de la famosa revista *Jenaer Literaturzeitung* y las traducciones de Fastenrath, sobre todo la de la admirable dolora ¡*Quién supiera escribir!* que compite cuando no iguala al mismo original.

Esperamos poder decir bien pronto otro tanto de las traducciones que está llevando á cabo el insigne profesor de la universidad de Gratz, nuestro querido amigo el Dr. Schuchardt, versadísimo como pocos en nuestra lengua y literatura.

II.

De todos los grandes pueblos de Europa, Italia es el que más tarde ha llegado á conocer las *Doloras* y los *Pequeños poemas*; bien que esta tardanza tenga, como tiene, su compensacion en el mayor y más concienzudo aprecio que, muy luego y relativamente á otros pueblos y literaturas, han logrado aquellas obras en la tierra clásica del arte.

Va para medio año que el célebre César Cantú, entusias-

mado con la lectura de las *Doloras*, enviaba á su autor, en testimonio de admiracion y cariño, un retrato y un ejemplar de sus poesías, acompañado de una dedicatoria en *correcto y elegante castellano*.

Poco despues, una de las principales revistas literarias, la *Gazzetta Letteraria*, de Turin, que cuenta con colaboradores tan afamados como Gubernatis y Berzio, publicaba con el título de *Profili di poeti stranieri: Don Ramon de Campoamor*, un extenso estudio, que llena nada ménos que cuatro números, los correspondientes al 14, 21 y 28 de Febrero y 6 de Marzo último, y suscrito por el profesor veronés G. L. Patuzzi, no ménos distinguido en nuestros dias que el famoso teólogo y moralista de este mismo apellido en el pasado siglo.

Comienza el Dr. Patuzzi lamentando que la España moderna sea, como es, poco conocida en Italia, y ménos aún si cabe su literatura; á este propósito nos dice que la frase *cosas de España*, que tanto manejan los periodistas de su país cuando de la Península ibérica se trata, vale tanto como lo *desconocido*, lo *inesperado*, lo *extraño*, como si dijéramos el celeste imperio. Así es que sólo por una feliz casualidad pudieron llegar á sus manos las obras de Campoamor. Veamos cómo:

«Un hermano mio (son sus palabras que traduzco á la letra), que vive bien léjos de aquí (perdóneseme este recuerdo personal), volviendo hace algunos años de la república argentina, se detuvo algun tiempo en España. Allí compró un tomo de poesías que le indicaron como cosa extraordinaria, leyólo por el camino y me lo regaló á su llegada.

Era la undécima edicion, hecha en 1872, de las *Doloras*, *poesías varias y cantares* de Campoamor. Las leí con avidez y me agradaron tanto que inmediatamente busqué todas las obras de este autor en las principales librerías, pero no las encontré, y entónces me decidí á escribir á España á la ventura. Felipe, el corresponsal en España de la *Perseveranza*, habla de las *plagas* del correo y del telégrafo en ese país, y de telegramas retrasados, etc. No puedo decir otro tanto. El cortés director de la *Ilustracion Española*, á quien me habia dirigido, me envió en seguida las obras cuyas ediciones no se habian agota-

do, y un antiguo número de la bellísima *Ilustracion* que publicaba el retrato del simpático poeta.»

La lectura de aquellas obras le sugirió inmediatamente la idea de consagrarles en la prensa el estudio que acaba de publicar. Contiene éste, en rigor, tres partes diferentes: una que llamaremos de historia política de España, otra de historia literaria, y otra campoamoriana, esto es, consagrada en exclusivo al exámen de las obras de nuestro compatriota.

La primera, no poco extensa, es, en suma, una especie de compendio historial de la política española desde la muerte de Fernando VII, á quien nuestro autor califica, con Weber, de «*uomo falso, sospettoso, maestro nel simulare,*» hasta la restauracion de D. Alfonso XII. Allí se trata del *partido apostólico*, los *negros*, los *afrancesados*, María Cristina, la ley Sálica, los *carlistas* y *cristinos*, de los *feroci e valerosi vaschi*, del oro de la reaccion europea, del valiente Espartero, á quien llama *piccolo Cid*, del *temperato governo di O'Donnell*, de la *camarilla*, del general Narvaez, del padre Claret, sor Patrocinio, en una palabra, de todo lo acaecido en España de 1823 acá, á modo de inventario, en lenguaje por extremo libre, y en estilo, si vale la frase, *garibaldino* ó *progresista*; todo encaminado á probar buenamente que la España, que en otro tiempo hizo estremecer al mundo de admiracion, de ódio ó de terror, está destinada á no tener buen gobierno, y su literatura á no prosperar nunca con semejantes condiciones. Las fuentes en que bebe nuestro autor, creemos que son: *Espagne politique*, de *Cherbuliez*; el *Viaje por España*, de *Ricardo Tood*, y las obras de Weber y Amicis.

Para la historia literaria, que sigue á ésta, no se ha servido ni de Ticknor, ni Rios, á quienes probablemente desconocia, sino de Sismondi, Hubbard, Merimée, Saint René, Tailandier y Morel-Fatio (á quien hace español), y otras monografías y artículos de revistas, en especial la de *Deux Mondes*, que cita á cada paso. Con tan escasos materiales poco bueno y poco nuevo podia escribir sobre nuestra historia literaria el laborioso catedrático. Lugares comunes, citas de nombres y obras, desde los antiguos *Cantos del Cid* hasta Quintana, Moratin y Gallego, esto, y no más que esto, es lo que contiene

la parte consagrada á esta materia, que, como se ve, huelga por completo en un trabajo de la índole del presente.

Tratando ya de Campoamor, no se refiere en general al Campoamor *escritor*, sino únicamente al Campoamor *poeta*. Sus escritos filosóficos y políticos, *El Personalismo*, *Lo Absoluto*, *Las Polémicas* y demás obras en prosa, quedan fuera de los límites señalados á este estudio. La clasificación de las obras poéticas obedece á las teorías de la vieja retórica, esto es á la mayor ó menor extensión de aquellas obras. Resultan así dos grupos: uno de *Poemas mayores* (*Poemi di lunga lena*) y Poemas menores (*liriche piu ó meno brevi*). Coloca en el primero, el *Colon* (il Colombo) y el *Drama universal* (*Dramma universal*); en el segundo, las *Doloras* y los *Pequeños poemas* (*piccoli poemi*); quedando fuera de esta clasificación las obras dramáticas, de las cuales, además, nada dice el Sr. Patuzzi, excepción hecha de *Cuerdos y Locos* (*Savii e pazzi*) que menciona, y que, por lo visto, es la única que conoce, pues cree que fué éste el primer ensayo dramático de su autor. Como hemos visto, estaba mejor enterado de estas cosas, desde Boston, el insigne historiador de nuestra literatura, el inolvidable Ticknor.

Tocante á los poemas extensos, el Sr. Patuzzi se contrae en exclusivo al *Drama universal*. Del *Colon*, cuyo asunto, al ménos, debiera interesar muy mucho á un escritor italiano, nada dice. Puede que no lo conociera y que no hubiese llegado á sus manos alguna reseña.

El *Drama universal!* hé aquí el objeto predilecto de su estudio. Precédele una larga digresión, á modo de preámbulo, tocante á las analogías y diferencias artísticas de esta obra y el *Diablo Mundo*, de Espronceda, y de uno y otro poema con los de Byron y Goethe, que resume en estas palabras: *Campoamor, como Espronceda, sintieron el hálito moderno, y ámbos se esforzaron por recibirlo cuanto les fuere posible en sus almas, como los autores de Fausto y de Don Juan; pero «mientras Byron y Goethe son modernos aunque reproducen lo antiguo, Campoamor y Espronceda son antiguos reproduciendo lo moderno.»* Cuanto distemos ó estemos conformes con este juicio no es de este lugar, porque nos llevaria muy léjos de

nuestro objeto. Sí diremos lealmente que, pareciéndonos muy conveniente el exámen comparado de Espronceda y Campoamor y de estos con Goethe y Byron, todavía sería más útil y trascendental para el mejor conocimiento del *Drama universal* otro estudio comparado, que el Sr. Patuzzi no intenta, y es el de esta obra con los poemas simbólicos de la poesía española de todos los tiempos, y señaladamente del nuestro, del que es, sin duda alguna para nosotros, el principal y primero este magnífico poema.

Con bastante amplitud y discrecion expone luego el señor Patuzzi el argumento del *Drama* y sus situaciones y personajes principales. Se conoce que el Sr. Patuzzi lo ha leído y meditado en conciencia. Seguramente es lo mejor de su estudio. Parco por extremo en sus juicios, tiene más carácter de exposicion que de crítica. Así es, que cuando el Sr. Patuzzi expone lo hace casi siempre con acierto; pero cuando examina y juzga, suele, por lo comun, apartarse de la verdad, sobre todo en lo concerniente á las fuentes del poema, en que se deja llevar de analogías remotas ó sutiles con tales ó cuales obras. Sirva de ejemplo la hermosa y españolísima leyenda *Fernan Ruiz de Castro* que constituye uno de los *Episodios* más admirables del *Drama*, cuyo origen, el Sr. Patuzzi cree encontrar en Ariosto y en Bocacio y no en el genuino y castizo legendario español, de donde seguramente lo recibió el poeta. Si el Sr. Patuzzi conociera mejor nuestra literatura, de seguro habria andado más atinado en sus juicios. Y si, de igual modo, no profesase, como profesaba, señalada hostilidad á todo lo antiguo, hubiera podido apreciar mejor los elementos religiosos y filosóficos del poema, y su verdadero espíritu.

Del *Drama universal* pasa el Sr. Patuzzi á los *Pequeños poemas* y *Doloras*. Poco dice de los primeros, y tan poco como que únicamente menciona el que, dolora-dramática más que *Pequeño poema*, se intitula: *Química Conyugal*. Creemos que el Sr. Patuzzi conocia sólo los *Nuevos pequeños poemas*, pero no los antiguos, y que esta es la causa de que no trate de ellos con la amplitud necesaria.

Las *Doloras* le sugieren abundantes consideraciones, pero por punto general vagas y poco precisas. En este punto, lo

más meritorio, lo que más cabe alabar en el Sr. Patuzzi es la fidelidad con que traduce las doloras *Proximidad del bien*, *Los grandes hombres* y ¡*Quién supiera escribir!* que revelan el profundo estudio que el crítico italiano ha hecho de nuestra lengua.

Tal es, en suma, el trabajo del Sr. Patuzzi. Reciba el homenaje de nuestra gratitud, que como españoles le tributamos y con nosotros los admiradores todos del gran poeta. ¡Admiración viva y sincera que descansa en firmísimas convicciones! Campoamor, para honra suya y gloria de España, es de aquellas inteligencias privilegiadas, que, aún en sus mismos yerros, acreditan la soberana naturaleza de sus facultades. Si quisiéramos caracterizarlo en pocas frases, nos bastaría poner en sus lábios estos versos que él coloca en los de Honorio, en el *Drama universal*:

*Yo soy un sér de los que en sí batallan;
Esclavos de un delirio, y nunca dueños,
Que á cualquier lado que se vuelven, hallan
Lo infinito en el fondo de sus sueños.*

Ese es Campoamor.

ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.





LA POLÍTICA,

SEGUN LOS PRINCIPIOS DE BLUNTSCHLI (1).



Es la política, ó sea la direccion de los negocios públicos, la vida natural del Estado, el arte práctico del gobierno. Entendemos por hombres políticos á todos aquellos que ejercen una accion influyente en la vida pública, distinguiéndose con el nombre de *hombres de Estado* á los que ocupan un lugar importante en la esfera del gobierno ó se encuentran en condiciones de hacer que prevalezca una política propia, de la que ellos aparecen como lo más genuina y espontánea representacion.

(1) Como ya anunciamos á nuestros lectores, la obra *Derecho público universal*, de Blunschli, se divide en tres partes. De la primera, *Teoría del Estado*, nos ocupamos en el número de la REVISTA CONTEMPORÁNEA correspondiente al dia 15 de Abril último, y hoy lo hacemos de la tercera parte, *Política*, pues la segunda, *Derecho público general*, no ha sido aún publicada por la casa editorial de Góngora, á quien se debe la version castellana de tan importante trabajo.

En nuestro artículo de hoy nos concretamos, como en el primero, á hacer una exposicion á grandes rasgos de las principales doctrinas que el tomo contiene, sin entrar en género alguno de comentarios.

La política no es solamente, como algunos han creído, el arte de gobernar, es también la ciencia del gobierno, y en tal concepto está representada por los sábios, escritores ó tratadistas que difunden con la elocuencia de sus discursos ó con la autoridad de sus escritos las ideas y teorías, por la que se funda, vive y se dirige el Estado. La política teórica y la práctica se encuentran estrechamente unidas. En los pueblos nacientes que aún no han traspasado los límites de su adolescencia sólo existe la segunda; pero más tarde, y conforme se vá desarrollando el espíritu de la nación, vá germinando en éste un conjunto de doctrinas, una série de principios que no sólo llegan á colocarse á la altura de la práctica gubernamental, sino que la mayor parte de las veces se le adelanta y revela caminos y horizontes que ántes se desconocían, abriendo de tal suerte paso á las ideas y respondiendo á las necesidades del porvenir.

Aristóteles es posterior á la época más floreciente de las repúblicas griegas; pero fué el maestro de Alejandro. Las obras políticas de Cicerón corresponden al último período de la república; pero fueron anteriores á Augusto. Del mismo modo Maquiavelo, Rousseau, Montesquieu, son como el espíritu que anima una série de grandes acontecimientos políticos que hubieron de realizarse más tarde; pero en cuyo fondo se destaca la verdad de sus presentimientos, la fuerza incontrastable de sus predicaciones.

Es muy difícil que las grandes cualidades de hombre de Estado y las de teórico ó científico se encuentren reunidas en un sólo hombre. Aristóteles y Platon no eran aficionados á vivir para gobernar, y en cambio vemos todos los días hombres de ilustración muy escasa que tienen dotes de gobierno. No obstante, algunos han sido á la vez políticos y pensadores, tales como Pericles, Alejandro, César, Carlo-Magno, Federico II, Washington, Hamilton y Napoleon I; sin duda alguna por reunir tantas y tan diversas aptitudes son considerados como verdaderos colosos de la fortuna.

La ciencia política sólo se propone la investigación de lo más justo, útil y verdadero. El hombre de Estado no puede contentarse con esto; necesita realizar su pensamiento y ven-

cer por lo tanto á cuantos enemigos se le opongan. No puede encerrarse dentro de los límites de la ciencia; necesita un vastísimo campo de operaciones: el poder. Su gloria sólo puede deducirse de los resultados de su política. El éxito constituye su inmortalidad cuando es favorable. Sus desgracias se traducen en derrotas.

Maquiavelo hizo del éxito la única regla del hombre de Estado; pero en su ciega ambición quiso olvidarse de que existían cosas sagradas y respetables que era forzoso reconocer y acatar. Estudiemos, pues, hasta qué punto puede el político ordenar á su antojo sin que haya dique que le ataje y refrene, cuando el aplauso ha de coronar la victoria.

¿Puede aceptarse, según la máxima de Maquiavelo, la separación de la política y de la moral? Si así sucediese, ¿no viviría el orden político fuera de esos principios y de esas reglas que se imponen en la conciencia de todo hombre honrado? ¿Con qué títulos trataba entonces de señalar los deberes del ciudadano, un poder que los desconocía en absoluto?

Semejante doctrina es de todo punto inaceptable. Lo que sí debemos suponer es que ciertos fines políticos sin ser inmorales pueden ser indiferentes á la moral. Una ley de hacienda, una reforma administrativa, una nueva organización para el ejército, bien pueden ser independientes de la moral; pero al hombre de Estado no le es lícito olvidarse de estos deberes, que son otras tantas garantías de orden y seguridad para el país. La máxima verdaderamente peligrosa de que «el fin justifica los medios,» tiende á desencadenar las pasiones, desconociendo que si el Estado se compone de hombres, participa de la naturaleza de éstos, y es, por lo tanto, un *ser moral*. De otro modo no podríamos exigir virtudes en la vida pública, y no hablaríamos, como diariamente lo hacemos, de patriotismo, abnegación, fidelidad á los principios, rectitud en el desempeño de las funciones administrativas. No obstante, la *razón de Estado* tiene una grandísima importancia para la resolución de este problema, y así advertimos que la historia juzga á veces con benevolencia algunos hechos que, moralmente considerados, se prestan á muy dudosas interpretaciones. ¿Sería, por ejemplo, digno

de acerba censura el hecho de que un príncipe, apremiado por las circunstancias, nombrara un ministro poco digno de estimación, pero capaz de hacer un buen servicio al Estado?

¿Merece acaso los ódios de su nación el político que, traspasando los límites de su derecho, aprovecha las distracciones de un príncipe ó la insensatez de un partido, para realizar un acto provechoso al país?

Aunque el asunto no puede ser más resbaladizo, sostiene Bluntschli, para darle la mejor resolución posible, que «el mal no debe dominar nunca en la relación, no debe hacer más que servir; hay que procurar que no triunfe, pues sólo es el aguijón del bien cuando ocupa un lugar subordinado.» No existe, ni puede existir un crimen más odioso que el asesinato, y á pesar de todo, Judith dando muerte á Holofernes y Carlota Corday clavando su puñal en el pecho de Marat, no han merecido la eterna reprobación de la historia. El mal sólo puede tener alguna justificación cuando es inevitable, de todo punto necesario, y el bien que de él resulta mayor que el daño producido. Ciertos fanáticos que se creen vengadores de la sociedad, cometen los más espantosos crímenes, soñando en una gloria que nunca ha de serles atribuida, porque la conciencia pública sólo vé en ellos al asesino. No bastan la buena fé, la abnegación y el heroísmo, si el acto criminal, sobre ser necesario, no conduce evidentemente al progreso del bien. La muerte de César hizo estremecer de espanto á la orgullosa Roma, sin contribuir para nada á la salvación de la república.

La política ha de ser constitucional y legal. De otro modo, atacaría los fundamentos del Estado destruyendo su propia autoridad y sembrando por todas partes la desconfianza; pero esto no impide que el político acepte una innovación reformando y hasta violentando el derecho desde el instante que así lo exige la existencia ó el progreso de los intereses sociales. Su deber de proteger á la nación se sobrepone al respeto de una fórmula legal. Tiene siempre que seguir el camino hasta que llegue á un resultado, á un progreso.

Un político que por escrúpulos de conciencia pone en peligro los intereses que le están confiados es tan digno de

censura como el déspota ó revolucionario, que sin fin que lo determine, ni causa que lo impulse, se impone á toda ley y á todo principio. Es, pues, indispensable, interpretar fielmente el derecho, aunque estableciendo las debidas excepciones, cuando hay elevados intereses que dejar á cubierto; y aunque la resolución del caso es muy difícil para definirlo en pocas palabras, Bluntschli acepta la fórmula de que «la autoridad del derecho formal pierde su fuerza en proporción de los peligros que presenta, sea para la existencia del Estado, sea para su desarrollo y progresos naturales.» Cuando la medida ó actitud legal dimana del poder es celebrada unas veces como solución verdadera, otras se designa con el nombre realmente equívoco de «golpe de Estado;» si el movimiento nace del pueblo, se denomina revolución cuando triunfa, y motin ó rebelión cuando es sofocado por la iniciativa y las armas de los gobernantes.

Las palabras libertad é igualdad, tienen en la época moderna un poder desconocido en la edad media, inclinada, como todos sabemos, á la división de clases y gerarquías. La revolución francesa de 1789 ensalzó el principio de igualdad entre los hombres, considerándolo el ideal del porvenir, y condenó toda distinción y diferencia como una iniquidad hereditaria. Esta doctrina, verdaderamente trascendental, no sólo es fecunda en el desarrollo de la política, cuando es lógica y fielmente interpretada, sino que responde á las santas predicaciones del cristianismo, y á los eternos principios de moral y de justicia; mas es necesario tener presente que la falsa igualdad, esa igualdad estrecha, apasionada, exclusivista, que sólo busca el poder sin límites de la demagogia, mata el organismo del Estado, y es la más bárbara y espantosa de las tiranías. Si la esclavitud es abolida en nombre de la igualdad y de la libertad verdaderas, no ha de negarse por esto toda distinción entre la autoridad y el súbdito, entre gobernantes y gobernados. Si el Estado dispensa su protección á todas las propiedades, y no tolera ya feudos ni privilegios de ninguna clase, no hay razón para que los bienes sean igualmente distribuidos. La diferencia de fortunas tiene su principal fundamento en la índole y cir-

cunstancias especiales de cada individuo, y apetecer en este caso la igualdad absoluta entre ellos, seria tanto como conducirlos á todos á la miseria. Si el Estado impone el servicio militar á los ciudadanos, no puede echar en olvido la diversidad de edades, ni de condiciones morales y físicas. Si todos los hombres nacen aptos para desempeñar cargos públicos, no hemos de censurar en cambio que se exijan ciertos requisitos para los empleos que requieren conocimientos especiales; y así sucesivamente encontramos á cada paso limitaciones que no destruyen el principio de igualdad política, porque se sustentan y arraigan en la misma naturaleza. La verdadera igualdad permitirá siempre que todos los hombres se eleven por la fuerza de sus propios méritos, pero nunca dejará el poder, como pretenden ciertos espíritus mal avenidos con la lógica, en manos de hombres que no cuentan para ello con más títulos que su incapacidad y su ignorancia. La igualdad será siempre la base, la diversidad el desarrollo.

Las condiciones en que muchas veces se forman los Estados, impiden asimismo que el principio de igualdad se difunda como fuera de apetecer. Si un pueblo más poderoso, si una nación mejor constituida se apodera de otros Estados más pequeños y menos fuertes, puede conceder á éstos algunas exenciones, sin las cuales su conservación se haría en extremo difícil, dándose el triste espectáculo de vivir en perpetua guerra. La igualdad ante la ley ha sido proclamada por todos los pueblos de la culta Europa, y sin embargo, no en todas las naciones viven los hombres bajo las mismas leyes. En España, Cataluña y Navarra y las provincias de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa se regian por códigos especiales, y aún hoy día rige la antigua legislación aragonesa. La política moderna tiene un carácter nacional, mejor determinado que en los antiguos tiempos; pero la nacionalidad no es homogénea en ninguna parte, y este es, sin duda, el más grave obstáculo que se opone al principio de igualdad. El imperio alemán tiene polacos, dinamarqueses, franceses, etc. Francia, bretones y bascos. En Suiza y Bélgica puede decirse que no domina una nacionalidad determinada; pues la

primera comprende tres grupos: alemanes, franceses é italianos, y la segunda cuenta casi tantos flamencos como franceses. Rusia y la Gran Bretaña son tambien muy heterogéneas. Austria-Hungría y los Estados europeos del *Gran Turco* se hallan en peores condiciones que el resto de Europa, porque las nacionalidades se encuentran mezcladas, viviendo en una guerra sorda é incesante. Sin desconocer la grande importancia que tiene una política nacional, es preciso no dejarse llevar de ciertas exageraciones que aislarian entre sí á los Estados, desconociendo la comunidad del género humano. Una política nacional, para ser perfecta, debe tener al mismo tiempo carácter de internacional y humana. La naturaleza ha establecido lazos indisolubles entre todos los hombres, y los pueblos, aunque tengan conciencia de su propio valer, encuentran en la palabra *humanidad* la más alta expresion de su cultura y de sus ideales.

En la vida del Estado existe como principal elemento un espíritu nacional, una comunidad de ideas que responden á los atributos y aspiraciones de cada raza. En todo hombre hay cualidades *étnicas*, comunes á una familia, á una tribu ó á un pueblo, y condiciones ó atributos puramente individuales. En este sentido puede decirse que todos poseemos dos naturalezas, una como hombres, otra como ciudadanos. Unos tienen muy desarrollados los instintos de raza, al paso que si queremos conocer los individuales, apenas se encontrará en ellos nada saliente y característico; otros como individuos poseen *criterio* y voluntad propios; pero el sentimiento de raza aparece en sus manifestaciones como extinguido, ó al ménos grandemente debilitado. ¡Cuántas veces vemos surgir una lucha en el fondo de nuestra alma, tan terrible como silenciosa, entre nuestros ideales de raza y de familia, y nuestras aspiraciones como individuos! Estas batallas que se riñen en lo más profundo y sagrado de nuestro propio sér, sólo tienen una explicacion en nuestra doble naturaleza.

Bajo el punto de vista físico no puede ser más notoria la diferencia entre las grandes razas humanas. Una sola mirada basta para distinguir al negro del blanco y al europeo del chino. Entre los blancos establecemos tambien distinciones

entre el ário y el semita, el latino y el germano, el eslavo y el turco. Un buen observador sabe apreciar todos estos pormenores que constituyen la *raza física visible*. Mas difícil es descubrir el espíritu individual. Las familias, las tribus, los pueblos y naciones, tienen sus aptitudes morales, que bien determinadas, tampoco deben confundirse. La viveza del francés, la perseverancia del alemán, la fé ardiente del español, son atributos morales de la raza nacional; lo que se explica muy fácilmente, si tenemos en cuenta que en las familias se ven pasiones y debilidades que se transmiten por herencia. La raza se desarrolla lenta y paulatinamente, siguiendo períodos fijos y en relación á una serie de edades, y ésta es una de las diferencias que la separan del espíritu individual, que nace, crece y se fortifica independientemente de todas las circunstancias que lo rodean. La vida de raza es principalmente impuesta por la naturaleza, y la del individuo sólo se determina por la libertad.

Gobineau, sostiene el principio de que la pureza de la raza es una condición necesaria para que ésta sea vigorosa y realice mayor número de progresos; pero esto es á todas luces inexacto, porque la experiencia ha venido á demostrar que cuando la fusión de pueblos y de familias diferentes se verifica en buenas condiciones, los tipos se mejoran y el progreso se efectúa del mismo modo. Lo que sí puede sostenerse es que la mezcla entre blancos y gente de color no produce tan buenos resultados, y la fecundidad disminuye, lejos de aumentar. Parece como que la naturaleza ha establecido diferencias harto profundas, que la voluntad de los hombres no logra extinguir.

La cifra y crecimiento de la población, que son materias capitales en el orden social y político, no pueden tomarse como una regla absoluta para determinar la importancia de los Estados. Los 37 millones de franceses representan políticamente más que los 400 millones de chinos; y los 30 millones de ingleses, más que los 180 millones de indios. Las naciones de espíritu viril tienen siempre mayor influencia que las masas pasivas y desprovistas de carácter, aunque formen una nacionalidad mucho más numerosa.

En el siglo XVIII se consideraba generalmente todo aumento como provechoso. Más tarde el célebre economista Malthus se propuso probar que la población crece naturalmente en progresión geométrica y las subsistencias sólo en progresión aritmética; de suerte que es preciso reprimir la multiplicación para no llegar inevitablemente á la ruina. El norte-americano Carey ha negado, con razón, la exactitud de este criterio, fundándose en la gran armonía que existe en la naturaleza, cuyas fuerzas están admirablemente proporcionadas, puesto que si bien el hombre consume, sus cuidados y su industria hacen mayores y de mejor calidad los productos de la naturaleza.

Entrando en otro orden de consideraciones, podemos preguntar: ¿de qué medios dispone el Estado? Todos ellos pueden ser comprendidos dentro de una sola palabra: *poder*. No existe otra razón ni otra causa que puedan determinar sus fines. Un Estado impotente ó que carece de fuerza no tiene derecho para subsistir.

El Gobierno dispone siempre de medios morales y medios materiales; pero su autoridad no es como en la religión y la ciencia de fé ó de persuasión, sino que en ningún caso tolera el hecho de la resistencia y del desacato. Su autoridad moral se manifiesta por la ley, el mantenimiento del orden y el juicio civil, criminal ó administrativo. También dispone de otros medios de cultura, tales como las escuelas públicas, los museos, las academias, la educación política, militar ó técnica.

Con relación á los medios materiales, es preciso distinguir dos especies: la economía política y la fuerza. El Estado consume las rentas de sus propiedades, recauda contribuciones y realiza empréstitos. Favorece el comercio y las transacciones mercantiles con instituciones de utilidad pública, como carreteras, ferro-carriles, bolsas, telégrafos, correos, etc., etc. Su fuerza directa ó física se ejerce principalmente por medio de las penas, la policía y el ejército. La misión de este último consiste en manifestar toda la energía y toda la fuerza del Estado.

Dentro de la nación, y partiendo de ella misma, existe un

poder, á veces incontrastable, que debe tener muy en cuenta el político. Se conoce con el nombre de opinion pública y no se forma con las predicaciones de los sábios, ni mediante el influjo de los hombres de elevada alcurnia, sino pura y simplemente con las ideas de las clases medias que pueden juzgar ó discernir desapasionadamente. La prensa contribuye en alto grado á que se generalicen y conozcan por todas partes, y así dulcemente y sin hacer ruido invaden nuestros hogares y se infiltran en la conciencia de las masas. Considerar esta opinion como soberana, será siempre una grande exageracion, porque juzgando las cosas por las apariencias y dejándose arrastrar por las pasiones, hoy rompe los ídolos que adoraba ayer, contradiciendo á cada paso sus propios juicios; pero aún en medio de sus errores, fuera absurdo negar que con su apoyo unas veces, con su resistencia otras, ha tenido y tendrá siempre un gran influjo en la vida y progreso de la sociedad.

Fuera de la vida del Gobierno, existen tambien otros poderes que se deben considerar legales, como lo han sido siempre en la época moderna la prensa y las asociaciones. Estas últimas no son reconocidas ni autorizadas por el Estado, sino en cuanto se constituyen dentro del órden jurídico, y no puede ni debe tolerar que sus tiros se dirijan á él, ni que pretendan formar un Estado, dentro del Estado.

Al tratar estos puntos Blunstchli explica el concepto que le merece la *revolucion*. Aunque esta palabra se aplica generalmente cuando la violencia parte del pueblo, en sentido lato, indica una *transformacion esencial*, ya proceda del poder ó de las masas. El autor que nos ocupa condena la actitud de ciertas escuelas radicales que se hallan siempre dispuestas á aplaudir todo movimiento revolucionario, y juzga que hay cierta estrechez de miras en los absolutistas, que no encuentran justificada ninguna revolucion. ¿Cuál es, pues, su criterio sobre materia tan importante? Reconocer que existen y han existido revoluciones legítimas y necesarias y revoluciones que por sus actos vandálicos y sus crueldades merecen la eterna reprobacion de la historia. Este ilustre tratadista, como siempre, lleva por objeto en sus disertaciones el desarrollo

formal del derecho, prefiere la *reforma*, ó sea el cambio emanado de la autoridad competente, segun las formas legales, á la revolucion, y no le causan tanta admiracion y respeto los que saben destruir por medio de la fuerza, como los que, satisfaciendo unas veces ciertas aspiraciones, oponiéndose á los extravíos de la opinion otras, logran evitar esas violencias, esos trastornos cuyos funestos resultados son á veces irreparables.

Los más sagrados deberes de la política consisten en asegurar tres cosas: Primera. La libertad individual, el rico desarrollo de las aptitudes de la sociedad y de los individuos. Segunda. La unidad, el poder, el bienestar de la nacion, una autoridad pública fuerte. Tercera. Los progresos de la humanidad. Una Constitucion será tanto más digna de elogio cuanto más cumplidamente responda á estas necesidades.

Los Estados modernos tratan de conciliar las tendencias democráticas y aristocráticas, fundándose en que cada una tiene sus ventajas é inconvenientes, y son, por tanto, susceptibles de completarse, en virtud de una hábil y juiciosa combinacion.

La democracia ha proclamado como principios más fundamentales la igualdad natural de derechos, de donde se deduce la igualdad política; la voluntad de la mayoría que por ser la de la nacion debe imperar sobre las aspiraciones de los hombres, que son ménos en número, aunque se juzguen más ilustrados; el libre desempeño de las funciones públicas para todos los ciudadanos; la escasa duracion de los funcionarios, para la mejor participacion de todos, y la frecuencia en las elecciones; la libertad comun, igual entre los hombres, apoyando frecuentemente el derecho en la voluntad nacional y prefiriendo lo útil á lo ostentoso, la sencillez al lujo, la pompa y el aparato. Las ideas que siempre han caracterizado á

los partidos que defienden el sistema aristocrático, oponen á estos ideales: la diferencia que existe entre los hombres, como una regla de conducta para que el gobierno de las masas corresponda á los elementos mejores; la calidad y no la cantidad como principio dominante en la nacion; la necesidad de que los cargos públicos sólo pueden confiarse á personas distinguidas; la fijeza y estabilidad en los empleos para el mayor prestigio de los funcionarios; la libertad y el honor de las clases elevadas; el respeto á la tradicion y á las antiguas costumbres; y por último, el culto á las formas, la dignidad y el brillo de las manifestaciones exteriores.

En su más lato sentido el nombre de *república* corresponde á todos los Estados que tienen un *derecho público*, y que no se gobiernan, por tanto, arbitrariamente. Kant sólo distingue la república y el despotismo; pero este sistema resulta incompleto, porque nunca podrá entenderse como republicano un pueblo donde las grandes clases populares no tengan derechos y deberes políticos y la conciencia del derecho y del deber públicos no se han despertado todavía. El despotismo del príncipe y tambien el de la aristocracia ó de las muchedumbres y las formas del patriarcado que consideran al Estado como una familia ó una propiedad, se encuentran precisamente en este caso. El Estado moderno merece el nombre de república, en atencion á que nadie ejerce un poder público como derecho propio ó privado; todo derecho público está subordinado á la comunidad, y no puede tener su causa *fuera* del Estado; toda funcion pública está al servicio del bien público; el verdadero Estado es el *Estado público* ó la república; el jefe del Estado es el órgano más elevado de la nacion, pero no el propietario de ésta: los gobernados son al mismo tiempo súbditos de la autoridad y ciudadanos libres; la autoridad de la ley descansa sobre el concurso de los ciudadanos, sobre el asentimiento de la representacion nacional; la administracion es comprobada por los representantes del pueblo, no debiéndose obediencia más que á las autoridades constitucionales y legales, y siendo cada cual protegido en sus derechos personales de libertad.

En un concepto más restringido, «la *república* es el Estado

en que la soberanía está confiada á una persona colectiva, á un cuerpo aristocrático ó al conjunto de los ciudadanos. El poder ejecutivo lo ejerce indistintamente una reunion de dos personas, como los dos cónsules de Roma, ó una sola, como el presidente de la república francesa ó el de los Estados-Unidos. Este jefe único puede tener grandísimas atribuciones y hasta convertir su gobierno en dictadura en determinados momentos. El jefe de una república no se distingue de un soberano por el mayor ó menor número de derechos de que se halla investido, sino porque su autoridad no puede ser ejercida más que á nombre y por mandato de las clases aristocráticas ó del pueblo, consideradas como única fuente de la soberanía. El principio monárquico representa una *«individualizacion»* magestuosa é independiente del poder supremo: en la república, por el contrario, se apoya sobre la *subordinacion esencial* de las funciones públicas á la *voluntad del mayor número.*» El rey personifica el poder y la magestad del Estado y se encuentra muy por encima de los súbditos. El presidente de una república es, bajo el punto de vista personal, como *todos* los demás ciudadanos, y ejerce el poder por delegacion momentánea de éstos, de los cuales es un mero representante.

La diferencia, pues, entre una y otra forma de gobierno, consiste en el carácter jurídico del poder supremo. Cuando éste reside en el que se considera verdadero jefe del Estado como un *derecho público que se impone y no depende de nadie*, el sistema político será monárquico. Cuando, por el contrario, el poder se confiere á una *mayoría de ciudadanos* y sólo puede ser ejercido en nombre y por mandato de los mismos, la nacion tendrá que someterse al gobierno de la república.

El Estado y la política sufren cambios y trasformaciones, obedeciendo así á su propia naturaleza.

El hombre de Estado incurriria en un grave error si se esforzase en conservar una institucion envejecida y desacreditada que fuese un obstáculo para el natural desarrollo de otros ideales más preferibles. Se puede aspirar á la duracion, pero en manera alguna á la inmutabilidad.

Si atendemos al desarrollo natural de las naciones, en su

vida histórica observamos que al principio la muchedumbre, ora temerosa de los dioses, ora rindiendo fervoroso culto al jefe de una raza distinguida, se deja dominar por sus patriarcas y sacerdotes ó se sacrifica por algun héroe ó sábio, pasando así de la teocracia á la monarquía, respetando la autoridad de uno sólo. El deseo y la aptitud para gobernar se propagan muy lentamente en las muchedumbres, manifestándose primero en la aristocracia de la riqueza del valor y de los sábios consejeros del rey. Sólo en último término sienten las masas la aspiracion de gobernarse á sí mismas. Explicada de esta suerte la razon política de las trasformaciones, no sólo estamos de acuerdo con el natural desarrollo del espíritu humano, sino tambien con la marcha natural y ordinaria de las ideas, segun el testimonio de la historia.

El bastardeamiento de las dinastías, las dificultades financieras y otras causas análogas han determinado la caida de la monarquía absoluta en Europa. Inglaterra fué constitucional más de un siglo ántes que el continente, pues el nuevo orden político data de la segunda revolucion inglesa, de la caida de los Estuardos y del advenimiento de Guillermo III de Orange.

La monarquía representativa toma su apoyo en la nacion y está ménos expuesta á las intrigas de la diplomacia, á las luchas y á las guerras, que la forma absoluta. El rey tiene que contar siempre con sus ministros responsables ante el Parlamento. El poder legislativo elabora sus proyectos teniendo en cuenta las opiniones de las Cámaras. La policia, la organizacion del ejército y la cultura pública, dan origen á un cuerpo de funcionarios sacados de todas las fuerzas vivas de la nacion. Las diferencias que existen entre la monarquía constitucional y la absoluta, no dimanar de que su poder, su magestad sean menores, sino de la manera que tiene el príncipe de ejercer sus derechos. Realmente el monarca constitucional es más poderoso que el absoluto, porque se apoya en los grandes recursos de una nacion libre. Una fuerza exactamente dividida produce mejores resultados que otra desproporcionada.

El sistema constitucional comparado con la república si-

que siendo monárquico porque tiene un jefe colocado por encima de los partidos en la cúspide de la vida pública, manteniendo el equilibrio general; comparado con la monarquía absoluta, este régimen toma cierto carácter republicano; el príncipe mismo parece un funcionario público; es la voluntad del Estado la que ha de prevalecer y no la suya: los derechos políticos están garantidos; los ministros son responsables, siendo de todo punto necesaria su intervencion, y las Cámaras aprueban ó censuran los actos del Gobierno.

La legislacion republicana se distingue principalmente por la ausencia de todo factor monárquico. Las mayorías de las Cámaras hacen libremente la ley. La administracion es más popular aunque ménos poderosa. Esta forma se aproxima mucho á la monárquica cuando el gobierno se concentra en una sola persona. El grave escollo del gobierno democrático está en que muchos, para halagar ciertas pasiones y por convertirse en ídolos de la muchedumbre, no vacilan en arrojar por todas partes la funesta semilla de la demagogia.

Cuando se trata de una confederacion de Estados, las dificultades del gobierno aumentan considerablemente. Allí donde no existe un verdadero conjunto, allí donde los intereses del todo son á veces indiferentes y aún contrarios á los de la parte; allí donde en lugar de una nacion existen muchas viviendo todas al parecer bajo una aspiracion comun; pero en realidad obedeciendo cada cual á sus conveniencias particulares, tienen que surgir conflictos á cada paso, estableciéndose una lucha de soberanías y de poderes, cuyos resultados pueden ser desastrosos. En los tiempos presentes puede decirse que la confederacion es una forma antigua é impracticable. Las tres grandes confederaciones modernas se han trasformado obedeciendo á nuevas necesidades: la de Suiza se ha convertido en el Estado confederado de 1658; la de América en la Union de 1787; la de Alemania en la union alemana de 1866, y más tarde ha llegado á ser el imperio de 1871. La idea de sustituir la confederacion con el Estado confederado, debida al génio de Alejandro Hamilton, á la par que sostiene la independenciam entre unos y otros intereses particulares, robustece y afirma la vida del conjunto. Cada Estado par-

ticular gobierna en la esfera de sus intereses propios; pero no hay más soberanía que la de la union en lo que se relaciona con los intereses comunes. Esta forma tiende necesariamente al *unitarismo*; el cual, si se verifica prudentemente y sin violencias, hace más acabadas las formas del Estado. El imperio aleman es ménos opuesto á que esta unidad se realice que los Estados-Unidos, «porque su poder descansa principalmente en el de Prusia, que encierra uno de los dos tercios de su poblacion, y que podria fácilmente sustituir al imperio si la otra tercera parte quisiera tomar una participacion directa bajo todos puntos de vista en la vida de una gran potencia.»

La metrópoli y sus colonias forman un solo Estado. En sus relaciones esenciales, por más que estas posesiones disfruten de cierta autonomía, dependen siempre del Estado principal. La metrópoli asegura á la colonia contra el extranjero y le dispensa su proteccion, y esto le permite al mismo tiempo extender sus poderes y propagar el espíritu de su cultura. El sistema colonial es tanto más difícil de dirigir, cuanto más profundas son las diferencias que separan á la colonia de la metrópoli. Cuando se realizan conquistas de lejanos territorios, habitados por razas muy desemejantes, hay que considerar á estas posesiones como Estados en cierto modo distintos, sometidos á un régimen y á una legislacion especiales, aunque siempre bajo el dominio de la metrópoli. Si el pueblo sobre el cual se ejecuta el derecho de posesion pertenece á una civilizacion adelantada y es en todo semejante á la metrópoli, las relaciones entre ámbos serán de carácter transitorio, pues en este caso la colonia llega con poco esfuerzo á dirigirse por sí misma y se proclama independiente. Por otra parte, el dominio de esos grandes territorios, cuyos habitantes, así por sus creencias como por sus costumbres, no tienen semejanza alguna con la patria comun, no siempre reporta los beneficios que algunos se prometen, degenerando á veces en una especie de necesidad histórica que se impone como una verdadera carga para no desmembrar una parte de la nacion. Actualmente Holanda apenas puede conservar sus posesiones, y es demasiado débil para llevar á ellas su civilizacion. Inglaterra misma siente la necesidad de limitarlas.

Dedica Bluntschli una parte de su obra al estudio de las cuestiones íntimamente relacionadas con la representación nacional y la legislación. Ocúpase en primer término del sufragio universal, proclamado por la revolución francesa como una conquista de la democracia y del espíritu público, sosteniendo la necesidad de que para ejercer derechos políticos se haga recibir al ciudadano una educación especial, iniciándole así en lo que es el Estado, su historia, su constitución, sus relaciones con la Iglesia, etc. De otra suerte, ni el sufragio universal con sus abusos, ni el restablecimiento del censo, que sólo concede el voto á los que poseen un capital determinado, podrán ser un signo externo característico de la capacidad.

Tanto estas materias como las que inmediatamente después se exponen y analizan en el trabajo de Bluntschli acerca de la administración, son harto tratadas y conocidas, y sirven diariamente de asunto en los debates parlamentarios y en las discusiones de la prensa periódica. Por estas razones y en atención al corto espacio de que disponemos, hemos creído oportuno enunciarlas, solamente entrando en la última parte del libro que nos ocupa, que se refiere á los partidos políticos.

Allí donde los negocios públicos no son mirados con absoluta indiferencia; allí donde una política opresora no esclaviza el pensamiento, exaltando más y más las pasiones en fuerza de oponer obstáculos y diques á su continuo oleaje; allí, en fin, donde los ciudadanos aspiran á la consecución de un ideal, marchando hácia él franca y resueltamente, se presentan los partidos políticos, que no son otra cosa que grupos de hombres unidos por ciertas opiniones ó tendencias para realizar un fin político comun.

El esfuerzo, la lucha y la rivalidad de aquellós que repre-

sentan unas y otras aspiraciones, mejora y marca el progreso de las instituciones políticas, á la par que nos permite distinguir claramente todas las fuerzas latentes de la nacion. Es, pues, un error manifiesto la creencia de algunos espíritus asustadizos que juzgan que los partidos son un síntoma de debilidad y descomposicion para el Estado moderno; lejos de suceder así, son prueba de una robusta vida política. El no pertenecer á ninguna escuela, no ha sido, no podrá ser nunca la mejor virtud del ciudadano.

Un partido, como su propio nombre lo indica, es siempre una fraccion de un todo; sólo, representa el sentimiento de una parte del país; mas nunca tiene derecho á identificarse con el Estado. Combate á los demás partidos, pero no desconoce su importancia y significacion, porque sólo no podria tampoco existir, y la subsistencia de su contrario es lo que le da vida y razon de ser.

Dentro del sistema monárquico, el príncipe que representa la unidad del Estado, el todo, no debe sentir con marcada preferencia el influjo de ningun partido. Las contiendas de éstos no llegan hasta la altura en que él se encuentra colocado; y si en ciertas ocasiones se vé en la necesidad de sostener á un partido poderoso y útil en el momento y á combatir las agitaciones que serian un peligro para el órden público, no lo hace en virtud de sus simpatías personales, sino teniendo en cuenta los intereses del Estado mismo. Todo príncipe debe observar los movimientos de la opinion é interpretarla lo mejor posible, distribuyendo discretamente las fuerzas que determinan los cambios de esas aspiraciones comunes.

Los presidentes y los consejos gobernantes de la república se encuentran en una situacion muy parecida á los ministros, dentro del régimen monárquico. Deben su elevacion al poder á un partido, y no pueden desconocer su origen ni renegar de sus principios; pero hallándose al frente del Estado no pueden gobernar en provecho de una tendencia, y sí en nombre de los intereses generales del país. En este sentido ofrece mayores garantías de imparcialidad el príncipe que el presidente de una república.

Si bien es preciso reconocer la conveniencia de los partidos

políticos, es por lo comun deplorable el espectáculo que nos ofrecen las facciones. Aquéllos son elocuente testimonio de una nacion vigorosa; éstas son fruto de un espíritu decadente; aquéllos completan el Estado, éstas lo debilitan y lo desgarran. En su crecimiento y desarrollo, el Estado se nutre con la sávia de los partidos; en su perturbacion, en su ruina, es presa de las facciones.

Partido es el que se inspira en un principio político y persigue un fin político tambien; pero cuando se sobrepone al Estado, cuando subordina los intereses de éste á los suyos propios, al todo, á la parte, sólo merecerá el calificativo de faccion. El nombre de un partido no siempre indica lo que realmente es. Los *jacobinos* se llamaron así por el lugar en que celebraban sus reuniones. Otros deben su origen á un término injurioso, tales como los *pordioseros* de los Países-Bajos, los *cabezas-redondas* de la revolucion inglesa, los *sans-culotes* de Francia y áun los *whigs* (escoria) y los *torys* (bandidos) de Inglaterra. El color es un distintivo que se emplea muy frecuentemente. Constantinopla tenia *verdes* y *azules*; Inglaterra la *rosa blanca* y la *rosa encarnada*; y en la actualidad los negros (clericales) y los rojos (revolucionarios) son dos partidos extremos que riñen terribles batallas en toda Europa.

Los nombres más propios son indudablemente los que revelan el carácter de los partidos y sus aspiraciones políticas. Son tambien muy usados, aunque ménos significativos, los que se refieren á una personalidad determinada ó jefe político, como los de jacobistas, bonapartistas, carlistas, etc., etc.; y tienen más propiedad, aunque su carácter es más bien económico que político, los calificativos de *libre-cambista* y *proteccionista*.

Pueden tambien revelarse los partidos de una manera simbólica; y así vemos que los que sostienen ciertas doctrinas, se distinguen de sus rivales por ciertos colores, cintas y escapelas, llevando á veces hasta trajes diferentes. En la antigua Suiza, las plumas de pavo real eran la representacion del partido austriaco, y las flores de lis, del francés. La encina y la yedra han sido con frecuencia distintivo de opuestas par-

cialidades, y la cruz y la media luna sintetizan los dos grandes partidos religiosos de la Edad Media.

Los partidos se forman por muy diferentes causas. A veces, un interés puramente transitorio, ó una rivalidad personal, son suficientes para que esto suceda; pero la ciencia no puede ocuparse de estas agrupaciones sin importancia y sin duracion: lo que es forzoso estudiar son los partidos con principios é ideas fundamentales, porque sólo éstos responden á leyes permanentes. Así, pues, atendiendo á la pureza de su formacion, los partidos pueden dividirse en seis clases: Primera: partidos mixtos religioso-políticos; segunda: partidos que se apoyan en territorios, pueblos ó tribus; tercera: partidos que se fundan en los órdenes ó categorías y clases sociales; cuarta: partidos formados segun los principios constitucionales; quinta: partido de gobierno y partido de oposicion; sexta: partidos que sólo se inspiran en principios políticos (no en principios religiosos, de órden, de derecho público ó de intereses), y que acompañan libre y constantemente á la vida del Estado.

Examinemos ahora cuáles son los más perfectos, y, por lo tanto, más conformes con las necesidades y aspiraciones de la vida moderna.

Los partidos religiosos dificultan la marcha del Estado. Las guerras de cristianos y musulmanes, y de protestantes, y de católicos, se sobrepusieron á los ideales esencialmente políticos. Inglaterra sufrió guerras y trastornos aún en el siglo XVII por las contiendas de anglicanos, presbiterianos y puritanos. Francia fué presa de grandes perturbaciones, hasta mediados del siglo XVIII, por las rivalidades entre los partidarios de la Liga y los hugonotes.

Los partidos que se apoyan en territorios, pueblos ó tribus, son más peligrosos que útiles al Estado. Cada uno de estos aspira á formar un todo, y con el deseo de sobreponearse á los demás, atenta contra la integridad de aquél Washington decia, interpretando fielmente este pensamiento: «Guardaos bien de distinguir los partidos por la situacion geográfica.» Los partidos del Norte y del Sur prepararon la guerra separatista de los Estados-Unidos, y la formacion del

grupo *sur-aleman* en el Parlamento aduanero, dificultó la unificación de Alemania.

En general, la formación de estos partidos amenaza la unidad del Estado.

Los partidos que se fundan en los órdenes ó clases sociales, no dejan de ofrecer graves inconvenientes; pues aunque entre estas diversas categorías de hombres, ninguna trata de constituir el Estado por sí sola, son ya considerables las diferencias que las dividen; y constituyéndose partidos que alentasen la separación y los ódios, no existiría en el Estado la unidad necesaria, debilitándose de esta suerte sus fuerzas y su vida como conjunto.

De esta índole eran los partidos de la Edad Media. El clero, la nobleza y el estado llano, los patricios y los plebeyos formaban á la vez órdenes y partidos.

Los que se forman según los principios constitucionales, realizan un verdadero progreso en comparación con los anteriores. Se apoyan y tienen por base una idea política. Sus adictos pertenecen á todas las clases de la sociedad, sin que les anime tampoco el espíritu de territorio ó de comarca, y de esta suerte oímos hablar de realistas, monárquicos, aristócratas, republicanos, etc.

Para los ingleses, el partido del Gobierno y el de la oposición no forman parte de la clasificación que venimos indicando; son puramente un hecho. Sabido es que la ilustrada aristocracia inglesa que gobierna en nombre del rey se divide en dos grandes partidos desde la revolución de 1649, los *whigs* y los *torys*, los liberales y los conservadores, los cuales alternan en el poder. No sucede así en Francia y en Alemania, donde el partido gubernamental es el que apoya siempre al Gobierno, y partido de oposición el que le es hostil y combate todos sus propósitos. El uno vota constantemente á favor de los gobernantes, por muchos que sean sus yerros; el otro lucha sin tregua para debilitar la autoridad de los que gobiernan. El primero vive falto de convicciones en la generalidad de los casos, y es con frecuencia un satélite del poder; el segundo es á veces un grupo de oposición tenaz y sistemática del que se apodera un espíritu anti-social y anárqui-

co. Un pueblo viril considerará á ambos como manifestaciones deplorables de la vida pública.

Bluntschli sostiene que la forma más pura y perfecta es la de los partidos que se inspiran en ideales exclusivamente políticos. No puede, en manera alguna, admitirse la teoría de Wachsmuth, el cual afirma que «el principio del progreso, que es indudablemente una ley de la historia general de la humanidad, parece no haber tenido ninguna influencia en la historia de los partidos;» pues á juicio de este autor, «tal como estaban en la antigüedad, así han llegado hasta nuestros días.» Ciertamente que la naturaleza humana siempre es en el fondo la misma y que las pasiones pueden arrastrarnos hoy como en las más remotas épocas á cometer todo linaje de excesos; pero, ¡cómo negar que el espíritu de concordia que hoy anima todos nuestros actos, ha influido poderosamente para que no se exalten de tan despiadada manera nuestros ódios, logrando así que, cada grande formación de partidos se eleve un grado por encima de la precedente! ¡Cómo negar tampoco que los partidos modernos, fundándose solamente en aquellos principios que consideran más en armonía con la cultura y la prosperidad de las naciones, permanecen extraños á otras influencias poco provechosas, siendo á la vez más conscientes y más libres!

Entre los partidos religioso-políticos que hoy subsisten, ninguno se encuentra tan poderoso y aguerrido en el combate, como el ultramontano. ¿Dónde están sus ideales? ¿Qué representan sus aspiraciones? No existe persona medianamente ilustrada que lo desconozca. Es, ante todo, un partido de Iglesia, y sólo es político como medio para la realización de sus esperanzas. Invocando siempre su fé, trata de sacudir el yugo de la ley civil, fundándose en la divina y protestando contra la opresión que se ejerce sobre su conciencia.

Bluntschli, sin desconocer que en otras épocas la supremacía del clero se justificaba cumplidamente porque entonces este derecho nacía de su misma superioridad, afirma que el ultramontanismo «no es el catolicismo, sino un partido que se mueve en su seno, renovando las antiguas

pretensiones de la curia romana, y esforzándose por llevar el mundo al sistema religioso-político de la Edad Media, y por lo tanto inconciliable con el espíritu moderno.»

Dada la gran fuerza y los poderosísimos recursos que tiene para luchar, han creído muchos de sus adversarios que sólo se le vencería atacando al espíritu religioso, y más principalmente al catolicismo; pero semejante principio, á más de ser falso, resulta altamente peligroso. Destruir la religion es herir profundamente á la conciencia humana. Al tratar de esgrimir nuestras armas contra el catolicismo, persiguiendo á sus representantes y á sus adictos, no sólo vendriamos á destruir la libertad del pensamiento, sino que tambien prepararíamos la victoria del elemento ultramontano, en cuyas filas formarían entónces todas las tendencias liberales que existen hoy en el clero católico, y muchos de los que defienden en la actualidad las teorías más avanzadas, y que no por eso se juzgan fuera de la comunión católica. Discútase en buena hora con la imparcialidad y perseverancia que tanto conviene á los intereses de la ciencia y del buen sentido; pero al luchar con los ultramontanos, débese evitar hasta la menor sombra de ataque contra la religion y el catolicismo.

«El ultramontanismo pasará á los ojos de muchos por la religion misma, mientras el Estado sólo sea quien lo combata; para que desaparezca esta ilusion engañosa, es necesario que los mismos católicos se declaren contra él.»

Al llegar á este punto, conviene, para distinguir con más facilidad las ideas que hoy prevalecen en el campo de la política, que nos fijemos en la famosa teoría de los partidos de Federico Rohmer. «Para distinguir,» dice éste, «lo que es el cuerpo del Estado, estudio las cualidades esenciales del alma humana; para explicar su vida debo estudiar las leyes de su desenvolvimiento.

»El hombre se desarrolla nuevamente, siguiendo la série de las edades, que tienen cada una su carácter propio y su espíritu; y por otra parte, los diversos partidos políticos se distinguen entre sí, simultáneamente, por diferencias que corresponden exactamente á aquellas ideas. Luego la ley na-

tural de su vida, es la misma que la ley psicológica de las edades de la vida humana.

»El hombre se eleva y desarrolla naturalmente y despues declina. Vedlo crecer con rapidez, en el doble período de su infancia y de su juventud; despues que llega á la pubertad, la adolescencia brota en su flor, y luego el hombre jóven se adelantará lleno de fuego y de audacia. La edad madura, más perfecta, sucede y marcha lentamente hácia la vejez.

»El hombre jóven y el hombre maduro ocupan la cúspide de la vida natural; ámbos tienen la plenitud de sus fuerzas activas y viriles; solamente que las fuerzas creadoras y productivas son las que obran predominantemente en el primero y las conservadoras y correctivas en el segundo; de este modo el hombre jóven responde al *liberalismo* y el hombre maduro al principio *conservador*.

»Por el contrario, la infancia aspira á la virilidad, objeto lejano de su desarrollo; dominan en ellos las fuerzas receptivas, y por consiguiente, pasivas.

»Su ojo está atento, pero fácilmente se distrae; su imaginacion es viva, su alma tierna y dócil, mas falta la fuerza independiente y creadora, la razon segura. Estos rasgos son exactamente los del *radicalismo*. La vejez no hace más que un uso incierto de las fuerzas viriles; los elementos pasivos y femeninos vuelven á ser los que preponderan: tiranía, irritabilidad, astucia, espíritu de combinacion; esta es la imágen perfecta del partido *absolutista*.

»Si el Estado no es una simple abstraccion, sino un sér viviente, la forma consciente y varonil de la nocion, y por decirlo así, el hombre mismo agrandado, la mision natural de gobernarle, pertenece, sobre todo, á los partidos en que dominan las fuerzas viriles, á los *liberales* y á los *conservadores*. Los dos partidos extremos no tienen, pues, naturalmente en el Estado más que una importancia *subordinada*.»

Este sistema psicológico es contrario á la opinion, muy generalizada por cierto, que en los partidos liberales sólo vé semi-progresistas y en los conservadores cree siempre distinguir absolutistas inconsecuentes. La teoría de Rohmer

subordina los extremos á los partidos medios, más varoniles y mejor equilibrados, siendo así el liberalismo el que guía los pasos de la escuela radical, tierna todavía para dirigirse por sí sola, y el prudente conservador el que modere los propósitos del absolutismo.

Forzoso es reconocer que examinando atentamente la teoría de Rohmer podríamos señalar en ella alguna contradicción y no pocos vacíos, por más que muchos de éstos sean producto necesario de las mismas irregularidades que por diferentes causas se observan en el hombre. Al ocuparse Bluntschli del radicalismo encuentra en él todos los caracteres de la infancia; por eso, sin negar que sabe dar testimonio de su fuerza, siempre que se inicia un gran movimiento ó se inaugura una nueva era para la humanidad, observa en él esa imaginación viva, apasionada y á la vez llena de sueños, que es peculiar á la niñez. A poco que se estudie el partido radical, se advierte efectivamente que se apodera con fé de los idealismos y principios abstractos, olvidándose de las fuerzas reales y de las condiciones históricas, como lo demostró elocuentemente la revolución francesa. Creer que la vida se rige por concepciones abstractas é imaginarias; hé aquí el gran escollo con que siempre lucha el radicalismo. Es emprendedor, pero poco constante. Un rayo de luz le estimula. Una nube en el horizonte le abate y desalienta. En la oposición presta excelentes servicios. Sabe descubrir las faltas y debilidades del poder y ridiculizarlas.

El radicalismo romántico posee un carácter especial en Alemania, que sólo guarda alguna analogía con el romanticismo italiano. El uno quiere volver á la Edad Media; el otro aspira al renacimiento de la Roma antigua. El radicalismo democrático y el socialista son, por el contrario, partidos europeos. Podrán ser éstos más lógicos y más naturales; pero tienen mucha menos poesía y sus caracteres en general son fríos, incoloros y no ennoblecen el espíritu. Los hombres son contados como las ovejas de un rebaño y reducidos al mismo nivel. Esto no impide que los radicales demócratas contemplen hasta con lástima á los románticos, creyéndolos unos míseros soñadores, cosa que á su vez hacen con aqué-

llos los socialistas, que los acusan de detenerse en la mitad del camino, puesto que despues de haber entregado el derecho público á las mayorías, temen demandar el reparto de las tierras y la reglamentacion legal de los salarios. Estos partidos serian más modestos si comprendiesen la puerilidad, la esterilidad y la imposibilidad de sus sistemas.

El liberalismo puede compararse con el jóven que ha terminado sus estudios. La razon es débil en el niño; mas el jóven lanza una mirada segura hácia el horizonte que se abre ante sus ojos. Si se siente animado por un espíritu de crítica, no lo hace, como el radical, por el placer de destruir. Tiene la virtud de reprimirse en la lucha; y la moderacion es el carácter principal de una política fecunda y provechosa. La antigüedad de una institucion no es nunca, á su juicio, una razon para destruirla, porque no se imagina que el mundo está por hacer y comienza como él á vivir y á darse cuenta de sus impresiones. Ama á la libertad sobre todas las cosas; pero no la concibe sin el órden, y sabe que ha de ser restringida y limitada por los derechos de unos y de otros.

Desgraciadamente, el verdadero liberalismo está muy léjos de ser lo que generalmente se designa con este nombre, así en Europa como en América. Los elementos liberales se hallan por lo comun mezclados con las huestes del radicalismo, y en cambio otros brillan más por su prudencia que por su iniciativa y por su arrojo.

El espíritu conservador tiene ménos génio, pero mayor prudencia que el liberal. Es el hombre, de treinta á cuarenta años, ménos ducho en procurarse nuevos bienes que en mejorar los ya adquiridos. El liberal ama, sobre todo, la libertad; el conservador el derecho. El primero prefiere fundarle filosóficamente, haciéndole progresar para que su ideal se realice dentro de él; el segundo fija su atencion en el derecho histórico, explica por el pasado el derecho existente y considera sagrada la forma tradicional. Tal es el carácter de Savigny y toda su escuela.

Los principios conservadores tienen su más natural aplicacion, despues de los grandes movimientos revolucionarios, cuando se trata de conservar las conquistas hechas y de pre-

servarlas contra nuevos abusos. Pero siempre existirá entre liberales y conservadores un estrecho parentesco. La fecundidad viril de los unos responde á la templanza y á la moderación, también viriles, de los otros. Aquéllos tienen el ardor del entusiasmo; éstos la conciencia del deber. No habrá entre sus ejércitos, entre sus defensores y entre sus adictos una guerra á muerte; más bien serán cuestiones de oportunidad las que determinen su separación.

El conservador es poco agresivo. Su fuerza es principalmente la defensiva; pero en caso necesario sabe atacar para defenderse. La política y las guerras de Inglaterra tienen generalmente este carácter. De igual suerte, como conservador llevó á cabo Washington la guerra de la independencia, y hombres de Estado conservadores fueron Pitt el jóven y Roberto Peel, en Inglaterra; Casimiro Perier y Guizot, en Francia; Kaunistz y Stadion, en Austria; Münster, Handen-derg y Radowitz, en Alemania, y César Balbí y Menabrea, en Italia. El mismo conde de Bismark emplea en sus procedimientos la forma conservadora, y sólo se advierte algunas veces su espíritu liberal por ciertos rasgos de elocuencia y por las irrupciones violentas de su voluntad de hierro.

Del partido absolutista poco tenemos que decir. Sus deseos, sus aspiraciones son de todos conocidas, y su actual postración y desaliento, despues de tan largos años de poderío, acreditan su incompatibilidad con las corrientes que determinan los ideales de la época moderna.

La vejez ha sentido marchitarse una tras otra las esperanzas que tanto embellecieron, en años más felices, su juventud. Se inclina, naturalmente, hácia el suelo y busca con incierta mirada lo positivo, los bienes materiales, el dinero y la fortuna, los títulos y los honores, pues aunque no ignora lo frágiles que pueden ser tales elementos, sabe distinguir su utilidad y emplearlos para sus fines y conveniencia. Desea, ante todo, la estabilidad, la quietud; y como estas ventajas son una aspiración lógica de todo pueblo que ha sufrido grandes guerras y revoluciones, el absolutismo ha logrado aprovecharse hábilmente de estos movimientos. Despues de las luchas de la reforma, puede decirse que casi todas las naciones

européas se encontraban en estas ó parecidas condiciones, y por eso el régimen absoluto invadió las repúblicas y las monarquías, y vino á ensanchar considerablemente la autoridad del Estado. Los espíritus se rindieron á la fatiga y los príncipes absolutos no sólo fueron queridos y respetados, sino que algunos lograron adquirir hasta los honores de la popularidad, como sucedió con Luis XI y Luis XIV en nuestra vecina Francia.

Bluntschli, al hacer la teoría de los partidos en sus rasgos generales no creyó, sin duda oportuno, ó por lo ménos imprescindible, dar á conocer el desenvolvimiento histórico de los mismos, su origen, sus cambios y trasformaciones. Nosotros, á pesar del respeto que nos merecen los juicios del ilustre profesor de Heidelberg, hubiéramos preferido que así sucediera; pues de esta suerte, á la par que resultaría más completo su notable trabajo, podrian desvanecerse ciertos errores, ciertas sombras que en algun concepto dificultan la prudente interpretacion de todas las doctrinas é ideales científicos.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO





EL PRIVILEGIO DE LA UNION. ⁽¹⁾

CAPÍTULO IX.

EN QUE EL INFANTE DON JAIME NO SABE SI CREER QUE DIOS HA HECHO DOS MILAGROS Ó QUE DON ARTAL DE GURREA MIENTE.

I.

DON Artal de Gurrea y su paje de armas hicieron con todas las penas del mundo el camino desde el hostel de las Tres Cruces Rojas al castillo de Luesia.

Tal era la potencia del viento, que á poca distancia del hostel se vieron obligados á echar pié á tierra, y áun así se sentian impulsados de través, de tal manera que se veian obligados á desarrollar todas sus fuerzas y á ampararse de las de los caballos, que adelantaban tambien con gran dificultad.

La nieve espesísima caia sin interrupcion, y los bramidos

(1) Véanse los núms. 104 al 107.

del viento se confundían con el mugido profundo de la crecida del Ebro, que á cada momento se sentía más cercano.

Porque nuestros viandantes, á pesar de todas las dificultades, marchaban de prisa, no embargándoles el peso de los arneses, y como gente fuerte y acostumbrada á la fatiga.

Los caballeros y los pajes de entónces eran de madera de diablo, dominadores de todo pavor, y á prueba de toda fatiga: cuando hoy se ven aquellos arneses, aquellas mazas, hachas y martillos de armas, aquellos mandobles, aquellas lanzas, se siente una especie de estupor por las fuerzas hercúleas de los que los soportaban y manejaban con la fuerza y la agilidad que eran necesarias para la pelea.

En fin, apenas si tardaron un cuarto de hora en llegar al castillo de Luesia.

II.

Una fuerte barrera avanzada á la caba los detuvo: sobre la vaga claridad que producía la nieve, entre la niebla oscura que caía del cielo, se levantaban como gigantescos espectros las cuatro torres y el alto homenaje del castillo: le envolvía la tempestad, y de tiempo en tiempo un relámpago le dejaba ver momentáneamente y de una manera fantástica por completo, con su barbacana sobre la caba, su profunda poterna entre dos cubos, sus adarves festoneados de almenas sobre los matacanes, sus torres, con nidos de golondrina, en los ángulos, y el alto homenaje con torrecillas colgadas coronadas por alcuzones de pizarra; su campana entre dos pilares, y su larga y aguda asta de bandera sobre la campana. Cuando pasaba el relámpago quedaba una parte bizarramente luminosa en la parte media de la gran torre del homenaje, en una magnífica vidriera de colores que transparentaba una luz fuerte proveniente del interior.

III.

—Busca la bocina en el portalon de la barrera—dijo don Artal á su paje—y suénala.

Pedro palpó, y en uno de los postes, pendiente de una cadena, halló una enorme bocina.

—¿Cuántas veces la sueno, señor?—preguntó.

—Tres,—respondió don Artal.

Inmediatamente la bocina, sonada con fuerza, dejó oír una voz ronca y retronante, que se repitió con breves intervalos otras dos veces.

Poco despues, otros tres toques de bocina retronaron allá en la poterna.

Despues, una voz enérgica, poderosa, gritó:

—¡Ah de los que llegan! ¿quiénes son?

—¡Caballero deudo del castellano de Luesia!—respondió con voz potente don Artal.

—¡Bien venido sea el caballero! ¡Salud!—respondió el guarda.

Y á seguida se oyó áspero estridor de cadenas y el sonido sordo y profundo del puente que caia pesadamente sobre su afuste.

Brilló entre la penumbra la luz de un farol, y se vieron cinco hombres que avanzaban, que salvaban la estacada, que se acercaban á la barraca.

Se abrió un postigo, y una voz enérgica, como de hombre bravo, pero afable y cortés, dijo:

—Perdonad, señor caballero; pero los tiempos no están para recibir á nadie y de noche en las casas fuertes, sin reconocerle: ¿quién sois, si os place?

—Abrid pronto, mi buen Rodriguez, que soy yo, y no está la noche para esperar mucho—dijo don Artal.

—¡Ah! ¡que es vuesa merced!—exclamó el buen Rodriguez, ¡y que me place!

Rechinó el portalon: pasaron, tornó el portalon á cerrarse;

avanzaron hácia la estacada; salvaron su cruzamiento y sus cortaduras, y penetraron, al fin, por la poterna: inmediatamente se alzó el puente y cayó el rastrillo.

IV.

—¿Reposa mi tío? preguntó don Artal, avanzando ya sólo y precedido de Rodriguez, que le alumbraba por las arcadas de la plaza de armas hácia la puerta de la torre de homenaje.

—Su merced está cada dia más doliente—dijo Rodriguez.—Singularmente en estas noches de tempestad hay que echarse á temblar; su merced....

—Acabad de decirlo; mi buen tío se ha vuelto loco,—dijo don Artal.

Y en su voz habia un no sé qué de extraño, de incisivo, como de reproche.

—No diré yo que loco,—respondió respetuosamente Rodriguez;—pero adolece de vaguedades y debilidades de cabeza.

—¡Y habla de muertos!—añadió acentuando más su extraña entonacion don Artal.

—Su merced no puede olvidar á su noble hija—contestó acreciendo su acento respetuoso Rodriguez.

—¿Y el señor infante?

—Su señoría está por lo ménos tan enfermo como su merced.

—De modo que habiendo caido mi tío en uno de los accidentes que sufre, no habrá medio de que yo me entienda con él.

—Ni podria oirle vuestra merced, á lo ménos por estos momentos,—dijo Rodriguez.

—¿Y por qué?

—Porque vuestro tío don Pedro está encerrado con vuestro otro tío su merced don Miguel de Guerra, y me ha ordenado que no vaya á su cámara sino cuando se me llame, aunque venga el mismo rey en persona.

—¿Y está con mis dos buenos tios el señor infante don Jaime?—preguntó don Artal.

—Su señoría el infante don Jaime anda mohino, y mal sufridor de todo desde hace unos dias; se encerró y ni áun sabe que ha llegado esta tarde ántes de la tempestad, vuestro tio el noble don Miguel de Guerra.

V.

A todo esto habian llegado á lo alto de la suntuosa escalera, digna de un alcázar, y avanzaban por una galería de arcos festonados del gusto mozárabe. Verdaderamente el castillo de Luesia, inmediato á Zaragoza, era una de tantas y y tantas joyas arquitecturales que han devorado en España el tiempo y la incuria.

—¿Teneis tambien prohibicion de su señoría de anunciarle visitas?—dijo don Artal, cuya voz continuaba siendo incisiva.

—No, no señor,—dijo servicialmente Rodriguez;—y yo me atrevo á creer que su señoría se alegrará si sabe que vos quereis verle.

—Pues hemos llegado á la cámara de honor. donde, sin duda, está el infante,—dijo don Artal, deteniéndose ante un arco ricamente labrado, cerrado por dos hojas preciosamente ensambladas, en caprichosas traceías, con alternados colores y filetes de oro y plata del gusto árabe granadino: hubiérase podido decir que aquel arco, aquellas dos hojas, rivalizaban en belleza y riqueza con el arco y las maderas de la entrada de la cámara de *Las dos Hermanas*, en el alcázar de la Alhambra;—anunciadme,—añadió don Artal.

VI.

Entró Rodriguez y salió inmediatamente.

—Vuestra merced puede entrar—dijo;—su señoría le espera.

—¿Y por qué me buscáis vos, En Artal?—dijo á punto una voz imperativa y breve: pasad.

Era el infante don Jaime.

Pasó don Artal.

—Esperad ahí—dijo á Rodriguez; y cerrando la puerta avanzó á su cámara.

VII.

El infante que le precedía se sentó en su sillón: la biblia permanecía aún abierta sobre la mesa.

—Sentaos—dijo, con su voz breve y siempre imperativa, el infante,—y decidme á qué sois venido.

—No me siento—dijo don Artal—porque vos mismo, señor, vais á levantaros como si oyérais sonar la trompeta del juicio final.

—¿Y por qué?

—Porque la tumba arroja dos muertos.

—¿Dos muertos?

—Sí, doña Brianda de Luesia, y el noble En Jaime de Lizana.

VIII.

No se habia engañado don Artal; don Jaime saltó de su asiento como por efecto de una explosion.

Estaba pálido, contraído, tembloroso; su dura y sombría mirada relampagueaba, dejando ver fulgores siniestros; sus labios entreabiertos dejaron adivinar durante un momento por su agitacion palabras sin sonido; al fin exclamó con una voz cavernosa que parecia salir del fondo de un abismo:

—¿Que vive doña Brianda de Luesia?

—Sí, señor infante, sí,—contestó don Artal—y yo la he visto.

—¿Y habeis visto tambien á En Jaime Ferriz de Lizana?

—añadió el infante, que continuaba apareciendo atónito.

—Sentados los dos á una misma mesa y cenando,—dijo siempre con su acento y su expresion imperturbable, don Artal.

—¿Y dónde?

—En un aposento del cercano hostel de las Tres Cruces Rojas.

Cambió el semblante de don Jaime, tomando una expresion de cuidado.

—¿Y á qué habeis ido vos, En Artal, á las Tres Cruces Rojas?

—Por mandato del rey.

—¡Ah! ¡El rey sabe que hay que vigilar el hostel!

—El rey sabe todo lo que le dicen.

—Y lo que él mismo vé.

—El rey no vé más que lo que encuentra allí donde le llevan.

—¡De modo que vos!...

—Lo sabe bien vuestra señoría; sirvo á la Liga sirviendo al rey.

—No comprendo bien.

—Pues se entiende por ello mismo: yo tengo fé en la razon de los de la Liga, y en que el rey valdrá más haciendo y queriendo lo que los de la Liga quieran.

—¿Y sabe el rey que yo estoy aquí?

—Sí señor.

• —¿Y qué os ha mandado?

—Que vigile.

—¡Y vigilais con una tal noche!

—Poco es la nieve: aunque lloviera fuego vigilaria.

—¿Y decís que doña Brianda de Luesia y don Jaime Ferriz de Lizana están en un aposento del hostel mano á mano?....

—Como si fueran marido y mujer.

—¡Vos habeis soñado, En Artal!—exclamó con dureza el infante.

—Pues si he soñado, he soñado tambien que he visto muerto en el corral del hostel á aquel Abi-Jonatham, médico del rey, que con el rey se disgustó y se pasó al servicio del rey de Castilla.

—¡Negros sueños los vuestros, En Artal!—dijo el infante, cuya emocion no se calmaba.

—Pues he soñado tambien que en otro aposento del hostel, mano á mano y como dos grandes amigos, están la

noble señora doña Beatriz de Aytona, camarera que fué de la reina difunta doña María de Navarra, y el venerable prior de Santa Fé, Mosen Arnaldo de Loaysa.

—Tanto habeis soñado, En Artal,—dijo el infante,—que es necesario que yo vaya á ver si sueño tambien ó á convencerme de que Dios ha hecho dos milagros. ¡Ola!—añadió llamando.

Se presentó un paje.

—¡Al punto un caballo!—dijo el infante.

—No es menester, señor,—dijo don Artal;—teneis mi caballo que espera.

—¿Y vos?

—Me serviré del de mi paje de armas.

—Un manto, pues; espada y espuelas—dijo el infante al paje.

Poco despues el infante, calada la caperuza de un grueso manto, calzadas unas botas altas de cuero hervido, hacia resonar precipitadamente sus espuelas al descender por las escaleras seguido de don Artal.

En la plaza de armas, el infante cabalgó en el caballo de don Artal, y éste en el de su paje, que para llevar el caballo del infante por el difícil camino, se asió á su freno; Rodriguez franqueó la salida del castillo, y don Artal delante, detrás su paje de armas con el escudo embrazado y la lanza sobre el hombro izquierdo, y el caballo del infante, guiado por el paje avanzaban rápidamente, á pesar de la tempestad, hácia el hostel de las Tres Cruces Rojas.

CAPÍTULO X.

DE CÓMO UN HOSTALERO, AUNQUE SEA ARAGONÉS, PUEDE VERSE OBLIGADO Á OFICIOS BIEN RUINES.

I.

Durante el camino que se hizo en algunos minutos, no se habló: hubiera sido inútil; el viento hubiera arrebatado las

palabras: Pedro, con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz, llevaba poderosamente del diestro el caballo del infante, y marchaba rápida y desembarazadamente, á pesar de ir armado y cargado con el escudo y la lanza, y de la espesa nieve en que se hundían sus piés y de las asperezas del terreno: era un buen retoño de aquellos tiempos de hierro, forzado como un atleta, bravo como un león, y, como buen aragonés, candoroso y leal, pero testarudo y poco sufrido para aquello que, en la manera más leve, le displacia; andando entre almogávares, que eran gente brava y díscola y agresiva, y que con facilidad llegaba hasta lo brutal, no había uno sólo que se le atreviera: en fin, era el brazo derecho y el ojo derecho de su señor y todo lo que había que ser, siendo en aquellos tiempos turbulentos un servidor útil: así, pues, el noble En Artal de Gurrea le estimaba en lo que valía, le mejoraba de fortuna, y le tenía casi constantemente en la corte al lado del rey, que de tiempo en tiempo le tiraba de una oreja y le llamaba con un acento particular que envolvía una grande honra, *lobezno de buena casta*; porque el rey don Pedro, á quien llamaron el *Ceremonioso*, ántes de llamarle el del *Punyalet*, tenía para lo que y para el que le convenía toda la sencillez y toda la comunicatividad de un burgués. Era demasiado político, para que no tratase y hablase á cada uno con la manera y el lenguaje que convenía.

II.

Y así, don Artal, á caballo, abriendo la marcha, y detrás el infante en el caballo de don Artal, llevado por Pedro, llegaron en el poco tiempo que hemos visto al portal de las Tres Cruces Rojas, y cubiertos por él, echaron pié á tierra.

La puerta estaba cerrada: no se oía, viniendo de adentro, ni el más leve rumor, ni aún se veía luz por las rendijas.

—No conviene, señor, que nos vean juntos—dijo don Artal—y así creo, que vuestra señoría, puede entrar el primero, que luego yo llegaré con mi paje.

—Bien me parece así,—dijo el infante,—¿y decís que mosén Arnaldo de Loaysa está en el hostal?

—Sí señor, en compañía de doña Beatriz de Aytona.

—¿Y aquí también están doña Brianda y don Jaime Ferriz de Lizana?

—Sí señor; pero en otro aposento.

—¿Y aquí también el cadáver de Ali-Jonatham?

—Sí señor; pero en el corral.

—Idos, pues, don Artal, venid pasado algun espacio y estad atento.

—Guarde Dios á vuestra señoría.

—Con vos vaya, respondió el infante.

Don Artal recobró su caballo, su paje el suyo, y ámbos volvieron á perderse entre la tempestad.

El infante quedó sólo delante de la cerrada puerta del hostel.

Siguió con la vista y con el oido mientras pudo á los que se alejaban, y exclamó:

—¡Ah! tú dices que sirviendo al rey sirves á la Liga; es muy posible que creas que el rey crea que entendiéndote con los de la Liga le sirves. ¡Dios te ampare, juglar!

Y á seguida llamó con fuerza.

Se abrió á poco la puerta: el hostel de las Tres Cruces Rojas estaba franco á toda hora para todo el que llegaba.

Maese Dieguez, que habia acudido en persona, retrocedió al ver ante sí una especie de fantasma blanco: el infante se habia echado sobre el rostro el capuz, y no se le veia más que la extremidad de la lengua barba entrecana: pero su continente altivo y un no se qué de grande que de él rebosaban, imponian respeto.

—Llevadme al aposento en que está el prior de Santa Fé—dijo con voz breve é imperativa el infante.

—¿Y vuestro caballo, señor?—dijo maese Dieguez, que como hemos podido ver era entrometido.

—¿Y qué os importa?—respondió el infante.

—Verdaderamente, señor,—dijo maese Dieguez;—pero yo no sé con quién hablo.

—Tampoco os importa eso.

—Verdaderamente, señor; pero yo ignoro cómo debo trataros.

—Temedme mucho y hareis bien: tirad, pues, adelante.

—Con toda mi voluntad, señor.

Y como maese Dieguez, por el acento y la manera y el talante del para él desconocido huésped que se le presentaba de una manera tan extraña en una tal noche de tormenta y ya bien entrada, no se atreviese á insistir en sus preguntas por temor de dar en una imprudencia peligrosa, cerró la puerta y tiró para las escaleras.

—Esperad—dijo el infante.

Maese Dieguez se detuvo.

—¿Os han traído esta noche un muerto?—preguntó el infante.

Se crispó algun tanto maese Dieguez, y vaciló en la respuesta.

Al fin dijo:

—Sí señor; un maldito de la *mala sangre*, que se ha encontrado muerto en el camino un caballero que para en mi hostal, y que caritativamente ha traído para que se le sepulte.

—Quiero ver á ese muerto,—dijo el infante.

—Entonces, señor, dadme licencia para ir á buscar luz.

—Id, y volved cuanto ántes,—dijo el infante.

Y se quedó en el portalon, que estaba turbiamente alumbrado por una candileja de dos mecheros, clavada en la pared, entre la puerta de la cocina y la entrada de las escaleras.

III.

Maese Dieguez no las tenia todas consigo; le imponia un respeto profundo, que sin violencia podia llamarse miedo; aquel caballero, que caballero era á no dudarlo, y de los grandes, que encapuchado, cubierto, se presentaba sin servidumbre y áun sin caballo, y con unas tales maneras y un tal acento de fiereza y autoridad que no parecía sino que Dios le habia hecho para mandar; pasóle por las mientes á maese Dieguez que podia ser muy bien el rey el encubierto, á pesar de su barba entrecana, que podia muy bien ser postiza y creció

su crispatura, y se le enfrió un tanto cuanto el estómago, y se le enturbiaron los ojos, y le zumbaron los oídos; que para que se le temiese de tal modo, por sus buenos vasallos, era cumplidamente aparejado el rey, del cual maese Dieguez había oído contar maravillas de severidad y áun de crueldad; así es, que se apresuró á encender un farol y á ir á buscar al misterioso y temido personaje que le esperaba.

Él en tanto estaba inmóvil, y con la grandiosa y larga plegadura de su grueso manto, cuyo capuz le cubría completamente el semblante, á nada se parecía más que á una estatua de yeso blanco.

IV.

Tiró para el corralon maese Dieguez; le siguió el infante haciendo sonar de una manera acompasada y potente sus anchas espuelas; metióse el hostelero por el sotechado y luego en el sobradillo, donde había sido arrojado Abí-Jonatham; el infante llegó también.

—Alumbrad bien el semblante del muerto,—dijo al hostelero.

Con tal acento pronunció el infante estas palabras, que maese Dieguez se sintió malo; con más fuerza que ántes se le representó que bien podía ser el rey aquel tremendo desconocido.

Hizo un esfuerzo y acercó el farol al semblante lívido del pobre judío.

Sus ojos, abiertos aún, estaban infinitamente más vidriosos que ántes; pero, á pesar de esto, parecía que aún vivía en aquel cadáver un alma desventurada que se dejaba sentir en una espresion de supremo dolor.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el infante, con la cabeza inclinada, estuvo contemplando el cadáver.

—¡La fuerza!—exclamó al fin—¡siempre la fuerza que no podemos contrarestar! ¡la fuerza que humilla, que martiriza, que enloquece, que mata! ¡la mala estrella! ¡la cólera de Dios por nuestros pecados! ¡sí! ¡sí! ¡él es!

V.

El malestar de maese Dieguez crecia: el infante iba tomando para él el prestigio de un espectro, del cual pudiese temerse todo.

—Parece muerto de enfermedad,—añadió don Jaime;— ¿estais vos seguro de ello?

—Yo no le he registrado, señor—respondió con vaguedad maese Dieguez.

—¡Registradle!—dijo el infante.

—¡Señor!.....—exclamó con un acento indefinible el hostelero, que se sintió herido en su dignidad.

Ya sabemos lo que eran los aragoneses: vasallos en buena hora, pero vasallos altivos, que cuando llegaban la ocasion y la razon, y aunque razon y ocasion no llegasen, se hombrea- nan con los reyes y se tenian firmes.

Maese Dieguez se habia sentido hundido de improviso por el pié del infante, sin consideracion de ningun género, en el inaceptable, en el humillante oficio de soba-muertos.

Así, pues, su exclamacion fué de protesta.

—¡Por Nuestra Señora!—exclamó el infante de una mane- ra tal, que maese Dieguez sintió semejante á lo que le hu- biera causado algo de sus entrañas que se hubiese roto:—¡yo no mando más que una vez!

Maese Dieguez se aturdió, se doblégó, se aniquiló: le fal- taron de todo punto las fuerzas para desobedecer, y dejando el farol sobre un tonel viejo, se arrojó á reconocer si Abí-Jo- natham tenia ó no herida, con un desatentamiento febril.

Se cumplia lo que habia dicho el infante con profundo acento al ver el cadáver:

«La fuerza, siempre la fuerza que no podemos contrarestar.»

—Nada señor, nada,—dijo maese Dieguez, que estaba cu- bierto de un sudor frio;—este maldito no está herido: as- queroso sí y frio como una culebra.

—¿Tiene algo sobre sí?

—Nada, señor, nada, ni una libra jaquesa.

—¿Ni papeles?

—Nada, señor.

—¿Cuándo os han traído á ese desgraciado?

—Al cerrar la noche.

—Conducidme al aposento del prior de Santa Fé.

Maese Dieguez se sintió como aliviado de un gran peso: arrojó una mirada de ódio al cadáver, como si éste hubiera podido sentirla, y cogiendo el farol se puso rápidamente en marcha.

Poco despues llegaron con el infante á la puerta del aposento de mosen Arnaldo.

—¡Idos!—le dijo don Jaime.

Maese Dieguez no se lo hizo repetir: escapó.

VI.

Al llegar al pié de las escaleras, sintió que llamaban con fuerza, con imperio, como quien puede mucho, á la puerta.

—¿Quién será este otro?—exclamó cubriéndose de nuevo de sudor frio;—¡Nuestra Señora del Pilar nos ampare!

Y fué á la puerta y la abrió.

Se encontró con don Artal de Gurrea y su paje de armas: un grupo de ocho ó diez almogávares de los más bravíos de la guardia del rey los acompañaban.

Maese Dieguez no tuvo ya duda de que tenia en su hostel al mismo rey don Pedro en persona, se le acreció el miedo, y apenas si oyó á don Artal, que le mandaba aposentase y diese de cenar á su comitiva.

Despues de esto don Artal se volvió al mismo aposento que habia ocupado poco ántes, y donde pasados algunos minutos, acomodados ya los caballos, se presentó para servirle su paje de armas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)



BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. ⁽¹⁾

Victor Wilder.—*Beethoven, sus dias de gloria y sufrimiento, obra traducida por los Sres. Marañon (don Manuel), y Medina (D. Leon).*—Un tomo.—Imprenta de la casa editorial de Medina.—Precio, 2 pesetas.

El nombre del gran músico, del artista inimitable que sirve de título á esta obra, es por sí sólo bastante para acreditar el interés que ésta encierra. Los hombres de génio son por lo general los ménos afortunados, en cuanto no suelen ser comprendidos por el vulgo ni logran sustraerse á las envidias y malas pasiones de sus rivales; pero cuando se aproxima su fin; cuando la muerte con su mano fria y descarnada los arrebatá para siempre á nuestros ojos; cuando traspasan los límites de esa misteriosa frontera que separa la vida de la eternidad, el cuerpo del alma, entónces cesan todos los rencores, se serenán todos los ánimos, se entristecen aún aquellos mismos que ántes sólo pensaban en oscurecer á todo trance su nombre, su reputacion y su gloria.

Los Sres. Marañon y Medina han

interpretado con acierto los gustos del público. Nada más lógico, nada más natural que el deseo de conocer todo lo mejor posible los caracteres físicos y morales de un artista como Beethoven, á quien siempre se oye citar con aplauso y del que tantas y tan admirables composiciones han llegado hasta nosotros. Las obras, los libros que se escriben sobre materias puramente científicas, se propagan dentro de un círculo de personas, siempre reducido; pero cuando se trata de conocer á un artista, de sorprender hasta los más insignificantes pormenores de su existencia, de analizar su talento, su aplicacion y su trabajo, todo el mundo se siente con deseo de recorrer las páginas de ese libro, que así sirve para solaz y pasatiempo del sábio, como de distraccion para el hombre de negocios, como de ameno folletín para la dama.

La obra de Víctor Wilder, cuya esmerada traducción conseguirá hacerla popular en España, no está escrita, como generalmente sucede, por conjeturas y opiniones más ó ménos

(1) Los autores y editores que deseen se haga mencion de sus obras, deben remitir dos ejemplares al director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

fundadas de admiradores y críticos, sino que se refiere á hechos de la vida del famoso compositor; y los juicios que en ella se emiten pueden comprobarse con documentos y autógrafos de bien probada autenticidad. A esto hay que añadir la sencillez y galanura con que se desarrollan todas y cada una de las cuestiones que en el libro se plantean, y de esta suerte no será difícil que nuestros lectores se formen una idea de su amenidad é importancia.

Estúdiase en primer lugar al hombre física y moralmente considerado, al ejecutante, al compositor, y despues se citan sus obras más notables, el éxito que merecieron, la autoridad y elogios que alcanzaron.

Si curioso es el estudio de Beethoven por su génio y su importancia como artista, no lo es ménos como hombre, á la vez cariñoso y despegado, engreido y modesto, inocente y lleno de malicia. Bajo de estatura, descuidado en el vestir, poco á propósito para el trato y las relaciones sociales, Beethoven nos ofrece el ejemplo tantas veces repetido de ser un hombre de incomparable génio, pero al mismo tiempo rodeado de todas las puerilidades de un niño. Su excitacion nerviosa era mayor por efecto de la sordera que padecia, la cual le obligaba á sospechar de todo el mundo, y así se explica tambien su gran deseo de vivir sólo, léjos del ruido y del estruendo de la capital, para entregarse á la contemplacion de la naturaleza, á la que siempre rindió extraordinario culto.

Todos los hombres grandes han solido padecer distracciones; pero de Beethoven se refieren algunas, que excitan la hilaridad del ménos propenso á regocijarse. Dícese que una

vez, dándole la manía por ser más económico, se mudó de la casa que habitaba á otra más pequeña; pero creyendo que con trasladar los muebles seria bastante, no dió aviso de su determinacion á persona alguna; de suerte, que pasado algún tiempo, se vió en la triste necesidad de satisfacer el alquiler de las dos casas, en vez de ahorrarse lo que se prometia. Otras veces se iba á los bosques, donde se solazaba á su placer, y en cierta ocasion se olvidó de vestirse, regresando á su domicilio con la cabeza al aire y en mangas de camisa. Segun leemos en el libro que nos ocupa, "estando en Baden, salió á dar su paseo de costumbre; iba tan preocupado con mil melodías que bullian en su cerebro, que se metió por sitios desconocidos, y á la caída de la tarde se encontró á las puertas de Neustadt. Esperando que álguien le pondria en camino, se acercó á una ventana entreabierta; pero su extraño aspecto, el desórden de su traje (pues habia en aquella ocasion olvidado su sombrero al pié de algun árbol), sus contestaciones extravagantes, todo el conjunto de su persona, en una palabra, produjo alarma en aquella casa. Fueron á dar parte á la policia, que se apoderó del ilustre vagabundo, y sin más miramiento le puso á buen recaudo en la cárcel de la ciudad. Como es de suponer, no faltaron protestas de Beethoven; el infortunado maestro se agitaba como un endemoniado, y enronquecia á fuerza de gritar: "Yo soy Beethoven," lo que excitaba la risa de los empleados, al ver que queria ampararse con el nombre del artista más célebre de Austria.

"Sin embargo, movido por las lamentaciones del prisionero, uno de los guardianes se encargó de avisar al

comisario de policía. Este digno empleado estaba cenando en aquel momento con algunos amigos en el hotel del *Remouleur* y se recreaba pensando en la partida de juego con que habia de terminar tan agradable velada. Le pareció que el caso no valia la pena de incomodarse, y contestó que resolveria el asunto el dia siguiente á primera hora. Cuando Beethoven supo la contestacion, se exaltó; pero en medio de su cólera recordó que el maestro Herzog. *musik director* de Neustadt, podria identificar su persona.

“Abandonando la agradable temperatura de su cuarto, llegó medio helado á la cárcel, deshizo aquella mala inteligencia, y ofreció á nuestro héroe una habitacion algo mejor que la de la prision.

“No es extraño que preocupado con sus trabajos artísticos, no hiciera caso de los detalles vulgares de la vida; pero lo que no parece tan natural es que perdiera hasta la música que escribia.”

En medio de todas estas extravagancias, su talento poderosísimo solia revelarse, hasta en los menores detalles, y si alguna vez se dejaba llevar de la impetuosidad de su carácter, se arrepentia más tarde, como lo prueban algunas de las cumplidas satisfacciones que dió á varios de sus amigos con los que tuvo el poco talento de indisponerse.

Razon ha tenido Víctor Wilder, para titular su trabajo *Beethoven, sus dias de gloria y sufrimiento*, porque si bien el mundo no se atrevió á negar su aplauso á una inteligencia tan privilegiada, á un génio tan esclarecido, grandes y continuas fueron tambien las amarguras que embargaban su ánimo.

Creemos que este libro ha de al-

canzar una excelente acogida en nuestro público, por lo que felicitamos á los Sres. Marañon y Medina.

H.

* * *

Mariano Menendez Valdés.—*Historia crítico-filosófica de la monarquía asturiana.*—Un volúmen en cuarto mayor. Imprenta de M. P. Montoya.—Precio, 5 pesetas.

Este libro interesante ha sido dedicado por su autor á la diputacion provincial de Oviedo. Su fin consiste en narrar las antiguas glorias de aquellas memorables regiones, de las que surgieron las valerosas huestes de don Pelayo.

La fé inquebrantable, el amor á la libertad y á la patria, el arrojo y el heroismo, que tanto caracterizan á nuestro pueblo, aún en las épocas en que más decadente hemos podido contemplarle, aparecen en todo su apogeo, en toda su mayor grandeza, desde los primeros momentos de la reconquista. Así, pues, la monarquía asturiana desde sus albores, aparece como una elocuente representacion, como un brillante testimonio de las muchas y muy arriesgadas empresas á que es susceptible de llegar un pueblo cuando sin verse libre de toda culpa, cuenta, sin embargo, grandes virtudes en su favor, tenaz perseverancia y arraigadísimo espíritu de independencia.

El Sr. Menendez Valdés presenta á nuestros ojos, con vivos colores, el cuadro completo de aquella nacionalidad, que tan bizarramente logró sacudir el yugo de sus antiguos dueños, dándonos todo linaje de pormenores sobre los sucesos más interesantes de aquel período histórico. El autor á quien nos referimos describe en fácil y galano estilo cómo el culto ardiente

que tributaban á su patria reunió en Astúrias á los vencidos del Guadalete; cómo la que empezó por simple resistencia fué trasformándose poco á poco en valeroso ataque, extendiendo cada vez más los límites de la monarquía; de qué suerte, en fin, la religion, las costumbres, el conjunto armónico de deseos y aspiraciones, fueron haciendo más profundas las raíces de aquel pueblo naciente, rudo y poseído de los ardores bélicos en un principio; suavizado y culto más tarde, merced al concurso de muchas y muy diversas circunstancias.

El Sr. Menendez Valdés, interpretando fielmente el sentido, la direccion que debe darse en nuestra época á los estudios históricos, no se ha contentado con dar muestras de su erudicion, de sus vastos conocimientos sobre la materia de que se trata; ha conseguido tambien hacer que resalten sus aptitudes como crítico. En sus juicios, en sus disertaciones se observa que, apartándose del camino que siguen otros narradores, no tanto se complace en acumular datos y fechas por el capricho, verdaderamente pueril, de poner en tortura su memoria, cuanto por el deseo de arrojar alguna luz sobre ciertos episodios, velados por una especie de misteriosa penumbra, y que es de verdadero interés poner en claro y de manifiesto, segun conviene á los fines de las investigaciones científicas. Por eso ha titulado, con razon, su libro *Historia crítico-filosófica de la monarquía asturiana*. Por eso su trabajo reviste toda la importancia que debe darse á este género de estudios, y llena, lógica y cumplidamente, su objeto.

La obra del Sr. Menendez Valdés se divide en catorce capítulos, que

comprenden toda la monarquía asturiana; desde su fundador Don Pelayo, hasta Alfonso el Magno, último de los reyes que figuran en aquel período.

El interés que ofrece este libro para los aficionados á los estudios históricos, no se reduce simplemente al conocimiento de algunas guerras ó aventuras aisladas, más ó menos interesantes. Preciso es tener en cuenta, como muy oportunamente dice el autor, que la monarquía asturiana debe considerarse "como el fermento de dissolution y resistencia que desde uno de los lindes septentrionales del imperio godo iba más pronto ó más tarde á herir de muerte al imperio y civilization morisca" De suerte, que su importancia histórica no puede calcularse precisamente por los hechos de armas ó del orden político, que determinan las peripecias del reino asturiano, sino que es preciso buscar en el fondo de aquella naciente civilization, el germen de otras muchas y muy gloriosas empresas, que llevaron á feliz término más tarde los españoles para extinguir el poder de la media luna.

H.

* * *

José María Romero y Salas.
—*La marina militar en España.*
(*Lo que es y lo que debe ser.*)—Un tomo.—Imprenta de Fortanet.—Precio, 4 pesetas en la Península, 8 pesetas en Ultramar.

Como podrán ver nuestros lectores, se trata de un asunto de verdadera importancia, por más que nosotros no solemos atribuírsela, preocupados con otras cuestiones de carácter político que, en realidad, sólo sirven para acreditar las disposiciones oratorias de alguno que otro diputado ó la gracia y el aticismo de éste ó de aquél

periodista, que bien puede ser, por otra parte, una perfecta y acabada inutilidad, separándole de su oficio ó profesion.

El defecto capital de nuestro país consiste en la falta de sentido práctico. Háblase de hacienda, agricultura, marina, y hasta los hombres más serios no ocultan su indiferencia hácia estas cuestiones, que tienen el triste privilegio de producir un hastío insupportable y hasta un sueño que á veces es difícil reprimir. La opinion pública es opuesta, por otra parte, á una porcion de cosas que desconoce en absoluto, pero á las que ha declarado una guerra sin cuartel; y como dice, fundándose en razones que están en el dominio de todos, el ilustrado escritor que nos ocupa, la marina se encuentra en este caso, al ménos en las actuales circunstancias.

Dice el Sr. Romero y Salas, sintetizando hábilmente el espíritu que generalmente regula nuestro criterio, cuando de estas materias tratamos: "Todo ó nada." Hé aquí el vicio ingénito en nosotros, el cáncer que nos come y que es preciso estirpar á todo trance. "O todo ó nada." ¿No podemos tener todo? Pues quedémonos sin nada. ¿Carecemos de medios para ser los primeros en el mar? Pues seamos los últimos. ¡Cómico razonamiento que estimula el reposo absoluto en que yacemos!

Refiere el Sr. Romero y Salas una anécdota que viene á demostrar el deplorable modo que tenemos de ver las cosas en este país.

Conversando un general de nuestro ejército y un diputado, preguntó éste al primero: "¿Y qué opina Vd. de marina?" A lo que contestó el general con la mayor impavidez. "Que es de lo mejor que tenemos en zarzuela."

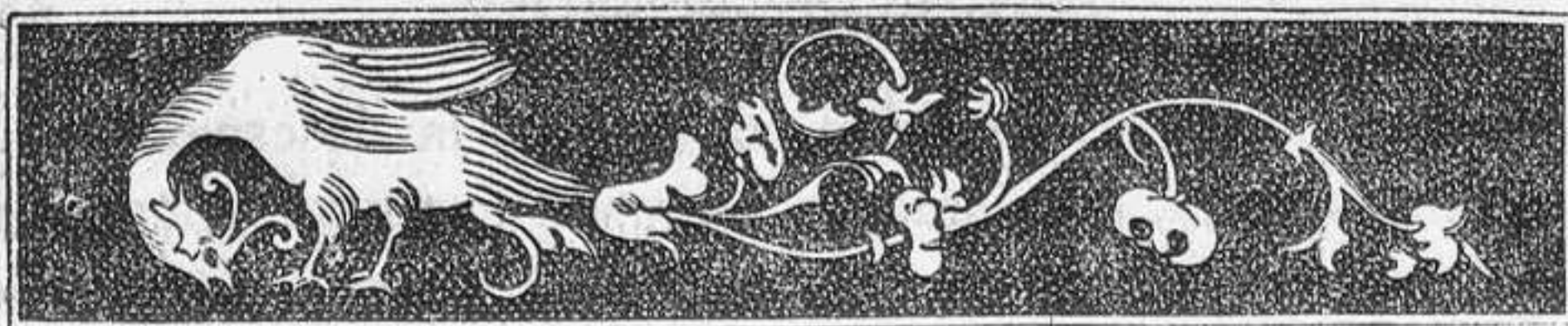
Mientras la opinion pública se manifieste en este sentido, será cada vez más difícil que se logre la realizacion de los progresos á que fuera legítimo aspirar, si no sacrificásemos aún las cosas de mayor trascendencia á las delicias ó á las puerilidades de un chiste.

Pero hechas estas ligerísimas digresiones, analicemos los puntos y materias que abraza la importante obra, objeto de nuestro exámen. Esta se divide en tres partes: la primera, está consagrada al estado de la opinion pública con respecto á la materia que sirve al libro de asunto. La segunda comprende el estudio de todo cuanto hace referencia á nuestra marina de guerra, los vicios de que adolece, los cuerpos en que se divide, su necesidad, carácter é importancia. La tercera constituye un verdadero plan de reforma general.

Trátase, pues, de un libro que no sólo acredita la inteligencia y grande condicion del Sr. Romero, sino que es, al propio tiempo, de verdadera utilidad y significacion en el sentido práctico, y que debe ser conocido de todos, pero muy principalmente de aquellas personas que por sus circunstancias especiales, se encuentran en condiciones de ejercer alguna influencia, á fin de que se dé el impulso debido á todo cuanto pueda relacionarse con el mejoramiento y adelanto de nuestra marina militar.

El distinguido oficial del Archivo central de Marina, á quien se debe tan importante trabajo, revela, aparte de sus conocimientos científicos, muy especiales dotes de escritor, pues su estilo es ameno y fácil aun tratándose de materias que de suyo son áridas y más útiles que á propósito para deleitar el ánimo.

H.



CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

SE trata de una coalición de diferentes partidos para un fin determinado? ¿Se trata de una mera concentración de fuerzas políticas con objeto de formalizar el ataque, unificándolo? ¿Se trata de una verdadera fusión de agrupaciones distintas, que se someten á un jefe y reconocen un credo comun?

Vistos los resultados que hasta ahora pueden apreciarse con motivo de la reunion celebrada en estos últimos dias por las oposiciones dinásticas, no parece difícil contestar á aquellas preguntas, que ocurren desde luego, como natural explicacion del hecho.

Al reunir á constitucionales, centralistas y amigos del general Martinez Campos, alegaba el Sr. Sagasta, presidente de la junta, la necesidad de que todos los elementos que constituyen la oposicion liberal monárquica en ambas Cámaras mediten y discutan el medio de salvar el sistema representativo en España, atendida la ineficacia de los que hasta ahora han empleado las oposiciones para regenerarlo, y dado el desaliento que va tomando codiciosamente en el corazon de los partidos el lugar que dejan triste y vacío la esperanza,

la indiferencia, la atonía, el marasmo y la desesperación...

Como se ve, y el mismo Sr. Sagasta no tuvo inconveniente en manifestarlo á renglón seguido, el sistema constitucional está muerto entre nosotros, según las oposiciones, y éstas condenadas á la desesperación y la atonía, por la pertinacia con que el Gobierno Cánovas *se aferra en mantenerse en el poder*.

Lo cual equivale á decir que la mayoría, con cuyos votos cuenta, no es fiel expresión de la voluntad del país. Y esta tendencia no puede ser más grave ni más anticonstitucional.

Para confirmarla, el Sr. Sagasta terminaba con las siguientes frases, que merecen ser conocidas textualmente:

«Después de esta reunión, la política española podrá seguir rumbos tranquilos ó azarosos derroteros. *Feliz aquél que pudiendo cerrar el paso á los segundos, tiene en su mano la paz de los pueblos.*

Tengamos nosotros confianza en el porvenir, y *en todo caso*, eximiéndonos por nuestra patriótica conducta *de toda responsabilidad*, tendremos al ménos la tranquilidad que ha de derramar sobre nuestras conciencias la rectitud de nuestras intenciones.»

No es así como lograrán las oposiciones regenerar el sistema representativo: poniendo el prestigio de la más alta magistratura á merced de un acto antiparlamentario que reclaman, y declarando por anticipado que de ese acto depende la paz pública, y que si no se realiza, salvan toda responsabilidad en cuanto sobrevenga. ¿Acaso pueden los partidos que de monárquicos blasonan, excusarse jamás de los deberes á que sus creencias y sus compromisos les obligan, cualquiera que sea su suerte en el Parlamento?

Si de la representación nacional, base del sistema, se hace acomodaticio criterio de circunstancias, ya concediendo, ya negando los legítimos derechos de las mayorías, ni hay organismo político posible, ni tienen, por consiguiente, garantías de solidez y arraigo las instituciones constitucionales, que sólo alcanzan condiciones de vida y subsistencia á favor del ejercicio regular y ordenado de todos los poderes.

Bien puede afirmarse que la liga de las oposiciones dinás-

ticas es, más que otra cosa, una protesta. Se duelen de que el partido liberal conservador haya demostrado dotes de gobierno, y en vez de oponer doctrinas á doctrinas, se limitan á contar fechas; suman meses, cuando debieran fundar acusaciones.

La idea que les une no tiene, pues, á nuestro juicio, verdadera significacion política, en el sentido técnico de la palabra. Se han aliado hombres respetables por su posicion política ó militar, reputados oradores é insignes estadistas: la calidad de las personas dá importancia á la alianza. Pero ¿en qué principios comunes se inspiran? ¿dónde está el vínculo de ideas que les hace fuertes?

Ya confesaba el Sr. Sagasta que no todos los congregados bajo su presidencia han profesado siempre las mismas doctrinas, ni han considerado como mejores los mismos procedimientos de gobierno; lejos de esto, el pasado les separa á unos de otros por abismos que sólo un premeditado olvido puede ser parte á salvar. Pero el Sr. Sagasta halló forma de descubrir una aspiracion general á todas las oposiciones monárquicas, buscando la conformidad entre ellas en los tres siguientes puntos:

«Primero. Sin la buena fé, sin absoluta sinceridad en la práctica del sistema representativo, de modo que las mayorías en los Cuerpos Colegisladores puedan ser expresion fiel de la mayoría del país, y por lo tanto reflejo exacto de la opinion pública, no hay verdaderamente régimen constitucional, porque las monarquías constitucionales pueden, *si actos de personal energía de los monarcas no lo estorban*, quedar supeditadas al despotismo ministerial, el peor y el más repugnante de todos los despotismos.

Segundo. Sólo poniéndose al frente del progreso de los pueblos, para dirigirlo y no para contenerlo; sólo conquistando la confianza de los partidos, *dispensándoles por igual el favor de sus altísimas prerrogativas*; sólo, en fin, siendo esperanza de libertad, como es de suyo, y por su esencia, garantía de orden, es como las monarquías constitucionales en los tiempos que alcanzamos pueden adquirir toda aquella fuerza y conquistar toda aquella popularidad que han menester para

el cumplimiento de los elevados fines que están llamados á realizar.

Tercero. El ministerio actual, que hace tiempo vive de la sávia de la monarquía, como la yedra vive á costa del árbol que con sus ramas tiene entrelazado; el ministerio actual, que ha viciado el sistema representativo para alcanzar primeramente el poder y conservarlo despues, teniendo como en asedio las prerogativas de la monarquía constitucional por medio de los votos, si bien de representantes del país, de favoritos ministeriales en cuyo provecho exclusivo y no en provecho general quiere tener confiscado el gobierno de la nacion, es un ministerio contrario á la libertad, peligroso para la monarquía y perjudicial para la patria.»

Los dos primeros puntos tienen por exclusivo objeto dar á la augusta representacion del poder, en las monarquías constitucionales, *una intervencion personal* en la gestion de la cosa pública, que, con arreglo á los buenos principios, sólo en casos excepcionales puede proclamarse, so pena de minar en su cimiento la inviolabilidad del poder real, que es irresponsable porque no puede ser arbitrario. Como que, libre, con ámplia libertad, en el ejercicio de sus prerogativas, tiene, no obstante, en garantía propia y del sistema, un criterio constitucional, que es su norma: las aspiraciones de la opinion, legítimamente manifestadas por el voto público.

En este sentido, rigurosamente científico, pretender por igual, á nombre de todos los partidos, el favor de las régias prerogativas, es anular la superior eficacia de unos principios con relacion á otros; es suponer que sólo el tiempo debe decidir el turno de los partidos en el poder; es subordinar la conveniencia de la doctrina á la duracion del mando.

Hechas estas peregrinas confesiones, ¿qué títulos tienen los heterogéneos elementos aliados para ostentar otra representacion, como conjunto, que la que individualmente puede corresponder á cada cual?

Ni hay fusion, porque no se ha formado un sólo partido, con iglesia y culto propio, ni hay siquiera coalicion, porque no se aspira á un fin concreto comun, respecto del cuál todos los aliados estén acordes. Hay sólo una pasajera concentra-

cion de fuerzas, con el propósito de derribar al Gabinete actual, cuyo vigor revelan paladinamente los mismos que se lo niegan, cuando tales esfuerzos consideran necesarios para amenazarle.

La fusion de partidos afines es siempre recomendable y obtiene siempre la sancion del éxito; la coalicion de agrupaciones distintas, con un fin determinado, aunque inmoral en el fondo, logra, al cabo, el propósito en que se funda; la concentracion de fuerzas, sin jefe único, sin transaccion de principios y sin trascendencia, por consiguiente, para el dia del triunfo, que no á todos habia de alcanzar, ni todos podrian compartir, sobre ser inmoral, es efímera, sobre efímera inconveniente para los mismos concentrados.

¡Lástima que el indisputable talento del Sr. Sagasta, la proverbial habilidad del Sr. Posada Herrera, la fama militar del general Martinez Campos, la sesuda ilustracion del señor Alonso Martinez, hayan comprometido sus timbres lanzándose á una empresa que sólo escudan en *la ineficacia* de sus anteriores esfuerzos independientes, que sólo abordan por *la desesperacion* de que se declaran poseidos!

De esta suerte, ni justifican el empeño, ni abonan el móvil que lo inspira.

*
* *

En tanto sigue el Gobierno dando señaladas muestras de provechosa iniciativa. El ministro de Gracia y Justicia, penetrado, con razon, de la necesidad de legislar en importantes materias dependientes de aquel departamento, ha presentado á las Córtes dos nuevos proyectos: uno acerca de los efectos civiles del matrimonio y otro para la organizacion de tribunales.

No expondríamos nuestra opinion, modesta y desautorizada, pero sincera siempre, si dijéramos que tales proyectos merecen nuestro aplauso. Reconociendo el buen deseo y la celosa actividad con que han sido elaborados, creemos que uno y otro adolecen en algunos puntos de graves errores, que deben evitarse.

En el de organizacion de tribunales hay detalles, como el de obligar á los presidentes de Audiencia á presidir cada una de las salas de justicia una vez, por lo ménos, á la semana, que no responden á verdaderas necesidades y que pueden resultar contraproducentes. El presidente de una Audiencia tiene el deber de contribuir á la administracion de justicia, vigilando á la vez por la recta interpretacion de la ley; y al efecto, claro es que ha de asistir á las salas, presenciar los debates y formar motivado concepto de las aptitudes de sus compañeros, á calidad de jefe de la corporacion. Pero tasar ese deber, que, despues de todo, sólo podria exigirse de una manera deprimente, estableciendo un registro ó cosa por el estilo, amengua la autoridad del funcionario, le expone á abandonar en momentos dados otros deberes exclusivamente propios de su cargo, y léjos de favorecer el buen régimen de una Audiencia, puede perturbarlo. Más que aumentar deberes á los presidentes de estos tribunales, conviene aumentarles atribuciones, dándoles el carácter y la respetabilidad que, como á jefes, les corresponde. La práctica lo tiene demostrado.

¿Qué ventaja ha de reportar tampoco el órden judicial de la novedad que el proyecto establece respecto de los juzgados municipales, convirtiéndolos en juzgados de seccion, provistos por el Gobierno?

No es dable reconocer la influencia que siempre ejerce la accion gubernamental para la provision de todos los puestos, cualquiera que su índole sea. Alguien habrá, por consiguiente, que estime más franco el nombramiento directo por el Gobierno de los jueces municipales, hasta ahora nombrados por los presidentes de las Audiencias. Pero nadie dejará de convenir en que la naturaleza de la institucion no se aviene á esa centralizadora tendencia. Se trata de cargos puramente locales; de la administracion de justicia en su última etapa, que tiene, por consiguiente, más de equitativa que de jurídica; de intereses, respecto de los cuales debe abstenerse el Gobierno de ejercer directa y decisiva intervencion, dejándolos mover más desembarazada y libremente. Juzgados *municipales* los llamó la ley y no sin motivo: gira su competencia

más bien en la esfera de acción del municipio que en la del Estado.

Los demás principios consignados en el proyecto, esto es, la asimilación de los cargos judiciales y fiscales, el ingreso en la carrera por oposición, la inamovilidad judicial y otros, están ya indiscutiblemente aceptados en general, siendo también plausible el derecho concedido, para optar á las plazas de magistrados del Tribunal Supremo, á abogados y catedráticos de reconocido mérito.

En la ley que regula los efectos del matrimonio civil, el Sr. Bugallal parte de una base completamente ilógica. Acerca de este punto pueden aceptarse tres criterios fundamentales: ó negar al matrimonio religioso validez ante el Estado, cuando éste no protege culto alguno, ó concederle, una vez contraído, la misma eficacia en lo civil que en lo eclesiástico, sin necesidad de requisito civil de ningún género, como acontecía en España ántes de la ley de 1870; ó exigir la inscripción de la partida sacramental en los libros del registro civil, para garantía del Estado y bajo la sanción de una penalidad determinada.

Cualquiera de estos sistemas es perfectamente defendible, según las relaciones que existan, con arreglo á la Constitución, entre la Iglesia y el poder civil. Cuando ambos viven en completa independencia, el Estado se halla en el caso de autorizar, por su parte, la celebración del matrimonio, base de la familia, puesto que el Sacramento no tiene para él carácter ni eficacia alguna. Cuando le reconoce esta eficacia en absoluto, la partida del párroco debe bastarle. Y finalmente, cuando está en intimidad de relaciones con la Iglesia, siquiera admita la profesión de distintas creencias, y considera el matrimonio á la vez como Sacramento y como contrato, tiene derecho á transcribir á sus registros la partida sacramental, para complemento de las solemnidades del acto.

Esta última es la legalidad actualmente establecida entre nosotros.

Así dice el art. 1.º del decreto de 9 de Febrero de 1875, el cual derogó la ley de matrimonio civil del Sr. Montero Ríos:

«El matrimonio contraído ó que se contrajere con arreglo á los sagrados Cánones, producirá en España todos los efectos civiles que le reconocian las leyes vigentes hasta la promulgacion de la provisional de 18 de Junio de 1870.»

La falta de inscripcion del matrimonio canónico en el registro civil, es, sin embargo, castigada con una multa, como quebrantamiento de un deber de ciudadanía.

Pero el Sr. Bugallal no se contenta con esto, y dice en el artículo 1.º de su proyecto:

«El matrimonio que se contrajere en España con arreglo á las prescripciones de los sagrados Cánones, producirá efectos civiles, *hallándose debidamente inscrito en el registro.*»

Es decir, que si no se inscribe, no produce efectos legales, no tiene validez ante el poder civil, no es verdadero matrimonio, sino concubinato; ni más ni ménos que se diria en un país donde la religion católica no fuera ni profesada ni reconocida por el Estado. No sólo es, pues, ilógica tal disposicion; es, además, contraria al espíritu de la Constitucion vigente, que declara religion del Estado la católica, apostólica, romana, con todas sus naturales consecuencias; una de las cuales es la legitimidad del matrimonio canónico, por su propia virtud, sin necesidad de ninguna otra condicion para su esencial validez, salvo las formalidades civiles correspondientes, cuya omision podrá constituir una falta penable, pero jamás un motivo de nulidad del vínculo.

¿Deja de ser propietario el que tiene derechos de tal en una finca, porque no la inscriba en el registro de la propiedad? El dominio se le reconoce siempre, inscriba ó no; lo que podrá sucederle es que sufra ciertas consecuencias por haber omitido la inscripcion.

Y téngase presente que la analogía del caso no se extiende más allá del hecho legal. Nunca podrá compararse la trascendencia del matrimonio y sus efectos con los efectos del derecho de propiedad.



La discusion de los presupuestos ha dado motivo á estudiar con especial y provechosa minuciosidad los importantes ramos dependientes del ministerio de Fomento.

¿Qué ha hecho la restauracion en punto á obras públicas? Y sobre todo, ¿qué le debe el país respecto de agricultura y enseñanza?

Demostrado con datos estadísticos que se han construido multitud de carreteras, que se han rehabilitado otras muchas ya existentes, que tenemos mil setecientos kilómetros de ferro-carriles en construccion, y que muy pronto estarán terminados tres estudios completos del ferro-carril del Mediterraneo, todo lo cual revela el especial cuidado con que han sido atendidos tan valiosos intereses, el director general de Instruccion pública, Agricultura é Industria se consideró en el deber de intervenir en el debate, á fin de determinar las mejoras realizadas y los adelantos conseguidos durante los cinco últimos años, en el centro directivo que desempeña dignamente.

El Sr. Cárdenas logró su objeto de la manera más cumplida. Tres horas largas usó de la palabra, y el interés de la Cámara no decayó un momento. Es el mejor elogio que puede hacerse de un discurso de presupuestos.

Cuando se razona con hechos, es difícil que prevalezcan errores; la defensa de la gestion restauradora en materias de enseñanza dimanó, elocuente, categórica, sin dejar motivo á duda, de los provechosos resultados conseguidos á favor de la regularidad de los estudios, del orden en la expedicion de títulos, de la instalacion de nuevos centros escolares, del aumento de bibliotecas y museos.

Los jardines de la infancia, que el Sr. Cárdenas calificaba con razon de verdadera maravilla, las salas recientemente inauguradas en el Museo nacional del Prado, las obras realizadas en el archivo central de Alcalá, el señalamiento de nuevos y bien meditados derechos de matrícula, la prelación establecida para el estudio de las asignaturas profesionales, todo contribuye al mejoramiento de la instruccion, ya facilitando los auxiliares necesarios para ella, ya normalizando la disciplina de la cátedra.

El Sr. Cárdenas reconoció que, á pesar de lo hecho, conviene proseguir la obra emprendida: los cuadros de asignaturas deben reformarse; pero ésta ha de ser la obra del tiempo. ¿Había de emprenderse la reforma sin la suficiente meditación, á riesgo de perturbar el organismo científico del Estado, con peligro de la enseñanza, que en vez de mejorar resultase perjudicada? Cierta clase de innovaciones, para lograr verdadera solidez y arraigo, no pueden ser consecuencia de súbitos é improvisados arreglos.

El orador, demostrando vastísimos conocimientos, puso también de relieve la gestión activa y beneficiosa del Gobierno en cuanto se refiere á la agricultura, verdadera fuente de riqueza en nuestro país.

La creación de la escuela central de agricultura es una mejora que servirá siempre de glorioso timbre al primer Gobierno de la Restauración. Y hasta tal punto se ha perfeccionado la enseñanza agrícola, que no sólo se ha atendido á la alta dirección científica de la materia, organizando el cuerpo de ingenieros agrónomos, sino que se consigue, merced á estudios prácticos, aumentar el número de braceros y capataces útiles é inteligentes.

Las conferencias agrícolas no puede negarse que contribuyen á reportar fructuosos beneficios, al propio tiempo que responden á su fin principal de propagar las verdades agronómicas.

Por último, trató el Sr. Cárdenas con plausible acierto la cuestión de montes, señalando como importantísimos elementos de repoblación, las medidas provechosas adoptadas en estos últimos años.

El discurso del digno director de Instrucción pública y Agricultura, será siempre consultado con fruto para hacer la historia de la enseñanza y la agricultura, bajo el punto de vista de la acción oficial, desde 1875 hasta la fecha.

Claro en la exposición, vigoroso en el ataque, fácil y expresivo siempre, con frecuencia brillante, á un tiempo razonador y ameno, el Sr. Cárdenas se apodera desde luego del ánimo de su auditorio, que le sigue, convencido ó regocijado, aprendiendo unas veces, meditando otras, aceptando

ó no el argumento, pero celebrando incondicionalmente al orador.

Aptitudes tiene el Sr. Cárdenas para lucir como pocos en la tribuna: al demostrarlo con motivo del presupuesto de Fomento, ha acreditado también que es tan ilustrado como elocuente. Su competencia en los asuntos que de su gestión dependen, tiene el más poderoso auxiliar en su palabra, correcta, espontánea, tan dócil á todos los moldes como fiel á todas las inspiraciones.

*
* *

Una observación de política menuda para concluir.

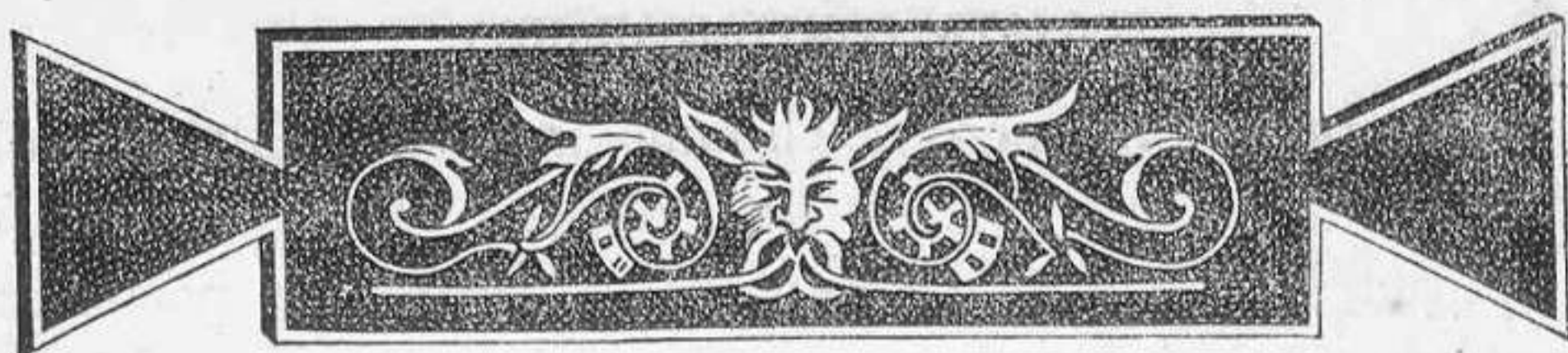
Los centralistas se han casado, por fin, con los constitucionales... si bien han tenido que partir la dote con los campistas.

Para nosotros, están, pues, regenerados. Ya no volverán á intentar semejante boda.

Segun Dumas, los maridos son siempre hombres de talento. Porque no se les ocurre la idea de casarse.

JAVIER UGARTE.





REVISTA EXTRANJERA.



RANCIA.—El Senado tiene ya nuevo presidente; pero, ¿está ya resuelta esta cuestión? ¿Se ha complicado, por el contrario? Los hechos lo han de decir.

El ex-presidente, Mr. Martel, por estar enfermo, por escrúpulos de conciencia, por hallarse en disidencia con el Ministerio, ó por las tres cosas á la vez, que es lo más probable, se obstinó en no retirar su dimision, y por más que se hizo, no ha sido posible lograr que la retire. El Gobierno, que consideraba esta cuestión como de vida ó muerte, no la ha perdido de vista ni por un momento. Los ministros, los personajes más importantes del radicalismo, el presidente de la república y hasta Gambetta, han ido á visitar á Mr. Martel con el intento de persuadirlo á continuar en su puesto. Pero ¡vano empeño! Todo ha sido inútil. Mr. Martel, por estar enfermo, no podia luchar, y no siendo amigo de la persecucion religiosa ni de la anarquía, no queria arrostrar la responsabilidad de pasar por cómplice de una política que le disgusta y hasta le repugna. Los radicales empiezan á decir por lo bajo que Mr. Martel se ha hecho jesuita. No es de extrañar. El fanatismo demagógico suele ver jesuitismo en todas partes. Todo revolucionario que, al ver el borde del abismo, se espanta y retrocede, es calificado de jesuita. Guizot, que era protestante; Thiers, que vivió siempre como excéptico, y el mismo Proudhon, que se jactaba de ser ateo, pasaron por jesuitas. ¿Por qué, pues, no ha de suceder lo mismo á Mr. Martel? El es lo que ha sido siempre; pero, ¿qué importa? ¿No se ha asustado y detenido Julio Simon, Vasherot y Littré? ¿Por qué,

pues, no ha de ser *renegado y apóstata* como ellos? ¿La *lógica* del fanatismo revolucionario no comprende que se retroceda ante lo absurdo. La revolución es el fuego y el fuego no se detiene sino ante las cenizas. ¿Qué importa á la demagogia la ruina de la sociedad? El caso es avanzar y siempre avanzar, por supuesto con los ojos vendados y suceda lo que suceda.

La herencia de Mr. Martel ha sido bastante disputada. Por ahora, al ménos en la apariencia, el triunfo es del Ministerio. El nuevo presidente se considera, no sabemos si con razon, como amigo y servidor de los actuales ministros. Esto no obstante, la victoria, además de ser no poco problemática, no se ha podido obtener sino por medio de una transaccion, que ha llegado á hacer no pocos ni pequeños sacrificios.

La cuestion existia y existe entre la mayoría del Congreso, que es radical ó de Gambetta, y la mayoría del Senado, que es antiradical ó de Julio Simon. Para que el triunfo hubiese sido verdadero, hubiera sido indispensable que la presidencia de la alta Cámara hubiese ido á parar á manos de un senador gambettista, como Le Royer ó Pelletan, verbi-gracia. Pero ¿ha sido así? Todo lo contrario.

El Ministerio, para no ser derrotado, presentó un candidato, que no era ni podia ser ministerial. En efecto, el candidato presentado y elegido, Mr. Leon Say, no ha estado ni está con el radicalismo. Es de antecedentes monárquicos; se ha considerado y se considera como orleanista; en 1873 se mostró dispuesto á aceptar al conde de Chambord; ha sido ministro con Mac-Mahon; no ha renunciado al programa de Thiers, y ha pocos meses dejó el poder cabalmente por pensar como Julio Simon y tener miedo al radicalismo de Gambetta. El triunfo del actual Ministerio no fué sino la derrota personal y política de Mr. Leon Say.

Hoy este hombre político es embajador de la república francesa en Lóndres. Pero ¿prueba esto que ha cambiado de ideas? Lo único que esto prueba es que el patriotismo impone muchos y á veces terribles sacrificios. El radicalismo francés, hoy triunfante, carece de diplomáticos admisibles, y Francia necesita que haya quien la represente y defienda en lo exterior. Por esto y muchas otras razones se cree que Leon Say, al aceptar la embajada de Lóndres, lejos de cambiar de ideas, no ha hecho otra cosa que confirmarlas. La consecuencia está, no en Mr. Say, que es lo que era, sino en Mr. Freycinet, que subió al poder para hacer lo que no hace.

La presentacion de Leon Say, como candidato ministerial, lleva consigo inconvenientes interiores y exteriores de no escasa gravedad. Interiores, porque su nombre era una protes-

ta contra Gambetta y contra la mayoría de la Cámara popular; y exteriores, porque hacia pocos días que había presentado las credenciales á la reina Victoria y no podía ser grata á la corte británica una embajada de menos de una semana. Estos cambios no parecen nunca bien en una corte que se respeta y desea ser respetada.

Añádase á esto que la sucesion de Mr. Say no deja tampoco de ofrecer dificultades. ¿Qué sucesor se le nombra? ¿Un radical? Imposible, porque ó seria rechazado ó por lo menos no podría ser de provecho alguno para Francia. Los radicales no tienen cabida en el cuerpo diplomático.

Y no pudiendo pensar en un radical, ¿qué partido había de tomarse? No había más que uno, que era el de olvidarse por completo de la lógica revolucionaria, y este es el que se ha tomado. El Gobierno, persuadido de que no puede servirse de sus adeptos, porque no pueden serle útiles, ha fijado sus ojos en Mr. Waddington, ó sea en el ministro que cayó, para que Mr. Freycinet pudiese elevarse. ¡Gambetta hizo caer á Waddington, para protestar contra su política exterior, y ahora se elige al propio Waddington para que vaya á Londres á continuar la política por la cual fué ántes tan censurado! ¡Qué argumento contra el ideologismo radical!

Las candidaturas para la presidencia del Senado eran tres, á saber, la de Pelletan, gambettista; la de Jules Simon, anti-gambettista, y la de Leon Say, antigambettista y ministerial á la vez.

Pelletan, que era el candidato de Gambetta y de la mayoría del Congreso, despues de tentar bien el vado, se decidió á retirar su candidatura. No necesitó inquirir mucho para convencerse de que, si insiste, la derrota hubiese sido segura. Su retirada se considera por todo el mundo, y con razon, como una prueba de respeto para la alta Cámara y como una cosa bastante diversa para la mayoría de la Cámara popular. Ya es evidente que el Senado no ha querido admitir un candidato radical ó gambettista.

La candidatura de Jules Simon se ha retirado tambien, pero por otras razones de índole muy distinta. El nombre de Jules Simon no era sino el respeto á la Constitucion contra la anarquía socialista, y como no era sino esto, nada tenía que hacer desde el momento en que se presentaba un candidato de sus mismas ideas y de antecedentes más conservadores. Esto no obstante, Jules Simon no ha dejado de probar que cuenta con grandes fuerzas en la alta Cámara. Los 117 votos en blanco, que todos hubiesen sido para él, le servirán siempre como un ejército de reserva. Jules Simon no ha que-

rido dar la batalla; pero en la gran revista del martes ha hecho ver que, si no pelea, es por cálculo político, no por falta de fuerzas.

Además de las 117 papeletas blancas, ha habido otras nueve, todas de conservadores, que en caso de lucha, no hubiesen dejado de ser para el candidato de la derecha. Añádase á esto que entre los votos dados á Mr. Say, hay algunos que no hubiesen sido para él, si Mr. Jules Simon los hubiese pedido.

Si despues de esto, que es exacto, se considera que Mr. Say no ha obtenido sino 127 votos, nada tan natural ni tan lógico como el inferir, que si Leon Say ha vencido, ha sido porque Jules Simon no ha querido que no venza. Jules Simon, que es republicano de toda la vida, vacila y tiene miedo al radicalismo y á la reaccion. Por miedo al radicalismo, combate á Gambetta, que va hácia el precipicio, y por miedo á la reaccion, huye de un triunfo que por fuerza habia de deber á los conservadores. Por esto vacila y se deja vencer por Mr. Leon Say, que ha sido y es su amigo, y pudiera ser mañana su colega ó su compañero.

A la caida de Freycinet, que parece bastante posible, si no triunfa el radicalismo, parlamentariamente hablando, no puede dejar de ser llamado el presidente de la alta Cámara. Y, ¿cuáles son las ideas del actual presidente del Senado? Las mismas de Jules Simon. ¿Quiénes son los amigos políticos de Jules Simon? Los mismos del presidente del Senado. Como se vé, la cuestion ha sido sólo de nombre. En el fondo, el triunfo ha sido para los amigos y para las ideas de Jules Simon.

Los que duden de esto no necesitan sino ver el poquísimo entusiasmo con que la prensa gambettista habla del triunfo de Leon Say. *La République Française*, órgano directo de Gambetta, no habla de Leon Say, sino como los parientes desheredados hablan del heredero, despues de conocer el testamento que les quita toda esperanza.

Agitacion política.—En Lila y en Reims ha habido huelgas, que, por sus especiales circunstancias, han inquietado no poco al Gobierno. Los medios de persuasion y conciliacion han sido de todo punto inútiles. El propio ministro de la Gobernacion, que por ferro-carril se dirigió á Reims, despues de haber hecho su viaje, se volvió á París, sin presentarse á los alborotadores. Sin duda supo con tiempo que sus palabras no habian de contribuir á calmar la agitacion, ni mucho ménos.

Pero, si el ministro no se atrevió á hablar ni áun á dejarse ver, en cambio ordenó á las autoridades políticas que, por medio de un aviso oficial, hiciesen saber á las turbas que, si el escándalo continuaba, la autoridad militar se encargaria de hacer que cesase. A estas palabras, de suyo tan poco *tranquilizadoras*, siguieron movimientos de tropas, que no podian ser más significativos.

La guarnicion se puso sobre las armas, el telégrafo pidió refuerzos, la artillería se hizo ver, la infantería se apoderó de varios puntos estratégicos, y la caballería, sable en mano, empezó á recorrer las calles con el propósito de dispersar y castigar en caso necesario á los amotinados.

Estas medidas, que no tenian el carácter de meras amenazas, obligaron á los revoltosos á meditar y los inclinaron á retirarse por ahora á sus casas. Esto no obstante, protestaron y continúan protestando contra la *tiranía* de un gobierno *de renegados* que, despues de haber pasado su vida haciendo *manifestaciones*, ahora apela, como Napoleon III, al sable y á la metralla para contener al pueblo. La lamentacion no puede ser más lógica; pero dudamos mucho que sea oida. En la oposicion todo, hasta la impunidad, se promete; pero, ¿pueden recordarse estas promesas cuando se llega al poder? En esta parte la culpa no está sólo en los que engañan al pueblo para convertirle en pedestal; la responsabilidad principal recae toda entera sobre las masas, que no acaban de comprender que los que las adulan no piensan sino en explotarlas. Las promesas de los tribunos de la democracia han sido, son y serán siempre de todo punto irrealizables.

Nada prueba esto tanto como lo que hoy mismo está sucediendo en Francia. Si se recuerda, por ejemplo, el tan famoso programa de Belleville, se verá que Gambetta ha prometido al *pueblo* todo lo que es posible prometer y bastante más. Segun el programa gambettista, el pueblo es el verdadero soberano, y tiene derecho absoluto y perpétuo para todo. Ante el pueblo, el diputado no es sino un simple delegado cuyo poder desaparece en cuanto el delegante quiere que desaparezca. Además, Gambetta juraba y perjuraba que no queria ejércitos, que el pueblo debia estar armado y que sus representantes no podian negarse á ir á darle cuenta de su conducta, siempre que juzgase oportuno pedírsela. Tales fueron las promesas. ¿Qué son ahora los hechos?

¿Se suprime el ejército? Por el contrario, es ahora más numeroso que nunca.

¿Se dan armas al pueblo? Lo que se hace es amenazar con la metralla á los ciudadanos que osan pedir las.

¿Va Gambetta á Belleville á dar cuenta de su conducta á sus electores, ante los cuales quemaba ántes tanto incienso? ¡En esto ya no se piensa!

¡Cuándo abrirá los ojos el pueblo! ¡Cuándo acabará de ver que *sus tribunos* le dan la riqueza y la felicidad, como los charlatanes, inventores de panaceas, le curan sus enfermedades! El charlatanismo político no es más que un charlatanismo como otro cualquiera. Sin embargo, aunque sea tan conocido el mal, dudamos mucho que tenga remedio. El *pueblo* quiere ser engañado, y por su desgracia, jamás escarmienta ni deja de dar crédito á los que lo engañan.

Los sucesos de la Bastilla.—Los radicales, hoy entusiastas panegiristas de la *Cominune*, se empeñaron en *celebrar* ó conmemorar el día 23 de Mayo, aniversario de la entrada de los... *versalleses* en París y de la muerte de los más notables *comuneros*. Por supuesto que las lágrimas, que debían ser muchas, no eran para los rehenes fusilados, ni para los grandes monumentos convertidos en cenizas, ni mucho ménos para los soldados asesinados en las calles ó muertos al acercarse á las barricadas. Nada de esto. El dolor, todo el dolor había de ser para las *víctimas inocentes* (los incendiarios), y las protestas, todas las protestas, para los *verdugos*, es decir, para los hombres que hoy forman el poder, que fueron los que en 1871 castigaron y casi exterminaron á los comunistas.

El plan se reducía pura y simplemente á hacer una parodia del 4 de Setiembre de 1870. No se quería sino ver si el actual gobernador de París, como Trochu, estaba resuelto á no mostrar su energía sino contra los amigos del orden y la disciplina.

No puede negarse que la cosa estaba bastante bien combinada. A primera hora, como el 4 de Setiembre, aparecerían algunos miles de sediciosos, sin armas, que se encargarían de preparar el terreno, haciendo ver que no había nada que temer ó que la autoridad no osaba defenderse. Si la primera tentativa salía bien, más tarde, á las pocas horas, se aumentarían las turbas y comenzarían á dejarse ver las armas. Después, lo demás, como en 1870, se haría por sí mismo.

Este plan de campaña, que era ya cosa aprobada y acordada, no pudo dejar de llegar á noticias del Gobierno. Contra lo que *se esperaba* ó contra lo que *se temía*, el Ministerio acordó defenderse y tomó medidas perentorias y enérgicas, que la sociedad debe agradecerle. Los organizadores del motin, enterados á tiempo, manifestaron en sus periódicos que había

peligro, y que por lo tanto la ocasion no era oportuna. Se comprende.

Esto no obstante, el 23 se presentaron en la plaza de la Bastilla algunos grupos con coronas y siempre vivas, en actitud que no se calificaba de muy pacífica. Aunque sin armas, gritaban, amenazaban, apelaban al *pueblo* y hablaban de todo lo que en casos parecidos se suele hablar. El prefecto de policía, Mr. Andrieux, que estaba prevenido y tenia órdenes reservadas para obrar, segun las circunstancias, hizo que la policía, allí bastante numerosa, dispersase los grupos, hiciese desaparecer las coronas, é impidiese todo escándalo. Los revoltosos más fanáticos y más exaltados, despues de recibir algunos sablazos de plano, fueron llevados á la cárcel, en la cual estuvieron sólo algunas horas. Al principio se dijo que serian entregados á los tribunales de justicia; pero esto hubiera ya sido *demasiado*. En los tiempos que corren, los trastornadores del orden público pueden alarmar y aún aterrar á una poblacion de dos millones de almas; pero, con la seguridad de que, si por lo pronto no tropiezan con algunos botes de metralla, despues pueden volverse con tranquilidad á sus casas. Esto, que no es sino el materialismo, aplicado á la política, parece á primera vista muy humano y no es sino espantosamente cruel. Por no hacer algunas prisiones al principio, se arrostra el peligro casi seguro de que la sangre corra á torrentes despues.

El ministro de la Gobernacion, interpelado por varios diputados que lo acusaban de haber reprimido un motin, se atrevió á asegurar que el Gobierno estaba más por la *prevencion* que por la *represion*, y que de todos modos no permitiria que extranjeros organizasen motines en Francia. En efecto; parece que entre los sediciosos presos hay unos cuantos italianos y alemanes que van á ser expulsados del territorio.

Nada más justo; pero al propio tiempo convendria que no se perdiese de vista que hay no pocos franceses en Roma, en Nápoles, en Barcelona y otros puntos, que acaso no se ocupen sino en preparar trastornos y engañar ó fascinar á los obreros. La conducta que con los agitadores extranjeros va á seguirse en Francia pudiera quizá servir de ejemplo y modelo en muchas otras partes. Los extranjeros no deberian abusar jamás de la hospitalidad que reciben.

Los periódicos republicanos, principalmente los de la montaña, trinan materialmente contra el Gobierno por haberse atrevido á limitar la libertad de... *reunion*. Algunos llegan hasta el extremo de amenazar con negar toda annistía y todo perdon cuando les llegue su hora.

Hasta *La France*, la misma *France*, censura muy fuertemente al prefecto por haber osado poner límites á la *libertad de las calles*. Esta libertad, la de *las calles*, no se habia proclamado hasta ahora. Está visto que Mr. Girardin no desiste de su propósito, ya tan antiguo, de proponer cada dia una cosa *nueva*. La de ahora, la última no puede ser más peregrina.

En los momentos de peligro se dijo que, si las cosas no cambiaban, el general Gallifet se encargaria del gobierno militar de París. El nombre de este general está siempre como una amenaza sobre la cabeza de los comuneros. Segun parece, en 1871 fusiló á unos cuantos miles y parece dispuesto á hacer lo propio si la ordenanza se lo exige. El Gobierno, que no ignora esto, para contener á los radicales, les habla del general Gallifet, como dándoles á entender que pueden no pasarlo bien si no se enmiendan.

Las últimas elecciones.—En la pasada semana ha habido tres elecciones para diputados á Córtes. El número de los abstenidos ha sido grande en todas. Como de costumbre, la tercera parte, al ménos, de los electores ha dejado de votar.

El resultado de estas elecciones parciales no ha podido ser más ecléctico. En una ha triunfado por notable mayoría un candidato bonapartista; en otra ha vencido por escaso número de votos un republicano de color no muy definido, y en la última ha quedado dudosa la victoria por no haber habido mayoría absoluta ni para el candidato republicano radical, Mr. Rochel, patrocinado por el Gobierno, ni para el candidato republicano-socialista Blanqui, apoyado por todo lo más exaltado del radicalismo. Blanqui, aunque no es elegible, ha presentado su candidatura, y el partido rojo de Lyon, aunque sabe que sus votos son nulos, se obstina en votarla. Mañana 30 tendrán lugar las segundas elecciones, y segun se cree, Blanqui obtendrá mayor número de votos. Si esto fuese así, como se teme y se asegura, el Ministerio se veria en un nuevo y gran conflicto. ¿Qué haria, en efecto? ¿Sostendria, como ántes, la nulidad de la eleccion? Esto haria que se levantaran hasta el cielo las protestas de los radicales. ¿Se pasaria por encima de las leyes y se admitiria á Blanqui? Esto equivaldria á abrir la puerta á Rochefort, Félix Pyat, y todos los demás comuneros emigrados. Además, como esto seria una espada de dos filos, podria herir á los mismos que la esgrimen.

Como quiera que sea, los electores de Lyon, como los de Burdeos, desafian al Gobierno, desprecian las leyes y pasan adelante. Ocurra lo que ocurra, para ellos lo primero es mostrarse soberanos absolutos.

Cuestion diplomática.—El príncipe de Orloff, embajador de Rusia, está ya de nuevo en París. A lo que parece, se vá olvidando el asunto de Hartmann. ¿Tendrá esto algo que ver con lo rumores relativos á una alianza entre Rusia, Francia é Inglaterra? ¿Temerá Rusia que Inglaterra busque ahora el apoyo francés en Oriente? ¿Será que el nuevo Ministerio inglés presenta la cuestion afghana en terreno diverso del que en la actualidad tiene?

Lo cierto es que Inglaterra tiene cerca de cien mil soldados en el Afghanistan, que ha gastado ya más de mil millones de reales, y que todavía no está más que muy al principio. La prolongacion de esta tan desastrosa lucha pudiera ser fatal para la Gran Bretaña. Por esto no tendria nada de extraño que el Gobierno inglés buscase hoy al francés para que le diese la mano en el extremo Oriente. Francia puede empujar á China y Persia, y acaso pudiera contener al Japon. Esto, por sí sólo, seria funento para Rusia, y un gran bien para Inglaterra. Es tan grave esto, que hasta pudiera hacer que Rusia se olvidase de que los nihilistas han tenido y tienen su principal apoyo en París.

El Gobierno inglés, el actual, que es radical, protéstante y poco amigo de la libertad de la Iglesia católica, está tomando disposiciones que no tienen nada de contrarias al catolicismo. El presidente del Ministerio Gladstone, que ha pocos años escribió un folleto con el propósito de demostrar que los buenos católicos no pueden ser buenos ciudadanos, olvidándose de esto, como de cien otras cosas, ha llevado dos católicos al Ministerio y hasta ha nombrado virey de la India á lord Ripon, que es no sólo católico, sino celoso propagandista del catolicismo. Esto, que por sí es tan notable, en las actuales circunstancias, no puede ménos de tener una significacion grandísima. ¿Se querrá, acaso, que el nuevo gobernador de la India, por ser católico, pueda solicitar y obtener el apoyo de las misiones católicas del extremo Oriente?

Italia.—Ya se ha abierto el nuevo Parlamento italiano. Segun anuncia el telégrafo, el discurso de la corona se ha fijado más en la parte diplomática que en lo relativo á las cuestiones interiores. De la cuestion religiosa nada ha dicho, ó por lo ménos nada dice el telégrafo.

El nuevo Congreso no es ni más ni ménos que el antiguo, aumentado y no corregido. A lo que parece, hasta ahora al ménos, hay una mayoría que ni es grande ni puede considerarse como sólida y compacta. Como los católicos siguen

retraídos, no hay fracción católica; pero, en cambio, ahora como ántes, hay minoría conservadora y fracciones Crispi, Nicotera, Bertani, Zannardelli, etc., etc. El Ministerio cree que se ha librado de unos cuarenta disidentes; pero son muchos los que están en la persuasión de que se equivoca si cree que son amigos todos los nuevos diputados que mira como amigos.

Esto no puede ser otra cosa. Cairoli y Depretis, que son los jefes únicos de la situación, distan bastante de ser hombres de génio, y no son ni áun grandes oradores. Además, llevan ya cinco años de Gobierno, y hasta ahora no han podido cumplir ni una de sus promesas, ni resolver siquiera una sola de las muchas y grandes cuestiones que se agitan en Italia. Los Ministerios progresistas, cambiados y reformados ya seis veces, no han podido hacer otra cosa que ir viviendo como han podido ó como les ha permitido el cielo.

Se dice que Farini, antiguo presidente dimisionario, será el candidato de las oposiciones, ya coaligadas, para la presidencia.

Crispi pasa lista á sus amigos y se esfuerza por organizarlos; Nicotera y Zannardelli hacen lo propio, y Bertani sigue en la frontera republicana monárquica. Por sí, preferiría el reposo; pero los quince ó veinte radicales que han venido á reforzar sus huestes, acaso consigan arrastrarlo hácia la extrema izquierda. Si así fuese, el peligro sería ahora mayor que ántes.

